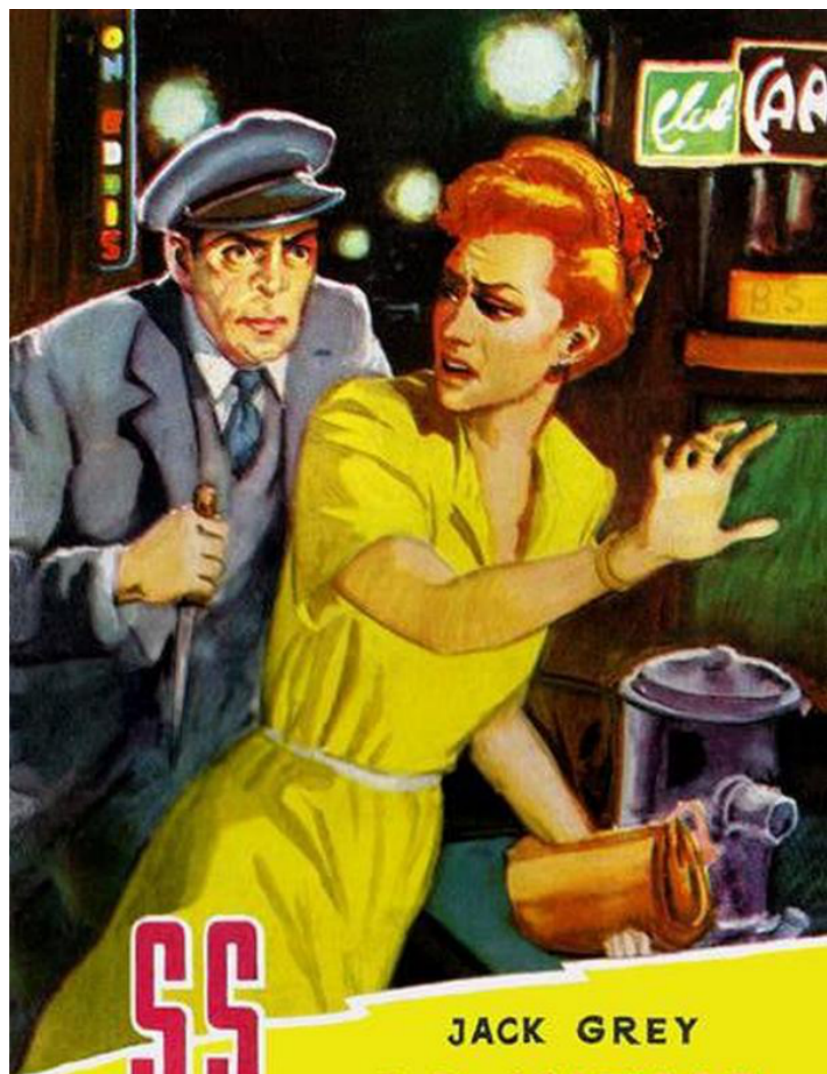




SS

SERVICIO
SECRETO

JACK GREY

LA HIENA BLANCA



JACK GREY

LA HIENA BLANCA

1.^a EDICION
OCTUBRE 1940

EDITORIAL

Proyecto, 2-T, 234453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

SERVICIO SECRETO

Obras publicadas del mismo autor:

*Entre tinieblas
El hotel de los crímenes*

*Reservados los derechos
para la presente edición*

*IMPRESO EN
GRÁFICAS BRUGUERA
BARCELONA*



Para mi hija, razón de mi vivir.
Jack

CAPÍTULO PRIMERO

El telón del «Metropolitan» cayó al fin definitivamente aquella noche, luego de haberse levantado infinidad de veces en honor de Miroslava, la gran contralto checoslovaca que había electrizado al público con la maravilla de su voz.

Celebraba la artista su función de homenaje, y los espectadores le rindieron plenamente el tributo a que había hecho acreedora.

Contribuía no poco al éxito de la cantante la extraordinaria belleza de su rostro y su figura: alta, esbelta sin llegar a la delgadez; con un porte majestuoso que sobrecogía, y un algo indefinible irradiado por toda su persona que producía extrañas sensaciones a cuantos la trataban de cerca. Su cutis era de blancura inmaculada, sobre la que brillaban de modo turbador unos ojos negros, grandes, sombreados por largas y rizosas pestañas; su cabello, ondulado y abundante, semejaba cuando le caía suelto, como un irreal manto de ébano que la envolviese acariciándola.

Contábase que muchos hombres de distintas esferas sociales se habían perdido para siempre por causa de aquella fascinadora mujer; hablábase de más de un suicidio originado por la desesperación amorosa...

Miroslava solía reír de tales cosas sin desmentirlas ni confirmarlas.

Llevando entre los brazos gran cantidad de flores, avanzó hacia su camerino. Guido Burelli, italiano de mediana edad que había permanecido entre bastidores, acercóse a la contralto, exclamando en voz alta:

—¡Sublime! ¡Inigualable!

Miroslava le sonrió afectuosa, dándole las gracias, y luego murmuró en una especie de susurro:

—He descubierto en un palco a Mitty, ese inspector del

F. B. I.

que nos preocupa. Más que de mí, parecía estar pendiente de las personas a quienes yo mirase.

En el mismo tono respondió Burelli:

—No se preocupe. Déjelo de mi cuenta —y añadió, en el mismo tono empleado antes—: ¡Tiene usted el cuarto lleno de regalos y de admiradores; pero todo es poco para lo que merece la mejor cantante y más bella mujer que ha pisado el escenario del «Metropolitan»!...

—Muy amable, señor Burelli, muy amable...

Delante ella, y escoltándola él, llegaron al lujoso camarín.

No había exagerado el italiano: aquello parecía un vergel donde solo se cultivasen flores delicadas y de alto precio. Sonnia Hamburg, una deliciosa joven sueca a quien Miroslava aseguraba proteger, se había ocupado de irlo colocando todo de manera artística y atrayente. Por entre los ramos destacábanse muchos obsequios de valor. Los admiradores que no cabían dentro agrupábanse ante la puerta, y tributaron a la tiple otra salva de aplausos al verla llegar.

Felicitaciones, elogios, suspiros, frases de mejor o peor gusto que encerraban promesas y anhelos... Todo se multiplicaba y confundía.

La contralto sabía corresponder a cada uno de modo adecuado, sin disgustar a nadie y sin deslizar palabra que pudiera despertar esperanza, siquiera remota, de preferencia.

Más de media hora duró el desfile.

Pocos prestaban atención a Sonnia. La hermosura de Miroslava lo eclipsaba todo.

Fueron, al fin, quedando los más íntimos, y fue entonces cuando Gordon Mitty, el inspector del

F. B. I.,

cuya presencia en un palco había inquietado a la artista, penetró en el camarín.

—Los modestos debemos quedarnos siempre los últimos —dijo desde la puerta.

La homenajeadá le tendió su blanca y enojado mano, a la par que respondía:

—Para mí son iguales todos los que me honran con su estimación.

Presentó al recién llegado a los admiradores que aún quedaban, los cuales disimularon apenas la poca gracia que les hacía alternar

con un hombre de inferior condición social. Mitty no se dio por aludido; correspondió a los saludos, y cuando le llegó el turno a Burelli, preguntóle:

—¿Es usted el representante de esta encantadora mujer?

—Me ha cabido la honra de contratarla para que actúe en Nueva York —repuso el italiano—. Dirijo una importante agencia artística.

—¡Ah!

Aceptó Gordon la invitación de sentarse que por cumplido le hicieron, y aunque con habilidad, lanzóse a hacer preguntas que a Miroslava y a Burelli causaron desagrado, aunque lo disimularon bien.

—Debe perdonar mi curiosidad —dijo, excusándose—, pero es que todo cuanto se relaciona con una celebridad como usted tiene gran interés para los que la admiramos.

La artista le alentó con amabilidad falsa.

Mitty quiso saber cuáles fueron sus comienzos artísticos, el tiempo que llevaba siendo primerísima figura, las naciones en que había actuado, las relaciones tenidas con altas personalidades...

Más que una conversación normal parecía aquello una entrevista llevada a cabo por un periodista poco conocedor de su oficio. La contralto, sin denotar disgusto, dando más bien la impresión de que encontraba divertida la escena, respondía con sonrisas. De pronto dejó de sonreír. Acababa de darse cuenta de que había incurrido en una contradicción. Burelli lo advirtió también. Mitty pareció no haberlo notado. Miroslava, tras unos segundos, recobró su calma habitual.

Los admiradores rezagados no se decidían a marcharse, por encontrar interés en aquellos datos de la vida de su ídolo que iban escuchando.

Guido Burelli, luego de cruzar con la joven una mirada de inteligencia, se despidió, reiterando sus encomios.

Diez minutos después lo hizo también, Mitty, y poco a poco fueron marchándose los demás.

—¡Qué pesadez de gente! —exclamó al fin la checoslovaca, mientras su doncella comenzaba a desvestirla.

Sonnia, que había permanecido al margen de todo, y que continuaba arreglando flores, dijo:

—Ya debes estar acostumbrada. En todas partes le ocurre igual.

—¡Con qué tono lo dices! ¡Parece como si sintieras envidia!

—¿Envidia?... No; bien sabes que no. Jamás la sentí de nadie. No debe sorprenderte mi acento. Sabes que estoy siempre triste.

Y así era: Sonnia, la linda muchachita sueca, llevaba la angustia en el alma casi desde que nació: su madre había sido también cantante, compañera de Miroslava, y vivió para sí misma, para su lujo y sus éxitos, sin conceder apenas atención a aquella niña, nacida de unos amores inconfesables. Murió joven y rica. Poco antes de cerrar los ojos para siempre, pidió a Miroslava que velase por la pequeña, a cuyo efecto la nombró tutora de ésta, ya que no tenía ningún pariente cercano. Miroslava prometió ser una madre para la hija de su amiga, pero sólo fue una mala madrastra. Trataba a su pupila con desprecio, con altivez, aunque en ocasiones procuraba contrarrestar sus actos con falsas muestras de afecto. De no haber sido tan ambiciosa, se habría desprendido de la muchacha tiempo atrás; pero lo era en extremo; la fortuna que usufructuaba era muy considerable, y como todo le parecía poco, optaba por seguir «cumpliendo su penoso deber» para con aquella criatura aburrida y silenciosa.

Sonnica no había, pues, conocido en toda su existencia más cariño que el de un hombre en quien pensaba a todas horas, y a quien un mal día dejó inopinadamente de ver.

También ella pensó repetidas veces en alejarse de Miroslava, pero no se atrevía: la contralto ejercía sobre su espíritu un inexplicable poder de fascinación. Además, ¿adónde ir ni qué hacer, dado su apocado temperamento, no teniendo a nadie en el mundo?

Soportaba su pena y esforzábale en pasar inadvertida, como si fuera un objeto más de los que rodeaban a «su protectora».

Miroslava, vestida ya para salir, echó una nueva mirada codiciosa a los regalos de valor que le habían hecho. Guardóse los que abultaban poco, y dijo a la doncella por los demás:

—Ocupate de que me llegue todo esto al hotel.

—¿Y las flores? —preguntó la sirvienta.

—¿Las flores?... ¡Para ti! Vámonos, Sonnia.

Salió altiva, majestuosa. Sonnia tomó una camelia, se la prendió en el pecho, y abandonó despacio el camarín.

Gordon Mitty caminaba abstraído, pasando revista mental a los datos que ya poseía en relación con la cantante checoeslovaca, y

reflexionando sobre su conversación de aquella noche.

Se hablaba ya mucho de la próxima guerra por aquel entonces; el espionaje internacional trabajaba en todas partes; el F.B.I. no descansaba, y adoptábanse precauciones que permitían observar especialmente a los extranjeros y, con mayor ahínco aún, a los que no llevaban tiempo domiciliados en el país.

Miroslava llamó la atención desde el principio a Mitty, pidió informes a vanos sitios donde había actuado y, aunque no pudieron decirle nada concreto, dejáronle entrever que era una mujer extraña y digna de ser observada. No la perdió de vista, desde entonces, el inspector; se hizo presentar a ella, vigiló sus amistades... Aquella noche, con motivo del homenaje, creyó llegada una buena ocasión para someterla a un hábil interrogatorio que le permitiera confrontar las noticias adquiridas...

Pero sus andanzas no habían pasado por alto a la cantante, la cual, en más de una ocasión, había hablado del asunto con Burelli.

La mirada con que el italiano había correspondido a la que Miroslava le dirigiera en el camarín, hizo comprender a esta que el peligro iba a ser conjurado, y puso en sus labios una fría y débil sonrisa.

Y no se había equivocado al suponer lo que iba a ocurrir.

Mitty avanzaba por una calleja oscura que conducía a su domicilio particular.

La noche estaba ya muy avanzada; una niebla espesa lo envolvía todo como un pegajoso manto de sombras.

El inspector del F.B.I. salió de sus meditaciones al oír unos pasos cautelosos que se acercaban por detrás, e hizo ademán de volverse; pero no pudo más que intentarlo. Un fuerte golpe en la cabeza le hizo caer, perdido el conocimiento.

Guido Burelli, autor de la agresión, al ver en el suelo a su víctima indefensa, le clavó varias veces un puñal en el pecho. Luego desapareció como un fantasma, tragado por la obscuridad.

CAPÍTULO II

La agencia dirigida por Guido Burelli ocupaba el piso primero de la casa número 537 de la calle Ochenta y Seis en Yorkive. Su apariencia exterior era perfectamente normal: un recibidor amplio y bien amueblado, cuyas paredes ostentaban fotografías de artistas internacionales; dos dependencias, en las cuales varios empleados trabajaban activamente; el despacho lujoso del director...

Lo que desconocían todos los ajenos a «la empresa» era que dicho despacho comunicaba con varias habitaciones cuyas paredes habían sido construidas a base de hormigón, y cuyas puertas de acero tenían, complicados sistemas de cerraduras.

Nadie sospechaba de los verdaderos fines que ocultaba la tal oficina; nadie... a excepción de James Ranky, inspector del Servicio Norteamericano de Investigación, conocido vulgarmente por «Servicio Secreto».

Frisaba James en los treinta años. Fuerte, elegante, musculoso, de ojos y cabellos oscuros... Resultaba merecedor del calificativo de «varonilmente guapo» que le aplicaban cuantas mujeres le conocían y habían tenido con él trato más o menos íntimo. Porque el único defecto del joven inspector, si defecto puede llamarse, era su desmedida afición al bello sexo.

No tenía ninguna clase de vicios; pero donde viera una mujer bonita, quedaba como hipnotizado y se olvidaba de todo... de todo lo que no fuera el cumplimiento de su deber profesional, ante lo que posponía los mayores placeres. Ya podía surgir en su camino la beldad más completa que cupiera concebir a la fantasía; como él estuviese desempeñando un servicio, la tal beldad podría, a lo sumo, arrancarle un suspiro; pero no lograría que se detuviese ni cambiase de rumbo.

En poco tiempo, relativamente, el inspector Ranky había obtenido tan señalados éxitos que ni uno solo de sus compañeros

dejaba de admirarle... y hasta de envidiarle un poco.

Thomas Kerr, Jefe del Servicio Secreto, le distinguía con su afecto particular, y hasta le honraba a veces con bromas y recomendaciones:

—¡Cuidado con las damas, Ranky; son peligrosas!

—No tema, señor —solía responder James—; estoy inmunizado.

Fue, en principio, su pasión por las muchachas, lo que le hizo fijarse en la Agencia Artística de Burelli; ¡la frecuentaban tantas chicas guapas más o menos conocidas en el mundillo teatral!...

Cada vez que tenía una rato libre y le cogía cerca, solía pasear por aquella parte de la calle Ochenta y Seis, y hasta alguna que otra vez penetró en la oficina acompañando a jóvenes que acogieron con agrado las frases ingeniosas del arrogante inspector.

Pero un día empezó a darse cuenta de que en aquel centro de contratación entraban también personas que, en apariencia al menos, nada tenían que ver con el arte, y ello le puso en guardia. Se propuso investigar, y ya llevaba algún tiempo tomando, con disimulo, fotografías de los visitantes que le resultaban sospechosos, y siguiendo a algunos de ellos con el propósito de descubrir sus actividades.

Acercábase aquella mañana a la oficina en cuestión, cuando aceptó a detenerse ante la misma un soberbio «Chrysler» del que descendió la mujer más bonita que James recordaba haber visto en su vida. La reconoció por haber visto su «foto» en algunas revistas gráficas.

—¡Miroslava! —exclamó el joven, entre dientes—. ¡Qué maravilla de criatura!

La contralto, sin mirar a nadie y sin verle por lo tanto, penetró en el edificio como una princesa altiva. Ranky estuvo a punto de seguirla, pero se contuvo. Aquélla no era mujer a la que se pudiera llegar fácilmente, y él había hecho cuestión de amor propio no ser jamás rechazado.

Decidió aguardar a que saliera, y discurrir en tanto un pretexto para abordarla.

Miroslava se hizo anunciar a Burelli, y a los pocos minutos acudió éste a recibirla en persona, deshaciéndole en cumplidos y amabilidades:

—Pase a honrar mi despacho, señorita.

Los aspirantes a ser contratados que presenciaron la breve escena, no disimularon su disgusto. Ellos tenían a veces que esperar horas para que les recibiese cualquier jefe de sección y, en cambio, aquella mujer, que no lo necesitaba, conseguía que el propio Burelli acudiese a darle la bienvenida.

Miroslava, precedida del italiano, penetró en el despacho particular de éste, al que nadie tenía acceso a menos de ser llamado.

La puerta se cerró tras ellos. La artista miró con cierta extrañeza a dos hombres de mediana edad, elegantemente vestidos, que se levantaron al verla.

Burelli, aunque amable siempre para con la visitante, abandonó su acento untuoso.

—La esperábamos —dijo—. Voy a presentarle a Franz Henss y a Lajoz Goemboes, hombres de mi absoluta confianza en los cuales delego a veces tareas de dirección —volvióse hacia los aludidos, añadiendo—: La señorita Miroslava. No hacen, falta comentarios.

El alemán Henss y el húngaro Goemboes hicieron leves inclinaciones de cabeza. Ella les correspondió de igual manera, y fue a tomar asiento en una cómoda butaca. Sacó un cigarrillo emboquillado. Burelli apresuróse a ofrecerle la lumbre de un primoroso encendedor de oro.

—He leído la prensa de esta mañana —comenzó diciendo la cantante— y he sabido que un desgraciado inspector del llamado Gordon Mitty, encontró anoche la muerte a manos de un desconocido...

—En efecto —comentó, cínicamente, Burelli—. También la he leído yo. Temo que no van a encontrar al autor de esa muerte... ni al de las que puedan producirse en elementos que nos resulten poco agradables.

—Le felicito, señor Burelli. Ese inspector estaba ya resultando un poco molesto...

—Si le parece que hablemos de otra cosa... Ése puede considerarse asunto pasado.

—Conforme.

Durante algún tiempo, los cuatro personajes sostuvieron un cambio de impresiones en relación con el desarrollo de sus tenebrosas actividades secretas.

—¿Hay algo sobre los planos del nuevo modelo de avión? —preguntó, de pronto, Henss.

—La cuestión va bien encaminarla —repuso la artista—, pero no caben las precipitaciones. Garantizo el éxito en día no lejano. Es cuanto puedo responder por hoy.

Burelli invitó a la artista a que fuera más explícita.

—Nos resultaría agradable conocer exactamente el estado actual del caso.

Accedió ella, aunque empleando pocas palabras:

—Lawrence Callaham, el hombre que puede poner los planos en nuestro poder, está cada día más locamente enamorado de mí. Tardaré poco en convertirle en mi esclavo. Ya sabe él lo que deseo, pero le asaltan serios temores que justifican su resistencia. Los iré venciendo. Una presión excesiva lo echaría todo a perder. Le consta a usted, Burelli, que sé trabajar. No me dé prisa. Todo llegará en su momento oportuno.

Goemboes, que se hallaba cerca de la amplia ventana, cubierta por artísticos visillos, exclamó de pronto:

—Ese inspector del Servicio Secreto está cerca de la puerta.

Burelli frunció el ceño:

—¡Me estoy hartando ya! —exclamó—. Creo que va a ser preciso hacerle correr la misma suerte que Gordon Mitty.

—Opino —dijo Goemboes— que no se debe abusar de esos procedimientos definitivos. Yo mismo los empleo... pero cuando no hay otro remedio.

—Los muertos no hablan —replicó Miroslava. Y sus labios se distendieron en una sonrisa feroz que nublaba su belleza.

—¡De acuerdo! —apresuróse a aprobar Burelli.

—Pero levantan polvareda al caer —insistió el húngaro—. La desaparición de Gordon Mitty habrá puesto en movimiento a toda la Policía Metropolitana.

—¡La desafío a que nos descubra! —replicó Burelli, soberbio.

—¿Es interesante ese tipo de que ahora hablan? —preguntó, con displicencia, la contralto al director.

—Sí —replicó el interrogado—. Tiene fama de hábil y decidido. Venimos observando que desde hace algún tiempo se interesa por nuestra oficina. No le hemos concedido apenas atención porque, según los informes que nos hemos procurado, es un gran enamorado

del bello sexo, y aquí entran muchas chicas guapas; pero va haciéndose sospechosa su asiduidad. Temo que el Servicio Secreto va a lamentar pronto la baja de su inspector James Ranky.

Miroslava retiró el cigarrillo que iba a llevarse a los labios.

—¿Cómo dice que se llama?

—James Ranky.

Acercóse la artista a la ventana y miró a través de los visillos. En su rostro marcóse un gesto de profunda sorpresa, que al punto dio paso a otro de reconcentrada ira. Chispearon sus ojos; crujieron sus dientes al chocar, y sus manos se distendieron y volvieron a cerrarse como si fueran garras que ambicionasen una presa.

Tal actitud fue advertida por los tres hombres, quienes preguntaron casi simultáneamente:

—¿Qué le ocurre?

—¿Conoce a ese hombre?

—¿Tiene algo contra él?

En vez de contestar, la cantante interrogó:

—¿Están seguros de que el nombre de ese inspector es James?

—Completamente seguros —respondió Burelli.

—Pues... si todos los informes que obtienen son como ése, no deben mostrarse muy satisfechos de su perspicacia.

Empleó un acento de ironía que hizo daño a los que la escuchaban.

—¿Querrá usted explicarse? —apremió el italiano.

Miroslava abandonó el observatorio, y tornó a ocupar su asiento. Había dominado los nervios, pero las pupilas le seguían brillando siniestramente, y sus blancas manos acusaban todavía un ligero temblor que arrancaba centelleos a las joyas que las adornaban.

Habló, sin embargo, con lentitud:

—Conozco demasiado bien a ese sujeto; tan bien que lo reclamo para mí.

—¿Eh?

—Tengo una cuenta pendiente con él, y no saben la alegría que me proporciona esta ocasión de saldarla. Sí; desde luego es peligroso: se impone acabar con él, pero quiero ser yo quien lo haga.

—¿Usted... directamente?

—Yo, directamente. ¡Necesito verle retorcerse a mis pies!

Fueron inútiles los razonamientos de sus interlocutores para que desistiera de tal propósito. La artista se mantuvo firme, y obtuvo la promesa de que nadie más se mezclaría en la cuestión. Tomó nota de las señas particulares de Ranky, y abandonó al fin la oficina.

El chófer abrió la portezuela del coche antes de que ella saliese a la calle, lo cual le permitió entrar como una exhalación, sin mirar a ninguna parte y sin dar tiempo a James para que pusiese en práctica el recurso ideado con el fin de acercarse. Quería la mujer evitar a toda costa que la primera entrevista con aquel hombre se produjera en mitad de la vía pública.

Partió el auto velozmente, y el joven inspector hizo un gesto de gran disgusto.

—Tendré que ir al «Metropolitan» la noche que ella cante —dijo para sí—. No me resigno a dejar de hacer algo por la conquista de esta maravilla.

James sonrió complacido al leer el plieguecillo perfumado que acababa de llevarle un botones.

«¿Le agradecería tomar el té con una antigua amiga que no tiene nada de fea?...

»Hace tiempo que no nos vemos; hoy he tenido noticias tuyas, por casualidad, y he pensado que podríamos pasar juntos unas horas agradables.

»A las cinco estaré en el Restaurante Longchamps; ¿esperaré en vano?

»M».

Olió James la carta repetidas veces. No lograba recordar aquel perfume turbador.

Preguntóse intrigado quién podría ser «M». Pasó revista en su memoria a las muchachas conocidas cuyo nombre empezaba con aquella consonante, y, unas por unas cosas, otras por otras, fueron quedando descartadas como firmantes de la misiva.

En realidad, cartas amorosas recibía bastantes el elegante inspector, y no solía sorprenderse ante ninguna; pero aquélla, quizá por no adivinar quién fuera la autora, le produjo efecto. Lo único que le disgustaba era la frase «una antigua amiga». ¿Se trataría de

alguna otoñal histérica que quisiera rememorar cosas pasadas? El miedo a que ocurriera así le mantuvo indeciso algunos minutos, pero acabó diciendo para sus, adentros: «Siempre estoy a tiempo de alegar un trabajo urgente, si la dama no es de mi gusto, pero... ¿y si lo es? No me perdonaría nunca el haber desperdiciado una buena oportunidad».

Aguardó con impaciencia la hora de la cita; se vistió el traje que más hacía resaltar la arrogancia de su figura y, con tiempo suficiente para no llegar tarde, abandonó su casa.

A las cinco en punto hizo su entrada en el restaurante. Miró en todas direcciones y, de pronto, creyó soñar: ¡Miroslava, la incomparable Miroslava, la mujer cuya sin par belleza le había trastornado aquella mañana haciéndole combinar proyectos para iniciar su conquista, le sonreía y hacía señas desde una mesita apartada!

James volvió atrás la cabeza, temiendo ser víctima de una alucinación; dando por seguro que cerca de él habría otra persona a la cual iban dirigidas aquellas adorables manifestaciones de afecto; pero no, no había nadie y la artista seguía dirigiéndosele.

James se llevó una mano al pecho, y preguntó sin palabras:

—¿Es a mí?

Miroslava, tras reír cual si la cosa le divirtiese, asintió.

Esfumáronse como por encanto las vacilaciones de Ranky. Estaba muy acostumbrado a tratar con mujeres para que pudiera turbarse ante ninguna. No podía explicarse aquello, pero daba por seguro que lo descifraría enseguida. Por de pronto, lo único importante era que la incomparable criatura, tan codiciada por muchos, se ocupaba de él.

Se acercó decidido, y estrechó la mano de Miroslava, quien, sin darle tiempo a hablar, empezó diciendo:

—¡Eres único, Chester! ¡Qué manera de fingir! No irás a decirme que no me has reconocido, ¿verdad? Ninguno de los dos hemos cambiado. Anda, siéntale.

—Pero...

—No temas nada, hombre; no voy a recriminarte por tu abandono. Soy generosa, y estoy dispuesta a olvidar, a no mencionar siquiera el pasado, a aprovechar este presente y a gozarlo en toda su amplitud.

James había hecho un incontenible gesto de estupor; tentado estuvo de rectificar, de decir a su interlocutora que se hallaba equivocada; pero desistió enseguida. La aventura se le antojó interesante por muchos conceptos, y decidió seguirla.

Un incontenible principio de escrúpulo le indujo sin embargo a decir:

—Creo que nos encontramos ante un error...

Le interrumpió ella:

—Es posible, pero no te pido justificaciones; quizá pensé mal de ti injustamente. He meditado muchas veces desde que desapareciste. Por eso te he expuesto mi deseo de no mencionar siquiera el pasado. ¡Nos hemos vuelto a encontrar, y eso es lo único que importa!

James hizo un leve encogimiento de hombros.

—Sea como tú quieras —repuso, siguiendo la corriente—. Te confieso que me parece estar viéndote de cerca por primera vez. ¡Qué bella eres!

Pidieron champaña, y bebieron una copa y otra, alternando las libaciones con el baile.

La bebida, la danza y, sobre todo, tener entre sus brazos aquel magnífico cuerpo de diosa pagana, acabaron de vencer los últimos escrúpulos de Ranky.

Estaba mal lo que hacía; pero... ¡era Miroslava tan hermosa, que bien merecía cualquier peso de conciencia!

La artista fue unos minutos al tocador y cuando regresó; exclamó, fingiendo ligero disgusto:

—¡Oh, me he dejado allí mi bolso!

—No te molestes —indicó él, galante—. Yo te lo traeré.

Y salió presuroso, desentendiéndose de la leve protesta iniciada por ella.

Había dos copas de champaña casi rebosantes.

Miroslava, haciendo gala de su gran habilidad, vertió en la copa que había de beber James el contenido de un pequeño frasco que llevaba oculto, veneno incoloro y sin sabor, que mataba sin dejar huellas. Luego tomó del paquete que había quedado sobre la mesa uno de sus cigarrillos perfumados, y se puso a fumar tranquilamente.

Volvió James trayendo el bolso, y bromeó:

—Te aseguro no haberlo, mirado. Soy hombre discreto y poco celoso.

—No tengo secretos para ti —murmuró ella. Y cogió la copa, invitando con un gesto a Ranky a que la imitase. Éste dijo:

—No tengo costumbre de beber, ¿sabes? Temo marearme si tomo otra copa...

Rió Miroslava:

—¡Que me digas eso a mí!... ¿Será posible que te hayas vuelto tan sobrio?

—Pues sí; algo de eso hay. La verdad es que el alcohol se me sube pronto a la cabeza, y no quisiera mostrarme ante tus ojos de modo lamentable.

—Bien —repuso la artista, con indiferencia—; haz lo que gustes.

Apuró ella la espumosa bebida; James siguió jugueteando con la copa que tenía ante sí. Decidiéndose de pronto, dijo:

—De todos modos, por una más...

Se llevó el veneno a los labios.

Miroslava le miraba ansiosamente.

Cuando el crimen parecía ya inevitable, James recibió un fuerte empujón. La copa se estrelló en el suelo. Frente a él había una linda muchacha rubia, de ojos azules, que le miraba anhelante, exclamando:

—¡Chester! Perdona; la emoción al verte me ha hecho tropezar: ¿te he manchado?

Antes de que Ranky respondiese, habló Miroslava, dirigiéndose colérica a la joven:

—¿Qué haces tú aquí, Sonia?

—He entrado hace unos minutos; me aburría en el hotel... —Y, dirigiéndose a James, de quien no apartaba la vista, añadió—: ¿Nada me dices, Chester? ¿Deberé creer que, en efecto, te has olvidado por completo de mí?

El interrogado, inquieto ya, repuso con insegura voz, basándose en el nombre que pronunció Miroslava y que él recogió al vuelo:

—Pues... no sé qué decirte, Sonia; ¡me has sorprendido tanto!...

—¡Te ruego que nos dejes solos! —ordenó Miroslava, apretando los dientes en un gesto tan duro que impresionó a James.

—Pero...

—¡Obedece!

Angustiada, miró la muchacha al inspector, preguntando:

—¿También tú opinas que debo hacerlo, Chester?

—Pues...

Un suspiro amargo afloró a los labios de la joven.

—Basta —susurró—. Ya me has dicho bastante. Os dejo.

Perdonad...

Se marchó con los ojos cuajados de lágrimas. Ranky sintió piedad, e hizo ademán de llamarla. Miroslava se lo impidió, exclamando:

—¿Qué vas a hacer?

—Es que... esa pobre muchacha...

—La compadeces, ¿verdad?

—¿Por qué no?

—¡Te prohíbo que la nombres siquiera!

El inspector quedó indeciso. Sospechó que en el fondo de todo aquello alentaba un drama íntimo que apenas lograba entrever.

Sonnia ganó la puerta, y desapareció.

—¿Quieres que volvamos a sentarnos? —propuso James, tratando de conjurar el efecto desagradable producido por el incidente.

—Prefiero que nos marchemos.

—A tu gusto.

Abonó Ranky la cuenta, y ambos salieron.

Era ya de noche. Una noche oscura, desapacible. En el cielo se amontonaban las nubes negras, amenazadoras.

—¿A dónde vamos? —quiso saber el inspector.

—Estoy hospedada en el hotel «Ambos Mundos», en la esquina de Washington Square. Llévame hasta allí.

Tomaron un coche de alquiler. Durante el trayecto ambos permanecieron silenciosos. James miraba a la artista con interés y curiosidad; varias veces sintió el deseo de hablarle, pero la actitud reconcentrada de ella le restaba ánimos.

Mentalmente se decía el hombre: «¡Opino que no me voy a divertir!».

El automóvil se detuvo ante, la puerta del «Ambos Mundos». Sus ocupantes se apearon.

Ranky preguntó:

—¿Debemos separarnos aquí?

Fingió Miroslava vacilar unos momentos, y repuso:

—Sube, si quieres.

James quiso. Había varias cosas que le inducían a aceptar: la primera, el atractivo irresistible de la mujer; la segunda, un «no sé qué» misterioso que había despertado en su fuero interno el incidente de la copa rota y la actitud de Sonnia; y por último —esto era ya más prosaico— que había comenzado a llover y no iba a resultar fácil, de momento, encontrar libre otro coche de servicio público.

—Eres muy amable —dijo—. Me emociona la idea de estar un rato a solas contigo.

—También yo lo apetezco más de cuánto imaginas —contestó ella, significativamente.

—¿De veras?

—No lo dudes.

—Pues vamos.

Penetraron en el ascensor, juntamente con otros huéspedes. Al llegar al piso dieciocho, salieron ellos solos.

—No vives demasiado alto para la altura que mereces —bromeó él.

Miroslava no contestó. Abrió la puerta, y entró delante. Cuando James lo hubo hecho también, cerró ella con llave.

—¿Temes que nos roben? —quiso saber Ranky, cada vez más intrigado.

—Quiero evitar que nos molesten.

Hacía girar los interruptores a medida que avanzaba.

Cuando llegaron al lujoso saloncito donde la artista solía recibir, estalló un trueno enorme, prolongado, como si el espacio se desgarrase de modo doloroso e ininterrumpido.

Miroslava se estremeció.

—¿Te asusta la tormenta? —preguntó James.

—Sí, mucho; bien lo sabes; pero estoy segura de colocarme sobre eso y sobre todo. Ya ves: he sabido sobreponerme al dolor que me produjo tu canallada; he sabido fingir para atraerte aquí y poder decirte a solas que eres el ser a quien más odio en el mundo.

—¡Miroslava!

La actitud de la artista era espantosa. Diríase que había

desaparecido de su rostro todo vestigio de belleza para dejarlo convertido en algo feroz, indescriptible.

Se había apoyado de espaldas en una artística consola, y sus manos rebuscaron disimuladamente hasta dar con una pistola pequeña, oculta tras un jarrón de flores.

James se puso en guardia. Ni remotamente hubiera podido suponer el giro que iba a tomar lo que imaginó aventura amorosa.

La checoslovaca, sin mostrar todavía el arma, rugió:

—Traicionaste a los nuestros; quise salvarte, y el pago fue alejarte de mi lado, traicionándome también...

—Te aseguro —repuso Ranky, dispuesto a deshacer el equívoco — que estás confundida; no sé de qué me hablas: yo...

—¡Calla! ¡No seas cobarde también! ¡No tiembles a la hora de rendir cuentas!

—Pero ¿qué cuentas voy a rendir si no tengo nada que ver contigo? Yo nunca...

No pudo acabar la frase: la pistola empuñada por la contralto vomitó fuego y plomo.

Una bala trazó un surco en la mejilla de James; otra, casi simultánea, le atravesó el corazón. El infeliz abrió desmesuradamente los ojos; braceó cual si quisiera coger el espacio, y cayó para no levantarse más.

En aquel momento, un trueno más ronco que los anteriores retumbó casi encima del hotel.

Estremeciéndose Miroslava, pero se repuso enseguida. Se envolvió la mano derecha en un pañuelo, y buscó entre las ropas del cadáver hasta encontrar la pistola que éste llevaba encima. Con pulso firme acercó el cañón a la parte alta de su antebrazo izquierdo, y apretó el gatillo. La piel marfilina de la artista tiñóse de sangre. Depositó el arma cerca del cuerpo de James, y se dejó ella caer en la alfombra.

Apareció Sonnia, atraída por los disparos.

—¡Miroslava! ¡Chester! —exclamó en un grito de horror.

La cantante fingió salir de un desmayo, y murmuró débilmente:

—Quiso matarme... y yo me he adelantado...

—¡Mientes!... ¡Mientes!... —exclamó Sonnia, estallando en sollozos.

—¿Te atreves a...?

—¡Él era bueno; no ha podido quererte matar!

—¡Mira la sangre que brota de mi brazo!

Pero la joven, desentendiéndose de ella, echóse sobre el cadáver y lloró desesperadamente, cubriéndole el rostro de besos.

Llamaron a la puerta de entrada, a la par que sonaban voces por la parte de afuera:

—¡Ha sido aquí!... ¡Tres tiros!

—¡Vete! —ordenó Miroslava, en susurro—. ¡No quiero que te compliques en esto!

Sonnia se incorporó a medias, mirándola atónita.

—¡Vete, digo! —insistió la criminal—. ¡Tú no sabes nada de nada! ¿Me oyes?, ¡nada de nada!... ¡Pronto!

Retrocedió la joven como si los ojos de su «protectora» la empujasen con irresistible fuerza hipnótica.

Arreciaron los porrazos.

Sonnia desapareció.

Momentos después la puerta cedía violentamente a las acometidas, y varios camareros y huéspedes penetraron en la estancia, deteniéndose entre exclamaciones de asombro y horror.

—¡Dos muertos! —barbotó uno de los sirvientes.

—¡La señorita Miroslava!

—¡Un médico! ¡Que llamen a un médico! —pidieron algunas voces.

Salieron unos precipitadamente, a la par que iban acudiendo otros.

La contralto lanzó un entrecortado suspiro.

—¡Miroslava vive! —comentó el que habló primero. Y corrió a inclinarse sobre la «desvanecida».

El doctor del hotel acudió pronto. En el momento en que se disponía a reconocer a la checoslovaca, aparentó esta volver en sí. Hizo un gesto que la acreditaba como perfecta comedianta, y luego se cubrió el rostro con ambas manos. Enseguida rompió en sollozos.

—Vamos, señorita, sérénese —aconsejó el facultativo. Y se dirigió hacia el cuerpo de James, mientras los camareros levantaban a la artista y la acomodaban en un sofá.

—Este hombre está muerto —declaró el facultativo, incorporándose.

—¡Es horrible, horrible! —gimió ella. Y repitió entre llantos lo que dijera a Sonnia:

—Quiso asesinarme... Disparó sobre mí... Yo... no supe lo que hice; tenía una pistola a mano... porque le temía... y disparé también. ¡Oh, Dios mío, qué horroroso es esto!

Simuló desmayarse de nuevo. Y lo hizo tan bien que hasta el propio médico se impresionó.

CAPÍTULO III

Mirolava fue trasladada a la clínica anexa a la Prisión del Estado; pero tanto por su calidad de artista eminente, cuyos amigos y admiradores se contaban por centenares, como por las circunstancias que habían concurrido en el drama de que fue protagonista, se la trataba con el máximo de consideraciones, al extremo de permitirle recibir cuantas visitas quisiera, sin testigos oficiales de las mismas.

En el ánimo de todos estaba que sería absuelta tan pronto como se viera la causa.

Grave cosa era haber dado muerte a un inspector del Servicio Secreto; pero las atenuantes saltaban a la vista, y eran de tal fuerza, que nadie temió por la suerte de la autora del crimen.

Sonnia fue la primera que la visitó, a las pocas horas de ocurrida la trágica escena.

Por encima de todas sus amarguras, la pobre huérfana consideróse en el deber de asistir, en lo posible, a la mujer que tanta influencia ejercía en su vida.

Las dos mujeres se miraron largamente, en silencio, apenas quedaron solas. En las pupilas de la visitante había una fuerte acusación; en las de Mirolava, un reto.

—¿Cómo estás? —preguntó, al fin, Sonnia.

—Bien. ¿A qué has venido?

—Puedes suponerlo: a verte.

—¿Sólo a eso?

Sonnia quiso sacar fuerza de flaqueza, pero acabó hundiendo el rostro en las ropas de la cama ocupada por la artista. Los sollozos agitaron su pecho.

Mirolava reflexionó. Llegó a una conclusión sobre lo que le convenía hacer con aquella muchacha, y empezó a acariciarle los cabellos mientras le hablaba dulcificando el tono, cosa que tan fácil

le resultaba cuando quería, lo sintiese o no.

—Tranquilízate, pequeña. Comprendo lo que pasa por ti. Pusiste el corazón en ese hombre que no te merecía. Yo lo puse también, ¡yo!, que no me creía capaz de enamorarme, hubiera sido su esclava; pero nos traicionó a las dos, burlándose sucesivamente de una y otra... —Sonnia arreció en el llanto, y la cantante añadió—: Cuando le reproché su infamia se enfureció, y quiso matarme... Disparó sobre mi primero.

La joven tuvo una reacción valiente:

—¡Calla! ¡No quiero que hables así! ¡Tú le odiabas; le hubieras matado de todas maneras!

—¡Qué dices!

—Por eso derramé su copa en el restaurante...

—¡Eh!... ¿Qué pudiste ver para...?

—Nada; acababa de llegar cuando me acerqué a vosotros; pero advertí en tus ojos algo que me heló la sangre.

—¡Estás loca, Sonnia! ¡Te prohíbo que hables así! ¡Si por tu falta de sentido dices algo que me perjudique, te aniquilaré!

—¡Miroslava!

—¡No lo dudes! ¡Siempre te he querido... pero no te perdonaré si contribuyes a mi desgracia!

La joven, fascinada, dominada como de costumbre, desvió la vista, susurrando:

—Perdóname... No sabía lo que decía.

—Eso está mejor. No tengas nunca rebeldías conmigo. Cuando te pregunten, tú no sabes nada. Di que, por hallarte desnuda, acudiste al lugar del suceso después que los demás. No pronuncies para nada el nombre de Chester; puesto que aquí era conocido por James, James le llamaré yo. Afirma que le conocías de vista, pero que nunca hablaste con él.

—Diré lo que tú quieras.

—Márchate ya.

—¿No necesitas nada de mí?

—No.

—Me encuentro enferma. Tengo fiebre. Creo que no podré venir a verte mañana.

—Es lo mismo. Cuídate.

Salió Sonnia. Llevaba baja la cabeza, y ello le impidió ver el

brillo asesino que fulguró en los ojos de la cantante.

Una hora después recibió ésta la visita de Lawrence Callaham, cincuentón atildado que hubiera muerto antes de declarar su edad verdadera. Considerábase joven y fuerte como si tuviera treinta años; se creía irresistible para con las mujeres, y era, en el fondo, un pobre diablo.

El primer encuentro entre Miroslava y él pareció casual, pero distó mucho de serlo. La artista, siguiendo el plan concebido, lo provocó hábilmente, y tuvo para el otoño tales sonrisas y miradas prometedoras, que este hubo de pellizcarse para convencerse de que estaba despierto.

A partir de entonces, la cosa se deslizó tal y como la bella espía planease: Lawrence no la dejó a sol ni a sombra; creyóse el más afortunado de los mortales, y se enamoró perdidamente de la peligrosa mujer, que cuando lo tuvo totalmente envuelto en sus redes, le dijo ser accionista de una empresa checoslovaca dedicada a la fabricación de armas modernas. Esto le sirvió de base para ir deslizándose, día tras día hasta el fondo de la cuestión que le importaba. Lawrence tragó el anzuelo, y aunque en algunas ocasiones vióse acometido por serios temores, acabó desechándolos siempre ante la «sinceridad de la incomparable mujer, que sólo tendía a beneficiar, con fines comerciales, la empresa constructora de que le hablara».

Quiso el cincuentón más de una vez apartarse del presentido peligro, mas se encontró sin fuerzas para ello. La sola idea de no ver más a Miroslava le sacaba de quicio; y como la artista le dejaba entrever nuevos mundos de ventura para un futuro próximo, Callaham sentíase cada minuto más dispuesto a darlo todo con tal de lograr sus anhelos.

Un día, por fin, la espía le habló de «ciertos planes relativos a un nuevo tipo de avión»... Callaham estremecióse, y aquella noche no durmió. Pasó el día siguiente sin visitar a Miroslava, quien llegó a sentir miedo, no obstante estar segura de que, ya había enloquecido casi a su víctima; pero a la otra mañana le vio aparecer más humilde que nunca, declarando que no podía soportar la existencia lejos de ella.

Miroslava dejó transcurrir varias fechas sin mencionar la cuestión, pero mostrándose menos afectuosa que de costumbre con

su rendido enamorado. Y fue entonces éste el que, no pudiendo resistir aquellos síntomas de desvío, abordó el problema una y otra vez, asegurándole que le haría conocer tales planos tan pronto como las circunstancias se lo permitieran.

Y así las cosas, se produjo el crimen que llevó a la cantante a la clínica de la Prisión del Estado.

Callaham entró presuroso y deshizo a los pies del lecho un gran ramo de flores, al propio tiempo que decía:

—¡Miroslava! ¡Mi diosa! ¿Qué es lo que ha ocurrido? Acabo de enterarme por la Prensa. ¡No sé cómo no me he vuelto loco!

Ella le sonrió dulcemente, y le dio a besar la mano.

—¡Mi buen amigo Lawrence! —susurró—. ¡Cuánto agradezco su visita!

—¡Cuéntemelo todo; todo!

—¡Oh, por favor, ahórreme evocaciones angustiosas!...

—Pero... ¿ese hombre...?

—Ese hombre fue mucho en mi vida. Hacía tiempo que había dejado de verlo. Al encontrarme aquí quiso reanudar lo que se había roto para siempre; me negué... y ya sabe usted lo demás.

—¡El miserable!

Fingió ella una protesta:

—¡Por favor, Lawrence, que está muerto!

—¡Desgraciadamente, lo está! ¡Cuánto daría por encontrármelo vivo para matarle yo!

—¡Oh, qué bueno es usted, y cuánto me ama!

—¿Ha podido dudarle? ¡Mi vida entera le pertenece!...

El diálogo, ridículo por parte de él y rematadamente habilidoso por la de ella, se mantuvo en parecidos términos durante varios minutos, al cabo de los cuales de manera «natural» desembocó en el punto que interesaba a Miroslava.

—Tendrá esos planos —prometió Callaham—. Todo es cuestión de esperar un momento oportuno. Si no hubiera sido por el coronel Mirror, la habría complacido ya; pero ese viejo zorro desconfía hasta de su sombra, y los vigila personalmente.

—Pero usted tiene la llave del sitio donde se guardan, ¿no?

—¡Claro que sí! Mirror y yo somos igualmente responsables de su custodia, como asimismo de otros documentos importantes; nos turnamos. Lo que pasa es que ese hombre parece no tener otra cosa

que hacer, y aun sin estar de servicio, se presenta cuando menos, se le espera para comprobar que todo está en orden. Se extasía contemplando «el tesoro» a cada momento.

—¿Desconfía acaso de usted?

—Lo ignoro. Él justifica su asiduidad afirmando que, como no tiene familia, se encuentra más a gusto en el Departamento que en ningún otro lugar. Me tiene sobre ascuas, porque es sagaz, peligroso... Y lo peor del caso es que, dadas las razones que aduce, no puedo molestarme.

No pudieron seguir departiendo. Comenzaron, a llegar otros admiradores de la diva, y Callaham, para evitarse el sufrimiento de ver cómo ella se veía obligada a mostrarse amable con todos, hubo de despedirse.

Guido Burelli fue de los últimos en llegar aquel día, y el que menos prisa tuvo en marcharse. Permaneció allí hasta que pudo quedarse a solas con la paciente, y entonces, bajando la voz, aunque no era necesario, pues nadie les vigilaba ni escuchaban las conversaciones, preguntó:

—¿Por qué has hecho eso?

La interrogada le miró colérica.

—No tiene derecho a interrogarme así.

El italiano se mordió los labios. Era jefe de la Organización en Norteamérica, pero sabía bien que Miroslava poseía la confianza absoluta de las altas esferas.

—No se disguste —pidió—. Mi pregunta ha sido originada por el interés que usted me inspira.

—Agradezco ese interés, Burelli. Acérquese más. Nunca sobran las precauciones —obedeció éste, y la artista añadió—: Dije a ustedes que me encargaba del asunto, y he cumplido mi palabra. ¿Que por qué lo he hecho, así, de cara?... Calífiquelo, si quiere, de un juego con el peligro. Aborrecía a ese hombre, y quise darme el placer de matarle dándole tiempo de apreciar que era yo quien le arrancaba la vida.

—¿Tanto daño le hizo?

—Pisoteó mi orgullo. ¿La parece poco? Le conocí en Filadelfia. Allí se llamaba Chester. Hoy, ya dudo de cuál era su verdadero nombre. Le di... lo que no había concedido ni concederé a nadie: mi amor; y él me despreció para enamorarse de Sonnia, esa miserable

sueca a la cual protejo; le hice entrar en nuestra Organización, y antes de llevar a cabo el primer trabajo huyó como un cobarde. ¡Le odiaba con toda mi alma! Y no podía resignarme a que muriese a manos de cualquiera de los nuestros; necesitaba aniquilarlo yo, y que él, al morir, se llevase en las retinas el fuego del odio retratado en las mías. Ya lo sabe usted todo. He realizado mi venganza, y, de paso, he cumplido el deber que me impuse al echar sobre mis hombros el compromiso de suprimirle.

—Está bien. Reciba mi felicitación. ¡Ojalá salga con felicidad del juicio!

—No tema por eso. He hecho las cosas a conciencia.

—Ha mencionado usted a Sonnia como una de las figuras de esa cuestión personal... dígame: ¿no teme que esa muchacha diga algo que no deba decir?

Miroslava apretó les dientes. Burelli había puesto el dedo en la llaga.

—Existe ese peligro... aunque es remoto —declaró al cabo de algunos momentos. Añadió, ensombrecido el semblante—: De todos modos, he resuelto hacerla callar para siempre.

—Me parece buena idea. ¿Quiere que me ocupe enseguida?...

—No; sería contraproducente hacer nada contra ella por ahora. No quiero atraer sobre mi nuevas miradas que investiguen. Cuando se substancie mi proceso...

—Pero ¿y si antes comete alguna indiscreción?

—Espero que no. Tengo sobre ella el dominio suficiente para someterla a mi voluntad. Si he decidido eliminarla es por temor a perder ese dominio algún día. Y ahora escuche usted algo más importante —Burelli aguzó el oído, y Miroslava añadió—: Hay un tal coronel Mirror que debe morir cuanto antes, si queremos apoderarnos de los planos que nos interesan.

—Deme detalles.

La espía refirió a su cómplice la conversación sostenida horas antes con Lawrence, y acabó diciendo:

—Temo que mientras el coronel Mirror exista, Callaham no se atreverá a dar un paso por complacerme.

—No se preocupe.

—Convendría darle al asunto apariencia de accidente.

—Se le dará.

La vista de la causa contra Miroslava resultó sensacional. Sus declaraciones, hechas en los tonos adecuados y acompañadas de gestos justos, impresionaron a la Policía primero, a los magistrados, jurado y público después.

—¡No podía más! —había dicho—. ¡Ese hombre era mi tortura, mi infierno en la tierra! Me seguía con frecuencia; se me presentaba cuando menos lo podía esperar... aunque desde hacía tiempo le esperaba siempre, pues llegó a constituir mi obsesión. Fuimos novios, pero nuestras relaciones terminaron de manera violenta, porque a él le gustaban todas las mujeres, y yo no podía soportar la constante humillación de verme preterida. En principio, la ruptura le pareció bien, pero luego mudó de opinión y se empeñó en que reanudásemos lo que ya había muerto. Mis negativas le inducían a amenazarme de muerte una y otra vez. Yo temblaba porque le conocía, y le sabía capaz de cumplir su amenaza. El día del horrible suceso, nos encontramos casualmente en el Restaurante Longchamps; se mostró afectuoso como nunca, dijo haberse resignado a la separación, y que se avenía a que nos uniese simplemente una buena amistad. Me agradó la idea, y le correspondí ampliamente. Bailamos, bebimos unas copas de champaña... Vino conmigo hasta la puerta del hotel, donde quiso despedirme; pero él me suplicó que le permitiese subir unos minutos, el tiempo justo de fumar un cigarrillo. Accedí, ocultando mis temores para que no se reprodujese su enojo; pero apenas estuvimos solos me escupió todo su odio, todo su afán de venganza. «Voy a matarte ahora mismo —exclamó—. Puesto que no has de ser mía, impediré que lo seas de nadie más; estoy loco, loco...». Y empuñó una pistola. Yo, espantada, creo que grité, pero un horrible trueno apagó mi voz.

Retrocedí de espaldas, a la par que avanzaba él como un felino dispuesto a dar el salto; mis manos tropezaron con un mueble en el que había una pistola de la que no suelo separarme, ya que una mujer sola de mi categoría está siempre expuesta a peligros; le advertí que si no se detenía haría fuego; rió él a carcajadas, y disparó. Y ya no supe lo que hice... Maquinalmente apreté el gatillo una y otra vez... ¡Oh, qué cuadro de horror!

Acabó llorando de verdad. Tanto se había metido en situación al hacer su relato, que llegó a vivirlo tal y como lo explicaba.

La belleza y prestigio de la procesada; la fama de mujeriego que tenía James Ranky; la herida no cicatrizada aún del todo que presentaba el antebrazo de aquélla; la ausencia de huellas dactilares femeninas en el arma del muerto; el hecho de que el lugar de acción hubiera sido una de las habitaciones ocupadas por Miroslava... Todo, en fin, formó un total en su abono. Fue declarada absuelta y puesta en libertad.

Sus múltiples admiradores rindiéronle un homenaje; Lawrence Callaham que había asistido al acto, lloró como un niño.

La idea de asesinar a Sonnia seguía latente en el cerebro de Miroslava; pero hubo de diferir su ejecución como consecuencia de la enfermedad padecida por ésta, enfermedad que había consumido casi todas sus energías y que la obligaba a guardar cama.

Dióse cuenta la artista de que matar a la muchacha en el mismo hotel donde ella residía, donde hacía un mes apenas que James encontrara la muerte, era excesivamente arriesgado y propio para sospechas.

Así se lo dijo a Burelli: «Aguardemos a que se ponga mejor y salga. Cualquier sitio menos éste será bueno para hacerla desaparecer».

Y el italiano, comprendiendo la razón que asistía a su secuaz, se avino a la espera, no obstante lo aficionado que era a quitar de en medio todo cuanto significase estorbo o peligro.

Cierta noche en que la artista no actuaba —solía cantar sólo dos veces en semana, en funciones especiales—, decidió quedarse en el hotel, no recibir a nadie y descansar.

Las ligeras nubes que durante las últimas horas de la tarde cruzaron el cielo, fueron substituidas por otras más densas que se agrupaban y se sobreponían ininterrumpidamente; la atmósfera se fue cargando de electricidad. Se fraguaba una tormenta que no acababa de romper.

Cerca de la inedia noche oyóse al fin un trueno prolongado, pero lejano todavía.

Miroslava, que, por no tener sueño, se había puesto a estudiar una partitura, sufrió un escalofrío que le recorrió la espina dorsal. Acudió a su memoria la noche, todavía cercana, en que allí, en aquella misma habitación, dio muerte a James Ranky. Era una mujer sin conciencia y sin escrúpulos, pero un tanto supersticiosa.

Tenía la convicción de que los fenómenos atmosféricos representaban algo decisivo en las acciones de las personas. Las tormentas le producían verdadero horror.

Permaneció unos minutos quieta, como envarada; acariciando el anhelo de que la tempestad se alejara en vez de acercarse, y sacudida por el temor de que no ocurriese así.

Sigilosa, como si sus movimientos pudieran influir en lo que la estremecía, abandonó la partitura y dio unos pasos hacia el dormitorio en el preciso instante en que una sucesión de relámpagos iluminaron el cielo, convirtiendo las nubes en algo fantasmal.

Mirolava se detuvo, encogióse y apretó los ojos. Varios truenos simultáneos, horrisonos, dieron la sensación de haber desgajado el firmamento allí mismo.

Sonnia apareció corriendo, envuelta en una bata de dormir.

—¡Mirolava! —exclamó, yendo a refugiarse en los brazos de la artista, a la cual su aparición arrancó un grito de pánico—. ¡Tengo miedo!

La muchacha hallábase influida por su «protectora» hasta el extremo de compartir buen número de sus rarezas.

—Tranquilízate —aconsejó la cantante, aunque en realidad era ella la que más necesitaba de ánimos.

—¡Es espantoso! —gimió Sonnia—. Esta noche me recuerda aquella otra...

—¡Calla!

La orden sonó como un trallazo. Y era que Mirolava había sentido, al conjuro de aquellas palabras, como si le mordiesen la médula. Se le erizaron los cabellos; tembló su cuerpo todo...

Descargó un aguacero terrible. A través de los cristales veíanse masas de agua que los golpeaban con furia, cual una compacta cortina, irisada a cada momento por los incesantes relámpagos.

Apagáronse de pronto las luces.

Las dos mujeres, desorbitados los ojos por el espanto, se abrazaron en la obscuridad, rasgada sólo por los zigzagúeos eléctricos.

—Vamos a acostarnos —susurró Sonnia—. Nos taparemos la cabeza, y estando juntas...

—No; espera, espera a que pase un poco...

Se interrumpió. Acababa de oír, como asimismo Sonnia, el bostezo seco de una puerta que se abría silenciosamente a pocos metros.

—¿Quién va? —preguntó la artista, tratando de dominarse, aunque su voz temblaba.

Nadie le respondió. Sin embargo, unos pasos lentos, suaves, dirigíanse hacia ellas.

—¿Quién va? —repitió, con acento menos seguro aún.

El mismo silencio; los pasos se detuvieron unos segundos, y tornaron a avanzar. Ya estaban cerca, muy cerca. Miroslava notó en la nuca el aliento del ser misterioso que no lograba descubrir.

Un nuevo y prolongado relámpago, hizo que el pánico de las dos mujeres llegase a grados inconcebibles; a su luz pudieron ver el rostro del nocturno visitante, y ambas reconocieron a James Ranky.

No pudieron gritar siquiera.

Sonnica cayó al suelo, perdido el conocimiento. Miroslava, más fuerte de espíritu, a pesar de todo, conservó el suyo y quiso retroceder, sin conseguirlo en los primeros instantes; le pesaban las piernas como si se le hubieran convertido en plomo; pretendió tender las manos para apartar de sí la espantosa aparición, mas las energías no la obedecieron y los brazos permanecieron inertes.

El aliento de aquel ser fantasmal le abrasaba ahora el rostro y, al propio tiempo, le helaba la sangre en las venas.

Con un esfuerzo sobrehumano logró al fin retirarse de espaldas...

Nuevos relámpagos... Cada uno de ellos, bañando por completo la figura del aparecido, convencieron más y más a la artista de hallarse frente al espectro del asesinado.

Por fin lanzó un grito estridente; no pudo más, y cayó pesadamente sobre la alfombra.

Otro trueno más... y otro...

Una de las ventanas se abrió con violencia, y la lluvia penetró a raudales en la tenebrosa estancia.

CAPÍTULO IV

Burelli hizo un gesto de extrañeza al oír la voz de la artista al otro lado del hilo telefónico:

—Venga a verme enseguida, por favor. Me encuentro mal; no puedo salir, y necesito hablarle sin pérdida de tiempo.

Inquieto, temeroso de que hubiera surgido alguna complicación grave que pudiera envolverle, el italiano permaneció indeciso durante algunos minutos. Al fin resolvió hacer lo que se le pedía. Hubiera sido una locura desentenderse de un ruego formulado por la mujer que tanta importancia tenía dentro de la organización, y a la cual estaba confiado últimamente el asunto de los planos que tanto interesaban a los jefes.

Dio instrucciones a Franz Henss y a Lajoz Goemboes sobre lo que debían hacer si su ausencia se prolongaba con exceso; guardóse en el bolsillo una pistola después de examinarla, y tomó un coche que le condujese al «Hotel Ambos Mundos».

Le produjo deplorable efecto ver la fisonomía de la artista; sus ojos dilatados, en los que todavía se reflejaba el terror.

—¿Qué ha ocurrido?... —preguntó, aceptando el asiento que Miroslava indicábale.

—¡Algo inconcebible, Burelli! Sé que se resistirá a dar crédito a mis palabras, pero le encarezco la conveniencia de no iniciar la más ligera burla: ¡James Ranky no ha muerto!

—¿Ah, no?

—Y, si ha muerto, su espectro danza por ahí y me visitó anoche. Guido arrugó el entrecejo.

—Debe usted tener fiebre alta —murmuró, tratando de tomar el pulso a su interlocutora. Ésta le rechazó con firmeza.

—¡Estoy bien —replicó— y no he visto visiones! ¡Sonnia estaba conmigo cuando se produjo el hecho!

—¡Caramba!

—Escúcheme.

Y, estremecida aún, refirió a Burelli lo sucedido.

—Cuando volví en mí —terminó diciendo—, en la habitación había otra vez luz. Sonnia continuaba desmayada. Varios dependientes del hotel, así como el médico, nos rodeaban y atendían. El espectro se había esfumado.

—¿Y explicó usted la causa de su deliquio?

—No, pude contenerme a tiempo. Dije, sencillamente, que la tempestad nos había afectado mucho, tanto porque de siempre nos produjo pánico, como porque nos hizo recordar aquella otra noche de tormenta en que tuvo lugar el drama. Lo encontraron natural y, tras asistirnos, nos dejaron tranquilas.

—¿Sonia tampoco dijo nada?

—No. En principio se lo impidió el miedo, que no le permitió hablar durante mucho rato después de haber vuelto en sí; luego, cuando estuvimos solas, le prohibí yo que lo hiciese.

—¿Cree usted que la obedecerá?

—Espero que sí, aunque, de todos modos, me afirmo en la precisión de suprimir cuanto antes a esa mujer.

—Ocúpese usted de que salga de aquí, y adviértamelo.

—Lo haré en cuanto pueda. Esta nueva emoción retrasará nuestro propósito en tal sentido. Pero, bueno, ahora lo que importa es lo otro. Le he llamado porque sentía la necesidad de cambiar impresiones con usted. ¿Qué opina de lo que acabo de contarle? Le consta que tengo fama de valiente y decidida, pero confieso que lo sobrenatural me descompone.

—Yo no creo en lo sobrenatural, amiga mía, ni usted debe creer tampoco. Si lo que me ha contado no es un producto de las imaginaciones de usted y de Sonnia, exaltadas por la electricidad que había en la atmósfera, habremos de buscarle una explicación lógica.

—¡Insisto en que vimos al espectro! ¡Yo, además, sentí su respiración abrasadora!...

—Bien, bien; no vuelva a excitarse. Admito que está en lo cierto. Le vieron ustedes; pero... ¿no se trataría de un ladrón que pretendió asustarlas con el propósito de robar, y que huyó ante sus gritos? ¿No cabe en lo posible que la disposición de ánimo en que se hallaban las indujese a ver en la cara de tal hombre los mismos

rasgos que tenía James Ranky?

—No; no es posible. Estoy segura de que era él, y ruego a usted que no continúe dudándolo.

Burelli se acarició la frente repetidas veces.

—Es extraño, muy extraño —confesó—; pero, de todos modos, insisto en que la explicación de ese fenómeno está en la tierra y no en el Más Allá. Deje el asunto en mis manos. Pensaré atentamente en ello; haré cuantas averiguaciones se me ocurran.

—¿Averiguar qué?

—No lo sé todavía; pero... ya veremos. Ocúpese usted de serenarse y de ponerse bien. Piense en los asuntos que la aguardan.

—Sí; tiene usted razón. Trataré de dominarme. ¿Qué hay del coronel Mirror?

—Aún no se nos ha presentado la oportunidad de acabar con él «por accidente». Estamos sobre el asunto. No tardaremos mucho en eliminar ese estorbo.

Permanecieron juntos todavía un buen rato. Cuando Burelli salió. Miroslava dióse cuenta de que había recobrado parte de su serenidad.

Thomas Kerr, jefe del Servicio Secreto, levantó su rostro prognato, y fijó con curiosidad la taladrante mirada en el ordenanza que tenía delante, el cual anunciaba:

—Se trata de un hombre extraño. No se ha quitado el sombrero... Lleva unas enormes gafas negras. Asegura que esperará cuanto haga falta para conseguir que usted le reciba; que las noticias que ha de darle encierran enorme interés, y que se relacionan con el desgraciado James Ranky.

—Bueno —decidió el alto funcionario—. Hágale pasar. Como sea un necio que me haga perder el tiempo inútilmente, me va a oír.

Salió el ordenanza, para volver a poco precediendo al visitante, el cual, como anunciara el empleado, usaba grandes gafas negras. Un bigote poblado y fosco le cubría no sólo el labio superior, sino gran parte de la cara. Llevaba subido el cuello de un ligero gabán de otoño.

Kerr le observó escrutadoramente. Aquel hombre le recordaba a alguien, aunque en los primeros momentos no acertaba a precisarlo.

—¿Qué es lo que desea? —inquirió.

El interrogado dirigió una mirada de sus casi invisibles ojos al

ordenanza.

—Déjenos solos —ordenó Kerr a éste. Y cuando fue obedecido, insistió—: Diga pronto lo que quiere.

Por toda respuesta y con rápidos movimientos, el hombre del gabán se quitó las gafas y se arrancó el bigote.

El jefe, sin poderse contener, se levantó de un salto, agrandadas por el asombro las pupilas, y exclamó:

—¡James Ranky!

—Chester Ranky, señor Kerr —murmuró el joven, envolviendo sus palabras en simpática sonrisa.

—¿Hermano de James?

—Hermano gemelo, sí señor.

El jefe correspondió a la sonrisa con otra análoga.

—La verdad es —dijo— que me ha dado usted una sorpresa parecida al susto. ¡Esa manera de presentarse...!

—No lo interprete como un afán de producir espectacular efecto. Me ha inducido a conducirme así el deseo de que sólo usted, por ahora, se entere de mi existencia.

Kerr le tendió la mano, que Chester estrechó con demostraciones de respeto.

—Siéntese —invítóle el jefe. Y añadió, cuando ambos lo hubieron hecho—: Estimaba mucho a su pobre hermano. Su muerte me ha producido hondo pesar, aumentado por el disgusto de no poder castigar a su asesino.

—Mi propósito es castigarlo, señor Kerr.

—Guárdese de ello, amigo mío. La persona en cuestión ha sido absuelta por los tribunales.

—Indebidamente absuelta.

—No irá a censurar la labor de la Justicia.

En vez de responder directamente, Chester preguntó:

—¿Será usted tan amable que dedique un rato a mis explicaciones?

—Desde luego. Todo el tiempo que desee —por el teléfono interior dio orden de que no les interrumpiese nadie. Luego se volvió a Ranky, agregando—: Empiece cuando guste.

—Le diré, ante todo, que la persona a quien querían asesinar no era a James, sino a mí.

—¡Ah!

—Procuraré hacer la historia lo más breve posible. Yo quería mucho a mi hermano, aunque él no me correspondiese. Y conste que no me quejo. Sin considerarme mala persona, he cometido locuras más que suficientes para que un hombre de la rectitud de James no quisiera nada conmigo. Porque él, descartada su desmedida afición al bello sexo, era un hombre intachable, de una moralidad a toda prueba, de una conducta digna de admiración.

—Me consta.

—Yo, por el contrario, he sido siempre un bohemio; un cabeza loca, como él me dijo en más de una ocasión.

—¿Tanto?

—Tanto, sí. Desde jovenzuelos tuvimos con tal motivo nuestras discrepancias. Para James la vida era una línea recta que había que seguir, costara lo que costase; para mí, una sucesión de líneas, floridas unas, espinosas otras, entre las cuales se podían elegir las que menos dificultades ofreciesen. Creo que él tenía razón, pero... cada uno es como es. Mi hermano aspiraba, por lo que le atañía personalmente, al triunfo, a la consolidación de un bienestar, a un mañana próspero; en cuanto a su misión en el mundo, anhelaba contribuir con su esfuerzo a la desaparición del crimen, al castigo inexorable de los delincuentes, al triunfo de la virtud... No me atrevo a calificar tales cosas de utopías; digo, sencillamente, que siempre me parecieron irrealizables. Yo encontraba más cómodo (admito mi egoísmo) dejarme llevar por la corriente, pensando que mientras el mundo sea mundo habrá gente mala y buena, y que sólo los elegidos están en la obligación de sacrificarse por la Humanidad. Como no me contaba entre éstos, como mis aspiraciones se limitaban a vivir bien con poco esfuerzo, desoía las amonestaciones de James, y... dicho sea en honor a la verdad, le proporcioné más de un disgusto. Consecuencia de ello fue que un día nos separásemos definitivamente. Mi conducta, desde entonces, ha sido muy irregular. Nunca he hecho daño a nadie, por lo menos a conciencia de que se lo hacía; pero tampoco he sentido escrúpulos excesivos al elegir los medios de vida. Éstos, han sido muchos y muy dispares.

—Se está usted haciendo un retrato poco recomendable —interrumpióle Kerr, sin acritud.

—Uno de mis defectos de siempre ha sido la sinceridad. Bien;

continúo. Últimamente yo residía en Chicago. Allí me enteré, por un suelto de prensa, de la muerte de James. Le aseguro, señor Kerr, que vibré de arriba abajo. Creo que hasta entonces no me di exacta cuenta de lo mucho que le quería. No me detuve a pensarlo. Generalmente pienso poco las cosas. Lié mis bártulos, y me planté en Nueva York. Aquí he conocido con detalles la verdad... o lo que se cree la verdad, y he formado el propósito de vengar a mi hermano y rendir un buen servicio a mi patria.

Se interrumpió para sacar un paquete de tabaco.

—¿Me permite fumar?

—Desde luego. ¿Quiere un habano?

—No, gracias; prefiero un cigarrillo.

Lo encendió y echó una bocanada al aire. Luego continuó, cambiando de tono, como si se refiriese a un asunto completamente distinto del que les ocupaba:

—Yo conocí a «la hiena blanca».

—¿Eh? ¿A quién se refiere?

—A la mujer que mató a James. La bauticé con ese nombre hace ya tiempo. Aseguro a usted que le cuadra como ninguno. Dudo que exista en el mundo una criatura tan cruel como ella. Goza con el daño de sus semejantes; matar le significa un placer. Yo la he visto reír, cuando se creía sola, paladeando las consecuencias de sus dentelladas, y doy a usted mi palabra de que me escalofrié. Su risa recuerda en tales momentos, con toda exactitud, la risa de una hiena. Fuimos novios. Me atrajo su belleza, y a ella le sedujo mi displicente manera de conducirme. Tuve la desgracia de que se enamorase de mí. Le ruego que no interprete estas palabras como una petulancia mía; jamás me he jactado de nada y menos de haber conseguido el amor de una mujer. Si hago esta declaración, es porque la considero precisa. Se enamoró de mí, repito, aunque ignoro lo que hubiera durado su amor ni si habría terminado destruyéndome; sólo puedo decirle que era absorbente, insoportable. De todos modos me hubiera dejado llevar por aquella corriente, como fue siempre mi costumbre, de no haber descubierto a tiempo la maldad de Miroslava, maldad que supera a todo lo concebible... y la bondad, la ternura de una pobre muchacha llamada Sonnia, sobre la cual ejerce ella una fascinación diabólica. Me enamoré de Sonnia de verdad, y fui correspondido. Por miedo a

que Miroslava se ensañase en aquella criatura inocente, ocultamos nuestro idilio; pero «la hiena blanca» lo descubrió un día, y su furia fue horrorosa. Menos mal... (aquí voy a tributarme otro elogio que le ruego perdone) que no soy hombre capaz de soportar irascibilidades; me planté ante ella en plan de dominador; le eché en cara sus múltiples defectos, y, finalmente, le anuncié que si Sonnia recibía el menor daño por su parte, le aplastaría la cabeza como al más inmundo de los reptiles. Miroslava es lista, y comprendió que no la amenazaba en vano. Me hizo una escena de lágrimas y súplicas; me aseguró que se conformaba con tenerme cerca y ser amiga mía. El amor hacia Sonnia me impulsó a aceptar aquella amistad, aunque nunca confié en ella —hizo una pausa, durante la cual aplastó el cigarrillo en el cenicero, y agregó, lanzando un suspiro breve—. Ahora viene aquí la única nota verdaderamente fea de mi vida: Miroslava y unos amigos suyos de Filadelfia, explorando mi abulia, me tendieron una red dorada: lujo... bienestar... Cuando quise darme cuenta advertí que había caído en una organización de espías, y que se trataba de hacerme laborar contra mi patria.

—¡Señor Ranky!

—Me he propuesto no ocultarle nada, y lo estoy realizando, ¡juro a usted por la venerada memoria de mi hermano, que si me hubiera prestado a tales manejos se lo confesaría igualmente! No lo hice, ni tuve valor para permanecer allí aguardando a que me asesinasen, como hubieran hecho ante mi negativa a obedecerles. Tampoco les podía denunciar. No poseía ninguna prueba material contra ellos, aparte de que yo desconocía a los verdaderos jefes de la organización. Opté por lo más cómodo, por lo más de acuerdo con mi idiosincrasia: huí. Quise antes convencer a Sonnia para que me acompañase; pero por aquellos días mi amada estaba ausente de Filadelfia, y yo no podía esperar. Escapé con el propósito de buscarla un día, mas no lo hice: vi mi vida deshecha, sin medios económicos, sin nada que ofrecer a la que fuera mi esposa, expuesto siempre a que los enemigos que me había creado me eliminaran cuando menos lo esperase... y dejé pasar el tiempo.

—Le comprendo, aunque no le aplauda.

—Hoy las cosas han cambiado, James ha muerto en mi lugar... y no puedo resignarme a que su muerte quede impune. Todo hace

suponer que Miroslava continúe siendo espía, que su verdadera misión en Nueva York no sea la del arte; pues bien: aspiro a ser autorizado para desenmascararla, como asimismo a los que la rodean, aunque me vaya en ello la cabeza.

—¿Debo suponer que pretende el ingreso en nuestro organismo? —quiso saber el jefe, mirándole con fijeza.

—No. No suelo aspirar a nada que no merezca, y ése es un honor demasiado alto para mí.

—¿Entonces...?

—Mi pretensión estriba en que se me permita, intervenir oficialmente en este caso; en que se me considere... algo así como agente especial. Miroslava ha matado a un inspector del Servicio Secreto; Miroslava es enemiga de nuestro país; las autoridades la han absuelto; nada puede hacerse contra ella sin hallar las pruebas de su culpabilidad; pues bien: confiéraseme esa misión en holocausto a la memoria de mi hermano; dénseme atribuciones para proceder con arreglo a las circunstancias. Prometo que no haré abuso de las mismas, y que triunfaré, al menos que me maten. Eso es todo. Usted tiene la palabra.

Thomas Kerr tabaleó nerviosamente sobre la mesa. Fue el ruido de sus dedos lo único que rompió el silencio de varios minutos que reinó en la estancia.

—Es muy interesante todo lo que usted me ha dicho —comentó, al fin, el jefe—; pero convendrá conmigo en que acceder a su pretensión es algo duro. Usted mismo ha empezado por describir una propia conducta poco recomendable...

—¿Hubiera sido preferible que le mintiese?

—No, no; aplaudo su sinceridad y le confieso que me ha predispuesto en su favor; pero... no se ofenda por estas palabras a que me autorizan sus declaraciones, ¿quién me asegura que no persigue usted fines personales, simples deseos de venganza, y quiere realizarlos bajo nuestra protección?

Chester, sin replicar, abandonó su silla, y dijo, con acento ronco:

—Adiós, señor Kerr. Gracias por haberme atendido.

Con paso resuelto se dirigió a la puerta.

—¡Aguarde! —ordenó el jefe. Chester se detuvo, y aquél añadió —: Necesitaba comprobar esa reacción suya. Si sus fines hubieran sido tortuosos, habría tratado de convencerme con promesas y

súplicas. Se ha comportado usted como un hombre verdaderamente digno a quien hieren cuando presenta el pecho descubierto. Queda nombrado agente especial para esa misión, Chester Ranky.

El interesado se volvió, y dio unos pasos hacia el jefe. En sus ojos resplandecía el contento.

—¡Gracias, señor Kerr!

—Confío en su éxito...

—... o en mi muerte; yo mismo se lo he dicho.

—Voy a ponerle en contacto con dos buenos elementos que colaborarán con usted.

—¿Y que espíarán mis actividades?

El jefe arrugó el entrecejo.

—Me precio de ser buen psicólogo, amigo mío. No se puede ocupar este puesto sin poseer tal facultad. De no haber creído en usted, a través de cuánto hemos hablado, se lo habría dicho con mi crudeza característica. Desde el momento en que me ha oído que acepto sus servicios para esta misión, puede estar seguro de que lo hago sin reservas mentales... Los agentes Red Howard y Sidney Ford, a quienes voy a presentarle, serán, como acabo de decirle, sus colaboradores. Nada más ni nada menos.

—Perdóneme, señor.

—Disculpado queda.

Pulsó un timbre. Reapareció el ordenanza. Chester, con disimulo, se volvió de espaldas al empleado. El jefe preguntó por Ford y Howard, y, al saber que se encontraban en el edificio, les hizo acudir al despacho.

Ambos eran simpáticos, jóvenes relativamente y de aspecto decidido.

Experimentaron, al ver a Chester, la misma extraordinaria sorpresa que Kerr sufriera antes; cuando supieron la verdad y se enteraron de la empresa que iban a acometer, exteriorizaron su satisfacción y estrecharon con fuerza las manos de Ranky.

CAPÍTULO V

Sonnia recibió una grata impresión al oír el tono cariñoso, fraternal, en que se le dirigió Miroslava.

—¿Cómo te encuentras, pequeña?

—Un poco mejor —contestó la joven, fijando sus hialinas pupilas en la cantante, la cual sentóse al borde del lecho y le acarició, amorosa, los revueltos cabellos dorados—. ¿Y tú?

—Mejor, también. La verdad es que anoche sufrimos un susto mortal.

—¡Espantoso! A ti, ¿se te ha pasado?

—Pues... en parte, sí.

—A mí, no; continuó viendo el espectro a todas horas. Es inútil que cierre o abra los ojos; siempre lo tengo ante mí.

—Tienes que dominarte como lo he hecho yo, Sonnia. Seguramente sufrimos una enajenación terrible.

—¿Las dos a un tiempo?

—Las dos a un tiempo, sí. Fuimos víctimas de un fenómeno óptico no vulgar, pero admisible. Sólo así puede explicarse lo sucedido. He llegado a esta conclusión después de reflexionar mucho, y quisiera que tú llegases también a ella.

—Pero si vi a Chester; estoy segura de que le vi.

—También yo creía estarlo; pero... ¿no comprendes que eso es imposible? Influyó la tormenta... nuestros estados anímicos... Comprendo tu sufrimiento, pobrecita, y por eso he venido a verte a tu cuarto. En las horas angustiosas es cuando en realidad me siento casi una segunda madre tuya.

—Gracias, Miroslava; no sabes el bien que tus palabras me proporcionan.

—Me lo figuro y quiero prodigártelo. Es preciso que te animes, que te distraigas, que no pases los días encerrada en el hotel. Canto esta noche; ¿por qué no vas a buscarme al teatro?

—No me siento bien como para eso...

—¡Bah! Aprensiones que debes desechar. Necesitas levantar el ánimo. Es la mejor manera de que te cures, pues tu dolencia es moral.

—¡Puede que tengas razón!

—¿Irás, entonces, a oírme?

—No sé...

—Prométemelo. Te dedicaré el aria del segundo acto.

Sonrió Sonnia, halagada, complacida.

—Está bien —dijo—. Te lo prometo.

—¡Así se habla!

—Avísame cuando te vayas a marchar, y te acompañaré.

Miroslava hizo un gesto de disgusto.

—No, eso no será posible —repuso—. Tengo que hacer algunas cosas urgentes y particulares cuando salga de aquí, antes de ir al teatro. Tendrás que ir tú sola. Regresaremos juntas y, si nos sentimos animadas, nos meteremos en algún club. ¡Me comprometo a lograr que te distraigas!

—De acuerdo. Iré a buscarte a tiempo de oír el aria.

—No me faltes, ¿eh?

—Descuida. ¡Te agradezco tanto ese interés que acabas de demostrarme!...

—¡Qué tontuela eres! ¡Si yo te quiero mucho! Lo que pasa es que, a veces, los nervios no me permiten mostrarme afectuosa. Bueno, te dejo ya. Hasta que nos veamos en el camarín.

La besó en la frente, y abandonó el dormitorio. Sonnia esbozó una sonrisa dulce, melancólica. ¡Estaba tan necesitada de cariño!...

Media hora después, Miroslava llamaba a Burelli desde un teléfono público.

Cuando se convenció de que era el italiano quien la oía, dijo:

—Escuche: esta noche saldrá la sueca del hotel con dirección al teatro. Procure hacer lo convenido.

—De acuerdo... —contestó Burelli—. El húngaro está aquí. Le encomendaré el «trabajo».

No hablaron más. La hiena blanca, como Chester la denominó, colgó el auricular y dio salida a una de sus escalofrantes risas.

No llovía ni había tormenta; pero la noche era oscura. Por más que se elevase la vista sobre las moles grises de los rascacielos, no

se alcanzaba a descubrir el parpadeo de una sola estrella.

Sonnia distaba mucho de encontrarse bien; pero había prometido a Miroslava acudir a oírla, y se consideró incapaz de no cumplir su promesa. Por nada del mundo hubiera querido soportar las reconvenciones de su «protectora» si le daba por considerar un *desaire* la falta de asistencia.

Asomó a la puerta del hotel y se detuvo unos momentos, vacílame. La noche era fea, sí; pero no hacía frío, y la muchacha sintió deseos de andar, de respirar aire relativamente puro, siquiera.

Frente al «Ambos Mundos», estacionado en la acera opuesta, había un coche con apariencia de pertenecer al servicio público. Al volante del mismo hallábase Lajoz Goemboes; en el interior, Guido Burelli.

—¡Ésa es! —exclamó el italiano, señalando a la muchacha.

—Está bien.

—¡A ver cómo te portas!

—Descuide.

Burelli salió por la portezuela del lado contrario al del hotel, y, sin ser visto, se perdió entre las tinieblas. Goemboes puso el motor en marcha y, despacio, fue acercándose a Sonnia, quien ya había empezado a caminar. Pasó cerca de ella sin mirarla, con la esperanza de que la joven le ordenase detenerse; pero ésta no le hizo caso alguno. Goemboes frenó. Sonnia, absorta en sus cavilaciones, continuó su camino, dejando el coche atrás.

Comprendió el húngaro que la presunta víctima había resuelto hacer el recorrido a pie. Esto estropeaba su plan, que le habría resultado facilísimo si, como supuso, hubiera la joven subido al auto.

Permaneció quieto unos minutos. Volvió a poner en marcha el vehículo, y avanzó muy lentamente.

A pesar de que eran más de las once, el tráfico en Washington Square no había, disminuido apenas. Paseaba mucha gente; bajo los árboles, algunas parejas de enamorados desgranaban el tema eterno; el ruido de las bocinas, de los cláxones, de las notas estridentes lanzadas por las orquestas de *jazz* que actuaban en los cafés y restaurantes, formaban un conjunto ensordecedor.

Sonnia llegó a marearse. Por un momento estuvo a punto de renunciar al propósito de pasear un poco antes de encerrarse en el

teatro; pero desistió al adverar que el aire libre beneficiaba sus pulmones, permitiéndole respirar mejor.

Huyendo de la turbadora aglomeración, dobló la esquina que daba acceso a una calle cuyo silencio contrastaba notablemente con el jaleo de atrás.

La joven se sintió más a gusto. Pasó a otra calle más estrecha y solitaria, a otra después... No sabía sus nombres ni le importaban. Cuando se cansase de andar, volvería, sobre sus pasos hasta encontrar un coche que la llevase a donde quería.

Goemboes, al advertir la dirección que tomaba su perseguida, dejó el auto en lugar conveniente y avanzó tras ella a pie, conservando una distancia prudencial y procurando que su actitud no llamase la atención de los escasos transeúntes con que se cruzaba.

Hasta que juzgó llegado su momento. Habíase espesado la niebla; nadie circulaba por allí...

Sacó el húngaro un cuchillo cuya afilada hoja ocultó en la manga, y apresuró el paso.

Sonnia, aunque no le sintió llegar, tuvo sensación de peligro y se volvió con rapidez cuando apenas la separaban dos yardas de Goemboes.

Quedóse paralizada por la sorpresa y el pánico; quiso correr, pero las piernas no le obedecían; gritar, y apenas si le salió la voz de la garganta.

En el momento en que el asesino disponíase a saltar sobre su presa, un joven que le venía siguiendo le sujeto por el cuello con fuerza extraordinaria.

El grito que antes no pudo salir, brotó entonces terrible de la garganta de Sonnia, quien acababa de reconocer en su salvador al «espectro» de Ranky.

Goemboes, al verse así sorprendido, trató de utilizar el cuchillo y clavárselo a su enemigo donde pudiera; mas éste le aprisionó la muñeca, retorciéndosela milímetro a milímetro hasta hacerle soltar el arma.

Eran los dos extraordinariamente fuertes y ágiles, si bien Chester tenía a su favor la juventud, pues el húngaro pasaba de los cuarenta años, y poseía mayor acometividad y valentía.

Consiguió Goemboes librarse de la presión que hacía ahora en su

cuello la mano de Ranky, y trató de estrangularle a su vez.

La pelea era feroz; a muerte. Ambos sabían lo que se jugaban, y ambos, también, deseaban acabar pronto.

Sonnia había repetido su grito, y ya acudía gente.



Chester pudo lanzar un directo a la sien del asesino...

Chester pudo lanzar un directo a la sien del asesino, el cual

retrocedió, tambaleándose; inmediatamente el joven cayó sobre él, y rodaron por tierra; mas Goemboes estaba atolondrado, y Ranky pudo colocarle una rodilla en el pecho, mientras sus manos le oprimían la garganta.

Los que llegaban, atraídos por los gritos de la muchacha, precipitáronse sobre los dos hombres, tratando de separarles.

Chester explicó:

—Este miserable ha pretendido asesinar a esa mujer...

Si en aquel momento no hubiera sonado la sirena del coche de patrulla más cercano, Goemboes hubiera sufrido el linchamiento que propuso uno y aceptaron con entusiasmo todos menos Ranky; pero la policía estaba ya encima, y hubo que desistir.

Chester abandonó su presa, que permanecía inmóvil, y, sin darse a conocer, informó a los agentes, en pocas palabras, de lo ocurrido. Su declaración fue apoyada por Sonnia, la cual no dejaba de mirar, como fascinada, a su salvador.

Dos agentes, mientras sus compañeros obtenían informes, se inclinaron sobre el húngaro, y le ayudaron a incorporarse. Éste, que daba la sensación de hallarse casi sin vida, reaccionó de pronto: soltóse de la presión, no muy fuerte, que ejercían los policías sobre su cuerpo; sacó una pistola e hizo fuego sobre los dos, emprendiendo en el acto la huida, sin dejar de disparar. Otra de sus balas alcanzó a uno de los transeúntes.

Los demás agentes respondieron a la agresión. El público, cada vez más numeroso, se apartó del camino del plomo, si bien, aunque resguardándose, avanzó hacia el asesino dando voces en demanda de auxilio.

Goemboes sintióse herido en una pierna, y al propio tiempo comprobó, horrorizado, que había consumido el cargador. Sin dejar de correr, quiso substituirlo. Su esperanza estaba cifrada en alcanzar el coche que dejara cerca de Washington Square. Pero la herida de la pierna no le permitía desplegar una velocidad grande. Además, de todas partes acudía gente que le interceptaba el paso. Las balas llovían en torno suyo. De pronto, su carrera acabó para siempre. Una de las raciones de plomo se le alojó en el cerebro. Cayó de bruces. Cuando la policía y la muchedumbre llegaron hasta él, estaba muerto.

Procedióse a su registro, pero no se le encontró encima papel

alguno. Siguiendo la costumbre establecida en la organización, ninguno de sus miembros, cuando se disponía a tomar parte en acciones violentas, iba documentado.

Procedióse a prestar auxilio a las víctimas. Uno de los agentes había dejado de existir.

Fue entonces cuando se quiso ampliar el interrogatorio; pero todos observaron con sorpresa que la muchacha y su salvador habían desaparecido.

Sonnia no acertaba a darse cuenta exacta de la realidad. Veíase al lado de Chester, quien manejaba el volante del auto que Goemboes abandonara, y hasta el cual llevó el joven a la muchacha aprovechando la confusión a que dio lugar la fracasada fuga del húngaro.

No podía ella convencerse de que se encontraba frente a un hecho cierto; creía más bien ser víctima de una de sus angustiosas pesadillas.

Miraba fijamente a su compañero, el cual parecía prestar toda su atención a conducir con acierto y velocidad máxima dentro de lo permitido, y se preguntaba una, y otra vez cómo era posible aquel milagro.

Ella había abrazado el cadáver; se llenó, incluso, de la sangre que brotaba del pecho del hombre amado.

Chester le habló por fin, dirigiéndole una sonrisa y una rápida mirada:

—Tranquilízate, pequeña. No estás junto a un aparecido. Soy Chester.

La voz acariciadora del hombre hizo estremecer el corazón de la muchacha.

—¡Chester! —dijo, en un suspiro.

—¿Sigues dudándolo?

—Creo que me voy a volver loca... si no lo estoy ya.

—Trata de serenarte y comprender. Fue mi hermano quién cayó bajo el plomo de Miroslava.

—¡Tu hermano!

—Sí; James. Ya te lo explicaré todo cuando lleguemos a un sitio donde nos sea posible hablar tranquilamente. Por de pronto, nos conviene apartarnos lo más posible de la policía. Me interesa mucho que no me identifiquen ni se hable de mí.

Sonnia empezó a ser dueña de sus nervios y a creer que se descorría ante sus ojos el velo que le ocultara la verdad de algunas cosas incomprensibles hasta entonces.

¡Chester había tenido un hermano llamado James; un hermano gemelo, seguramente! ¡Y tanto ella como Miroslava les habían confundido!...

Una oleada de alegría bañó el alma de la joven.

Ranky paró el coche ante la puerta de un modesto restaurante de la calle Once, cerca de los muelles.

—Entremos aquí —propuso él—. Es un sitio poco concurrido.

Abrió la portezuela, y al ayudarla a bajar, la retuvo un momento entre sus brazos.

—¡Chester! —exclamó ella, próxima a desfallecer de felicidad.

—¡Mi muñeca! ¿Empiezas ya a creer que estoy vivo?

—Todavía me asalta el temor de estar soñando: pero si así es, quisiera no despertar nunca de esta parte de mi sueño.

Penetraron en el restaurante.

Ranky, llevando a la joven del brazo, la condujo hasta un pequeño reservado donde ya había comido otras veces. El camarero le saludó con una de esas sonrisas especiales que suelen emplear estos hombres para con los parroquianos a quienes se recuerda aunque no se sepa nada de ellos.

—Tráiganos cena fría a base de lo que a usted le guste. A mí me gusta todo —pidió Chester.

—Yo no tengo apetito —protestó ella—. Comí antes de...

—No te preocupes —interrumpióla él—. Yo daré buena cuenta de lo que no quieras. Tengo un hambre de lobo. ¡Ah, mozo!, no vaya a olvidarse de la cerveza, ¿eh? Una jarra grande...

—Descuide el señor.

Quedaron solos, y, antes de hablar, se besaron larga, apasionadamente.

Volvió él a preguntar, bromista y simpático:

—¿Te convences al fin de que no estoy muerto?

—¡Vida mía!...

Se refugió en los brazos del hombre, en una muda súplica de amor y protección. Reclinó luego la dorada cabeza en el fuerte hombro de su compañero, quien comenzó a acariciarla suavemente, como si se tratase de una niña.

—Te quiero... —susurró él—. Te quise desde el primer día, y no te he podido olvidar nunca...

—¿Por qué, entonces, te alejaste de mí?

—Tuve razones poderosas; pero ahora estoy dispuesto a saltar por encima de esas razones, por encima de cuanto se oponga a nuestra felicidad. La ausencia me ha convencido de que la vida sin ti es inaguantable, pequeña bonita.

El dúo amoroso prolongóse basta que la llegada del camarero, trayendo lo pedido, lo interrumpió.

—Creo que les gustará lo que les traigo. Pollo asado, ternera...

—Sí, sí —atajóle Chester—; todas esas «legumbres» resultan muy sabrosas.

—Ensalada... la cerveza...

—¡Ajá!

Volvieron al fin a quedar solos.

—¡A comer! —ordenó Ranky, cariñosamente.

—Si ya te he dicho que lo hice antes...

—Me hubiera gustado ver lo que comiste. Nada. Menos que un pájaro. No hay más que mirar tu carita pálida para convencerse de que entre las emociones, los disgustos, etc., te pasas los días casi en ayunas. Eso tiene que acabarse. He resuelto que seas mi mujercita, y quiero que estés fuerte como yo. Es la mejor manera de resistir todo cuanto viene. Prueba esto; verás qué rico.

Y entre bromas y veras consiguió que la muchacha se fuese animando, y cenase con él sin realizar esfuerzo alguno.

Varias veces pidió ella:

—Dime...

—Primero, cenar —contestaba él, cómicamente grave—. Soportarás mejor mis declaraciones cuando hayas recobrado fuerzas.

Y Sonnia obedecía complacida de aquel interés, subyugada por la fuerte personalidad del hombre a quien quería.

Fue a los postres cuando Ranky accedió a informarla de todo lo sucedido; de las causas que le impidieron escribirle o buscarla a pesar de que sus pensamientos volaban siempre hacia ella; de las razones que le habían empujado últimamente hacia Nueva York.

—Quiero vengar a mi hermano —terminó diciendo—, y no cesaré hasta que lo consiga. ¿Me ayudarás, Sonnia?

La joven sintió un tremendo escalofrío.

—Respóndeme.

—Mi vida es tuya —murmuró—, pero tengo miedo, mucho miedo. No me creo capaz de hacer nada que pueda serte útil.

—Me basta, por ahora, con saberte predispuesta a complacerme. Anoche hice un intento para impresionar a Miroslava, haciéndole creer que se las había con un espectro...

Temblando, exclamó Sonnia:

—¡Fuiste tú!...

—Sí; ignoraba que te encontrases junto a ella. Me deslicé hasta sus habitaciones, y, luego de desconectar los cables, penetré sigilosamente. Mi propósito era arrancarle una amplia confesión dictada por el pánico. Cuando, a la luz de los relámpagos, te vi en tierra, me arrepentí de lo hecho, pero ya no podía retroceder. Mi aventura resultó inútil. Los gritos de esa hiena blanca atrajeron gente, y hube de escapar, pues no quería que nadie me descubriese. Perdóname por el mal rato...

—Te perdono... Te lo perdono todo... Además... si anoche estuviste a punto de arrancarme la vida como consecuencia del miedo, hoy me la has salvado con tu intervención providencial. ¿Cómo pudiste llegar tan a tiempo?

—Me hallaba vigilando la entrada del hotel. Pretendía ver a Miroslava y seguirla.

—Ella había salido mucho antes.

—Fuiste tú quien apareció. Estuve tentado de acercarme a ti, pero logré contenerme. No quería que me vieses hasta dar cima a esta empresa que he abordado. Sin embargo, como si toda tú fueses un imán, te seguí. De pronto llamó mi atención la maniobra de un coche que marchaba tras tus pasos; el comportamiento del conductor cuando abandonaste Washington Square... Lo demás, ya lo has visto.

—¿Qué pretendería ese hombre? Robarme, sin duda, ¿no?

—Cabe en lo posible, pero...

—¿Qué?

—¿Tú no le has reconocido?

—No le había visto jamás. ¿Por qué me haces esa pregunta?

—Creo a Miroslava capaz de todo, Sonnia.

—¿Qué?... ¿Insinúas que ella...?

—Admito que te parezca la cosa muy fuerte, y, sin embargo, te confieso que no estoy tranquilo sabiéndote a su lado.

—No digas disparates. Llevo ya bastantes años y...

—Pero cada día sabes más cosas de ella, y no me sorprendería enterarme de que anhela desembarazarse de ti.

—Su vida y la mía son dos polos opuestos. Jamás me he interesado por sus asuntos, inasequibles a mi comprensión. Haces mal predisponiéndome en contra suya, haciendo que aumente el miedo que me inspira...

—Luego, ¿confías que te inspira miedo?

—Pues... sí, pero reconozco que es un miedo vago, sin nada que lo justifique.

Volvió Chester a acariciarla, con ternura casi paternal. La ingenuidad de aquella criatura le llegaba a lo más vivo. Pensó que acaso fueran injustificados sus temores. Miroslava era perversa, sí, mas... ¿no acentuaba él la nota creyéndola capaz de originar la muerte de la muchacha que desde hacía años tenía bajo su custodia? ¿Por qué no admitir que no obstante la maldad atesorada por la diva, sintiera cariño hacia Sonnia, puesto que la conocía y trataba desde que era niña?

—No tomes al pie de la letra todas mis palabras —dijo, al fin—. Me conformaré con que vivas prevenida. Esa mujer es un espíritu infernal. Admito que a ti no te haga daño alguno; pero de tales seres cabe esperar todo lo malo. Me gustaría que os separaseis.

—¿Y a dónde ir? Tendría que marcharme lejos y no verte ahora que te he vuelto a encontrar. Permanecer en Nueva York sería muy peligroso. ¡Entonces sí que me consideraría una enemiga suya, y cabría temer su venganza!

Reflexionó Chester, y llegó a la conclusión de que su amada estaba en lo cierto.

Una salida al conflicto hubiera sido casarse inmediatamente; pero la rechazó en el acto. Con ello solo conseguiría aumentar el riesgo que Sonnia pudiera correr. Mientras él no triunfara en su empresa de desenmascarar a la espía y a sus satélites, lo más sensato era, a su juicio, continuar en la sombra y evitar que aquélla desconfiase de la joven.

—Prométeme —le pidió— que me tendrás al corriente de cualquier detalle, por insignificante que sea, que se te antoje

peligroso. Yo me hospedo en un hotel de la Avenida Lenox, en Harlem. Es el número 336, piso 11. Grábatelo en la memoria, sin anotarlo en parte alguna.

Sonnia repitió las señas.

—No se me olvidarán —dijo—. Si algo ocurriera te lo comunicaría enseguida. ¿El teléfono...?

—Puedes hallarlo en el listín, buscando el número de la calle. El hotel se llama «Unión». Y si en el transcurso de los días, y aparte de lo que contigo se relacione, que es lo que más me interesa, descubres algo que me pueda beneficiar en el fin que persigo, ayúdame.

—¿Me pides que espíe a Miroslava?

—Te ruego, sencillamente, que me favorezcas con tu colaboración, siempre a base de que ello no te signifique peligro.

Sonnia inclinó la cabeza, sin responder. Chester, viéndola abatida, cambió de tema y logró, hablándole de amores, que la joven se animase y sonriese nuevamente.

Era ya bastante tarde cuando decidieron separarse.

Chester la llevó en el coche hasta cerca del hotel.

—Excuso decirte —exclamó— la necesidad absoluta de que no comentes con nadie, y menos con esa mujer, nuestro encuentro.

—¿No debo, entonces, decirle lo que me ha pasado esta noche?

—Puedes hacerlo, pero sin mencionarme en absoluto. Habla de un desconocido que acudió en tu ayuda cuando te iban a asesinar, y que desapareció, quizá para evitarse molestias e interrogatorios de la policía. Y ahora, adiós. No sé cuándo volveré a verte, aunque espero sea pronto. Piensa en mí.

—¡Lo haré a todas horas!

Se besaron otra vez y otra, con delectación y, al propio tiempo, con miedo, cual si temiesen que aquellos besos pudieran ser los últimos.

Por fin se alejó Sonnia. Chester la fue siguiendo en el coche hasta que la vio entrar en el hotel.

Miroslava, al regreso del teatro, donde, como de costumbre, había triunfado abiertamente, cruzó sus habitaciones y se dirigió a las de Sonnia. Al verlas vacías, la escalofriante risa que le era peculiar en determinados momentos se elevó sordamente en el aire.

—¡Un estorbo menos! —barbotó—. ¡Burelli sabe hacer las cosas!

Para cubrir las apariencias, decidió comunicar a la policía la desaparición de su «protegida»; pero cuando ya tenía la mano sobre el auricular, lo aplazó para más tarde. Convenía dar la sensación de que antes había hecho otras gestiones.

Y sin que su conciencia le remordiera lo más mínimo, dispúsose a repasar la partitura de la ópera que habría de cantar en breve.

Llevaba un rato enfrascada en tal tarea, cuando de pronto creyó que el corazón se le paralizaba a impulsos del pánico. Se le erizaron los cabellos, desorbitáronse los ojos... Sonnia acababa de aparecer en la puerta que comunicaba las habitaciones de las dos mujeres.

Miroslava pensó que tenía ante sí otro espectro, y un grito ronco, ahogado, se le escapó de la garganta al propio tiempo que extendía los brazos cual si quisiera protegerse de lo que parecióle amenazador fantasma:

—¡Sonia!...

Aquel grito, así como el gesto desencajado de la que lo lanzara, constituyeron para Sonnia una revelación. Acudieron a su mente con rapidez todas las frases que Chester le dijera, todos los detalles que ella poseía; recordó también el trato raramente afectuoso que Miroslava le prodigase aquella mañana para decidirla a ir al teatro...

Y, en medio del horror que aquello le producía, encontró fuerzas para dominarse, para erigirse en acusadora aun antes de emplear las palabras propias del caso.

—Yo, sí —repuso, con glacial acento—. No me esperabas, ¿verdad?

—Pero... si es que...

No supo, no pudo continuar. La mirada de la muchacha la taladraba, como si de sus ojos partieran puñales flamígeros.

Hubo un silencio largo, plúmbeo; uno de esos silencios que ponen en tensión los nervios mejor templados; que hieren y originan ganas incontenibles de romperlos, como sea, y que, no obstante, no se sabe cómo romper.

Consiguió Miroslava irse recobrando poco a poco. Su terror había desaparecido. Se encontraba ante Sonnia, viva, y no ante una aparición sobrenatural.

—Han querido asesinar me —murmuró la joven, dejando caer lentamente las palabras—. ¿No sabías tú nada de eso?

—¿Eh? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir y digo que cuando me dirigía al teatro... porque tú habías mostrado cariñosísimo interés en que acudiera, un asesino intentó acabar con mi vida. Y repito mi pregunta: ¿nada sabes tú de eso?

La cantante, cada vez más dueña de sí, se puso en situación, comprendiendo que, de no hacerlo en el acto, tenía perdida la partida.

—Es inconcebible lo que dices... y eminentemente absurdo el tono que empleas. ¿Que han querido matarte? ¿Quién? ¿Por qué? Y, sobre todo, ¿a qué viene esa pregunta tuya, repetida? ¿Insinúas que yo... ¡que yo!...? ¡Oh, es horrible, además de ridículo y monstruoso! ¡Dime ahora mismo que no he sabido entenderte; que no ha pasado por tu imaginación tal infamia...!

Sonnia, maravillándose de su propia serenidad, la atajó secamente, pronunciando una amenaza que, sin saber cómo, se le acababa de ocurrir:

—Óyeme, Miroslava: hace tiempo que te temo, que estoy convencida de que te estorbo, y he adoptado mis precauciones. En poder de cierto notario hay un sobre lacrado... que se abrirá a mi muerte, si ésta se produce de modo violento.

—¡Sonnia!

—Dicho sobre contiene todo cuanto sé de ti.

—¿Y qué es lo que sabes?

—Bastará la lectura de esos documentos para que se te busque, te encuentres donde te encuentres, y se te fusile.

La artista, dominada por la ira y el miedo, retrocedió hasta caer sentada en el sofá próximo. Tantas cosas hubiera querido decir, que no acertaba a pronunciar ninguna.

Sonnia, satisfecha del efecto logrado, continuó, con una firmeza de la que nunca se hubiera creído capaz:

—Si esta noche, un hombre a quien desconozco, no hubiera acertado a pasar a tiempo de impedir el crimen, antes de veinticuatro horas la policía habría caído sobre ti sin que nada ni nadie hubiera tenido fuerzas para salvarte.

—¡Estás loca!... ¡Loca!...

—Piensa lo que quieras, pero toma en cuenta mis palabras. Tu vida responde de la mía. No sólo te conviene no hacerme daño, sino

que debes velar por mí.

—¡Infame!

—¡Infame, yo!... ¡Y eres tú quien me lo dice!... Bien. Renuncio a seguir hablando. Te dejo para siempre...

Hizo ademán de salir.

Miroslava, midiendo en toda su intensidad el peligro que corría si lo dicho por Sonnia era cierto y la dejaba marchar, puso en juego sus dotes extraordinarias para la ficción: colocóse ante la puerta hacia la cual dirigíase la muchacha, y empezó a hablar poniendo tintes de emoción y ráfagas de llanto en sus frases:

—Te perdono, ingrata; te perdono todo el mal que acabas de hacerme, porque te quiero mucho; porque pienso en tu madre, a la que siempre consideré como a hermana mía. ¿Es que no la recuerdas? ¿Es que has olvidado la confianza que tenía depositada en mí, y que la indujo a dejarte en mis brazos?

Sonnica ahogó un suspiro. La alusión a la madre muerta conmovió todo su ser.

Añadió la diva:

—¿Qué motivos tienes para tratarme como me has tratado? ¿Quién ha podido influir en tu ánimo, hasta el extremo de hacerte pensar esas cosas? ¡Contéstame!... ¿Cómo, después de tantos años juntas, puedes creer ahora que quiera librarme de ti... e incluso apelar al crimen, para conseguirlo? Decididamente, tu cabeza está trastornada. Lo creo así de verdad, y por eso haré cuanto esté a mi alcance por olvidar lo que has dicho. ¡Amenazarme tú!... ¿Y amenazarme con qué y por qué? ¿Qué hay en mi vida que me cause serios temores? Podré haber hecho cosas irregulares, pero nada delictivo hasta el punto a que aludes. No, no son tus amenazas las que me preocupan, sino tu falta de afecto. Precisamente cuando me encontraba nerviosa, asustada por tu tardanza inexplicable, y pensaba avisar a la policía; cuando al verte no he podido contener un grito de ansiedad y contento que me ha brotado del alma, tú me correspondes con acusaciones espantosas y con extrañas amenazas, y que sólo a ti, por lo mucho que significas en mi vida solitaria, falta de afectos verdaderos, puedo tolerar. ¡Qué triste suerte! ¡He aquí el pago de mi cariño! ¡De mi cariño, sí; porque seré poco efusiva, tendré reacciones violentas, pero en el fondo de mi corazón ocupas un puesto del que nadie podrá echarme nunca! Al fin y al

cabo, somos dos mujeres solas, a merced del mundo, que nos prestábamos mutuo calor y apoyo moral. Ya esto no podrá ser. Has perdido la confianza en mí, y yo me he convencido de que he sembrado en mala tierra...

Estalló en sollozos. ¡Le era tan fácil aquello!...

Sonnia la miraba atónita. Nunca había escuchado de labios de aquella mujer palabras análogas ni la había visto llorar por su culpa.

Se enterneció y estuvo a punto de pedirle perdón; de asegurar que había mentido en lo del sobre; mas algo instintivo la hizo contenerse y apretar los labios, en evitación de que se le escaparan las palabras a punto ya de florecer.

La escena se prolongó bastante rato.

Mirolava apeló a todos sus hábiles recursos, hasta, conseguir que en los ojos de Sonnia brillase también el llanto.

Acabaron abrazadas, fundiendo sus lágrimas: lágrimas de un ángel y de un cocodrilo.

Chester, apenas se hubo separado de la mujer que amaba, trasladóse al Departamento del Servicio Secreto, pero no entró. Dejó el coche cerca de la puerta, y fue andando hasta un teléfono público. Encerrado en la cabina, llamó al teléfono privado de Kerr. Acudió alguien, que le preguntó su nombre. Ranky se negó a darlo, aduciendo «razones importantes» que se lo impedían. Dijo ser un agente especial. Su interlocutor le contestó que el jefe no se encontraba en el Departamento. Preguntó Ranky por los agentes Sidney Ford o Red Howard, y poco después escuchaba la voz del primero. Se dio a conocer entonces, e informó a Sidney de su aventura.

—Trasládeselo al señor Kerr —acabó pidiendo—, y expóngale mi ruego de que no se dé publicidad al asunto. Interesa, sobre todo, que no se mencione mi nombre ni se moleste para nada a la señorita en cuestión. Será la mejor manera de llegar al fin que ambicionamos.

—Descuide, compañero.

—Cerca de la puerta he dejado el coche que utilizó el asesino, y en el cual me quité de en medio para impedir que me identificasen. Es lógico suponer que la matrícula sea falsa, pero no estará de más hacer algunas averiguaciones. Si el jefe tiene algo que mandarme,

ya conoce mis señas. Yo iré ahí solo en los casos muy precisos.

—De acuerdo. Reciba mi felicitación. Su debut no ha podido ser más afortunado.

—¡Ojalá lo sea también el fin!

CAPÍTULO VI

Mirolava se presentó al día siguiente, temprano, en la Agencia Artística sita en la calle Ochenta y Seis. Fue recibida con los honores acostumbrados: Burelli salió a su encuentro, deshaciéndose en finezas, y la condujo a su despacho particular.

Apenas se encontraron solos, desaparecieron las máscaras amables que cubrían los rostros de ambos secuaces.

—¿Cómo pudo fracasar lo de la sueca? —preguntó ella, iniciando la conversación.

—Llevo muchas horas haciéndome esa pregunta —rezongó el italiano—. Goemboes era hábil y fuerte.

—¿Era?... ¿Quiere usted decir que ha muerto?

—Sí. ¿No ha leído la prensa de la mañana?

—No he tenido tiempo aún.

—Es muy poco lo que dicen. Unas simples líneas dando cuenta del suceso, y sin citar más nombres que los de los policías. Yo estaba inquieto al observar que Goemboes no regresaba. Quedamos citados para cuando terminara el «trabajo». Esta mañana he hecho que uno de los nuestros viera el cadáver. Se trata de él. El asunto es muy desagradable.

—Más de lo que usted supone. Hemos de renunciar, por ahora, a suprimir a esa mujer.

Burelli no disimuló la sorpresa que tales palabras le produjeron. Mirolava le habló de la actitud de Sonnia, y acabó diciendo:

—No he podido sacarle la verdad sobre la existencia o no existencia de ese sobre lacrado ni de lo que contiene, pues ignoro lo que haya podido descubrir sobre nuestra organización. Lo averiguaré, y procederemos en consecuencia; pero, entretanto, hemos de respetarla. Nuestras vidas y el éxito de nuestra empresa peligrarían quizá si ella muriese.

El italiano descargó un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—¡Esto es el colmo! —exclamó—. ¿Cómo ha podido usted ser tan cándida que se haya puesto y nos haya puesto a merced de esa chiquilla?

—¡Burelli!

La exclamación de la artista fue seca, enérgica hasta la exageración.

Guido refrenó su ira.

—Discúlpeme y comprenda.

—Comprendo, pero no le autorizo a que vuelva a hablarme así. Siempre hago bien las cosas, y dudo de que Sonnia posea ninguna prueba fundamental contra nosotros. Lo que propongo es, simplemente, una medida de precaución.

—Pero se hará cargo de que no podemos estar bajo el peso de ese temor.

—Deje el asunto de mi cuenta. Procuraré que ese peligro desaparezca en absoluto cuanto antes. Descubriré todo cuanto pueda interesarnos en relación con el problema...

Pasaron a ocuparse de otros asuntos.

El coronel Mirror era hombre metódico, de costumbres convertidas en leyes. Una de tales costumbres consistía en pasear a pie por los principales puentes de la ciudad: Manhattan, Triboro, Queensboro, George Washington. Brooklyn...

Los hombres a las órdenes de Burelli llevaban bastantes días acechando al probo militar, observando sus costumbres, buscando una ocasión para llevar a efecto sus criminales propósitos...

Cuando lo creyó oportuno Burelli dio la orden encaminada a suprimir aquel estorbo con que Lawrence Callaham tropezaba para complacer a la mujer de sus exaltados sueños amorosos.

Aquella tarde, siguiendo el turno establecido, Mirror dirigió sus pasos al puente de Queensboro. El tráfico de vehículos sobre el mismo era, como de ordinario, enorme.

Anocheía ya.

Mirror, embebido en sus preocupaciones, caminaba despacio.

De pronto, un pesado camión gris, cargado de madera, cuya matrícula aparecía casi cubierta por salpicaduras de légamo, se apartó de su ruta como si se le hubiera partido la dirección y precipitose sobre el coronel, derribándole, aplastándole, convirtiéndole en una masa de carne sanguinolenta y huesos

triturados.

Hubo gritos de la muchedumbre, imprecaciones, revuelo...

El camión siguió su marcha a toda velocidad. La gente hubo de apartarse para no ser arrollada.

Los motoristas no estaban cerca. Prestaban sin duda algún otro servicio.

Alguien telefoneó al Departamento de Policía, y éste avisó inmediatamente por radio a las patrullas:

—¡Atención, atención! Coches números 36, 42 y 108; coches número 36, 42 y 108: persigan camión gris cargado de madera, matrícula ilegible, que acaba de cruzar sobre el puente de Queensboro. Detengan cuántos camiones de estas características encuentren por los alrededores. ¡Atención, atención! Todos los coches de patrulla que se hallen en las cercanías de Queensboro: detengan camiones grises cargados de madera...

La orden se repitió una vez y otra de manera monótona, hasta que todos los coches fueron respondiendo a la llamada.

Cortó el aire el estridor de las sirenas. Aparecieron también los motoristas. Inicióse la persecución.

Pronto fue encontrado el vehículo, detenido junto a una esquina. Su conductor había desaparecido, perdiéndose entre las sombras que empezaban a envolverlo todo.

Se había tratado de un accidente, a juicio de la mayoría. La huida del chófer fue interpretada como un ataque de pánico ante las consecuencias de su acto.

Lawrence aplaudió con entusiasmo, con el entusiasmo de costumbre, y salió del «Metropolitan». Cerca de la puerta del escenario, había dejado su coche. Colocóse ante el mismo, y esperó con impaciencia. Cuarenta minutos después, apareció Miroslava...

Callaham fue hacia ella, quien le acogió sonriendo y le tendió la mano para que se la besara.

—¡Sublime! ¡Inconmensurable!

—Gracias, amigo mío.

—¿Quiere subir a mi auto?

—Desde luego.

Acomodóse la artista en el interior. Lawrence se colocó ante el volante.

—¿A dónde vamos?

—Invíteme a cenar. Bajo el puente de Brooklyn hay un restaurante magnífico que no recuerdo cómo se llama.

—¡Ah, sí: el «Siete Estrellas»!

Arrancó el coche. Inmediatamente después, otro coche, conducido por Chester, partió en seguimiento del primero. Lo hizo guardando una prudencial distancia, y confundiéndose entre los demás vehículos.

Por fin, el auto de Callaham detúvose ante el restaurante elegido por la diva. Saltó a tierra el atildado «conquistador», abrió la portezuela y ofreció el brazo a la mujer. Ésta se apoyó en el mismo, envolviendo a «su galán» en una sonrisa y una mirada turbadoras en extremo.

Y así penetraron en el elegante local.

Ranky dejó su coche en lugar conveniente, y siguió tras la pareja que le interesaba.

Vestía el muchacho un elegante *smoking* que hacía resaltar las líneas de su varonil y bien proporcionada figura; llevaba gafas de cristales naturales con gruesa montura de concha y un bigote discreto, ya que el poblado y fosco utilizado otras veces desentonaba con el traje de etiqueta, sobre todo al ser usado por un hombre joven.

Aquel conato de disfraz no le desfiguraba gran cosa, pero le permitía, por lo menos, pasar inadvertido ante los que no le conocieran muy a fondo o no le prestasen demasiada atención.

Antes de decidirse había pasado no pocas horas frente al espejo de su cuarto, ensayando caracterizaciones; pero hubo de renunciar a todas, y decirse a sí mismo que estaba muy lejos de ser un maestro en la materia. Y optó por aquellas simples gafas y aquel bigote, ni grande ni chico, como máscara. Se dijo: «Con esto, mi habilidad, esta buena amiga (y acarició la pistola) y un poco de suerte, saldré con bien de todo».

Apenas hubo entrado en el «Siete Estrellas», se mezcló con la numerosa concurrencia que bailaba y reía, evitando así que, por quedarse aislado, reparasen en él. Vio a Miroslava y a Lawrence adentrarse en uno de los reservados del piso segundo. Subió a su vez a la misma planta, pidiendo a la suerte que alguno de los contiguos a aquél estuviese desocupado. Pero comprobó que su estrella no había querido alumbrarle. En el de la derecha, sonaban

risas de mujeres y hombres; en el de la izquierda, un ruido extraño... Escuchó con atención, no tardando en convencerse de que aquella cosa rara que se percibía eran sonoros ronquidos. Trazó enseguida un plan. Si se encontraba con algo distinto a lo supuesto, pediría disculpas. Llamó suavemente a la puerta. No le contestó nadie. Hizo girar el pomo y penetró. Se colocó, previamente, sobre el brazo izquierdo su blanco pañuelo doblado.

Distendió los labios en una amplia, sonrisa. No se había equivocado. Echado de bruces sobre la mesa había un hombre ya viejo, totalmente borracho y dormido. Las solapas del frac estaban manchadas de champaña y dulces.

Ranky, desentendiéndose del beodo, aplicó el oído al fino tabique. Percibió la risa de Miroslava y frases sueltas de Callaham: «Mi amor es único...»; «Por usted soy capaz...»; «Soy su esclavo...».

Un nuevo ronquido verdaderamente estruendoso despertó al que lo lanzara, el cual levantó la cabeza a medias, y miró, parpadeando mucho, a un lado y a otro.

Chester, estirado, ceremonioso, mostrando el pañuelo convertido en servilleta, hizo como si se estuviera ocupando de despertar al durmiente:

—Señor... Señor...

—¿Qué pasa, mozo?

—Pues... le llaman fuera de aquí.

—¿Que me llaman?

Volvió el embriagado a mirar en todas direcciones.

—¿Dónde está Elssie? —inquirió.

Chester cogió la pregunta al vuelo para utilizarla en beneficio de su propósito.

—¿Se refiere el señor a la señorita que le acompañaba?

—¡Naturalmente! ¿A quién voy a referirme? Se ha marchado, ¿verdad? ¡Malhaya sean las mujeres!... Todo se vuelve sacarle a uno dólares y más dólares, y en cuanto le ven rendido por... el cansancio, desaparecen.

—La señorita Elssie —repuso Chester, muy en su papel— ha sido llamada con urgencia por teléfono, y me ha ordenado diga al señor que vaya a buscarla enseguida donde el señor sabe.

Fue aquello como una piedra tirada casi al azar, pero que dio en el blanco.

El viejo libertino, tras arrugar el entrecejo procurando coordinar las ideas, rió bajo, y murmuró torpemente:

—Claro... Claro... La pobrecita... A lo peor su madre se ha agravado... Deme la cuenta.

Ni Ranky podía atenderle, ni estaba dispuesto a perder más tiempo.

—No se preocupe el señor —contestó—. Ya la abonará otro día. La señorita debe estar impaciente...

—Es verdad, sí... Recuérdeme que mañana le dé una buena propina.

Ayudó al borracho a levantarse, le limpió el frac y le llevó fuera del reservado, permaneciendo en la puerta hasta verle bajar la escalera sujetándose a la balaustrada.

«¡Con tal de que el camarero de verdad no le salera al paso y me estropee la combinación...!» se dijo Ranky.

Volvió sobre sus pasos, cerró la puerta y aplicó otra vez el oído al tabique.

Miroslava y Lawrence hablaban tan bajo, que apenas si pudo percibir el joven un ligero bisbiseo.

Apretó los puños con rabia hasta clavarle las uñas. La idea de que sus esfuerzos pudieran resultar inútiles le crispaba.

Venía observando a la cantante desde que él llegó a Nueva York, incluso desde antes de haberse presentado a ella la noche de la tempestad con el propósito de impresionarla; le produjo extrañeza la asiduidad con que Callaham la visitaba: averiguó quien era éste, y al enterarse de su cargo, imaginóse los motivos que tenía Miroslava para cultivar aquellas relaciones. Y a partir de entonces le siguió los pasos con la esperanza de sorprender algo que le llevase a buen fin.

Llevaba un par de minutos escuchando cosas que no comprendía, debido a que sólo captaba palabras sueltas, cuando se le iluminó el semblante con un gesto de satisfacción; había oído perfectamente decir a Callaham:

—La muerte de Mirror me ha facilitado el camino. Esta misma noche tendrá los planos...

No pudo percibir lo que siguió a esto. Vinieron después promesas amorosas. Cogió también al vuelo la frase: «... apenas se hayan fotografiado los documentos...».

Y nada más que le pudiera ser útil. Por último, moviéronse las sillas, y la cantante dijo:

—Bien, bailemos.

Les oyó Ranky cruzar ante la puerta y poco después dispúsose a salir, temeroso de que el camarero hubiese visto al borracho y acudiera al reservado.

Desde lo alto de la escalera descubrió a Miroslava y a Callaham lanzarse a la pista de baile, donde, al reconocerla a ella, le abrían sitio y le tributaban elogios.

Haciendo todo lo posible para pasar inadvertido, descendió el muchacho y se dirigió a la puerta. Su intención era aguardar fuera a Callaham y seguirle a dondequiera que fuese.

Preocupado únicamente de que no le vieran, no advirtió que Miroslava se había puesto pálida como un cadáver y dejaba de bailar.

—¿Qué le ocurre? —inquirió Lawrence, asustado.

—¡Oh, nada... nada!... —repuso la espía, haciendo esfuerzos inauditos para recobrase—. Un mareo. Ya pasó... Por favor... Lléveme a una mesa...

—Apóyese en mi brazo.

La condujo hacia una mesita próxima. Antes de llegar. Guido Burelli, que llevaba ya un rato en el «Siete Estrellas», pues ella le había avisado por si le era necesario su concurso, se les acercó preguntando, afanoso:

—¿Le sucede algo, admirada amiga?... La he visto palidecer...

—Un ligero desvanecimiento... —Dirigióse a Callaham—: ¿Quiere hacerme el favor de pedir un vaso de agua?

—Tendré el honor de traérselo yo mismo.

Se alejó presuroso. Era lo que Miroslava se había propuesto.

—¡Le he visto otra vez! —dijo a Burelli.

—¿Se refiere al «espectro»? ¿Un espectro con gafas y bigote? Yo lo he descubierto antes que usted.

—¿No duda ya?...

—No dudo de que ese hombre, sea quien sea, se parece mucho a James Ranky. Tranquilícese. En este momento, dos de nuestros hombres siguen sus pasos. Llevan instrucciones concretas...

—¿De suprimirle?

—Si se les presenta ocasión...

Interrumpióse viendo volver a Lawrence con el agua pedida. Miroslava apuró el vaso.

—Voy a retirarme —anunció—. No me encuentro bien.

—La acompañaré —ofreció Callaham.

—No, gracias. Prefiero se ocupe cuanto antes de... lo que me ha prometido.

—Pero...

—Se lo suplico.

Le miró intensamente. El «conquistador» no pudo ni quiso resistirse.

—Está bien —concedió—. Me apena dejarla así...

—No se preocupe. El señor Burelli me acompañará al hotel —añadió, significativamente—: No pienso acostarme hasta recibir noticias suyas.

Bromeó el italiano:

—¡Dichoso usted, amigo mío, que ha logrado interesar a nuestra diva! ¡Tengo celos!

Salieron juntos. La cantante entró en el auto de Burelli. Callaham permaneció en la acera, hasta que lo vio desaparecer. Luego se sentó al volante del suyo.

Chester, encaramado a un árbol, presenció la despedida, del mismo modo que había presenciado antes la aparición en la puerta del restaurante de dos hombres que miraban en todas direcciones, buscando a alguien. Admitió la posibilidad de ser él ese «alguien», y sonrió complacido. Los hombres en cuestión se habían separado, e inspeccionaban con cierto disimulo los quicios de las puertas, los espacios existentes entre los vehículos que aguardaban a sus dueños.

Tan pronto como Ranky vio a Lawrence dirigirse hacia su coche, echóse abajo del árbol, y, pegado a la pared, corrió en busca del que él utilizara. En el momento de subir, uno de los secuaces de Burelli le descubrió, y llamó a su compañero.

—¡Va ahí! —le dijo.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy. Es la viva estampa de James Ranky, y lleva gafas y bigote, según nos ha dicho el boss.

—¡Deprisa!

Momentos después tomaban un auto y partían en seguimiento

de Chester, quien procuraba mantenerse a cierta distancia de Callaham.

Lawrence penetró en el departamento donde se guardaban los documentos secretos cuya custodia le estaba conferida. Cerró cuidadosamente las ventanas y abrió la caja fuerte.

Sus manos temblorosas cogieron los planos que interesaban a la mujer que le había vuelto loco, y los guardaron en una cartera de cuero que había sobre la mesa próxima.

Sabía bien que lo que iba a llevar a cabo era monstruoso, pero no podía ni quería reflexionar. Su absurda y tardía pasión era más fuerte que todos sus demás sentimientos.

Daba por seguro que su traición no sería descubierta. Miroslava le había prometido que los planos se fotografiarían en un plazo muy breve, y le serían devueltos para que tornase a depositarlos en su sitio.

Limpióse las gruesas gotas de sudor que perlaban su frente, y tomando la cartera bajo el brazo, se dispuso a salir.

En aquel momento creyó que el corazón se le paraba: Chester Ranky, a quien él no conocía, y el teniente de guardia, penetraron violentamente en la habitación.

Retrocedió Callahan; quiso hablar, y no pudo; fingir una sonrisa, y le resultó imposible.

—¡Entregue al teniente los documentos que ha cogido! —ordenó Ranky.

—¿Eeeh?

Más que interrogación fue un rugido lo que escapóse de la garganta de Lawrence, el cual creyó ver ante sus ojos la boca insondable del abismo en que acababa de hundirse.

—¡Deme esa cartera! —exigió el oficial, avanzando.

Callaham empuñó un arma y disparó, mas su bala fue a parar a un blanco insospechado: a la cabeza de uno de los compinches de Burelli, que, juntamente con su compañero, acababa de aparecer en la puerta. El teniente había salvado la vida gracias al violentísimo empujón que Chester le diera al comprender, en una fracción de tiempo infinitesimal, las intenciones del traidor.

El espía superviviente vació su pistola, cruzando fuego y plomo con la que Ranky acababa de empuñar. Este último acertó, pero no antes de que el cómplice de Burelli atravesara el corazón de

Callaban, hiriese al teniente en una pierna y al propio Chester, aunque de refilón, en el hombro.

En pocos segundos, las maquinaciones de Miroslava habían originado la muerte de un loco como Callahan; la de dos insensatos espías, que, empujados por el miedo al castigo de no cumplir bien las órdenes recibidas, se metieron en la boca del lobo al ver el camino expedito, y la dolorosa y grave herida del oficial. Lo de Ranky estuvo a punto de ser definitivo, pero la suerte quiso que se limitase a una cosa sin consecuencias.

Cuando, atraídos por los disparos, acudieron otros hombres del Departamento, no pudieren menos de retroceder, en principio, como empujados por la fuerza que tenía aquel cuadro de horror.

CAPÍTULO VII

Chester, tras darse a conocer y recibir asistencia, y luego que el teniente herido hubo explicado a los superiores lo que acababa de ocurrir, trasladóse al Departamento del Servicio Secreto.

No se preocupó ya de las gafas. Incluso se arrancó el bigote postizo. La persecución de que le habían hecho víctima, convencióle de que estaba desenmascarado. ¿Para qué seguir disimulando su personalidad?

Ocasionó el natural asombro entre el personal que se hallaba de guardia.

El agente Sidney Ford encargóse, a ruegos del interesado, de dar explicaciones a unos y otros, en tanto Red Howard atendía a Ranky y se informaba a grandes rasgos de lo ocurrido.

—No sé —dijo luego de felicitarle— qué espera usted para hacer uso de nuestra colaboración.

—Tampoco lo sé yo —repuso Chester, sonriendo—. Son las circunstancias las que mandan.

—Comprendo.

—Deseo hablar con el jefe inmediatamente.

Howard telefoneó a Kerr, diciéndole cuando oyó su voz:

—El agente especial nombrado por usted recientemente ha llevado a cabo una labor importantísima. Está aquí, y desea hablarle. ¿Le autoriza para que se persone en su domicilio?

Kerr había sido despertado en lo mejor de su sueño, pero aquel hombre no tenía horas para nada cuando se trataba de asuntos de interés.

—Salgo para ahí inmediatamente —repuso.

Y en efecto, aún no habían transcurrido veinte minutos, cuando ya se hallaba en su despacho, a solas con Chester, el cual le puso al corriente de todo lo acontecido, sin ocultarle detalle alguno.

Le tendió el jefe la mano, que el agente especial estrechó

agradecido.

—Me siento orgulloso de haber creído en usted —declaró—. ¡El servicio que acaba de prestar a la patria es inestimable!

—También yo estoy satisfecho de que la suerte me haya permitido ser útil —repuso el joven. Y añadió, cambiando de tono —: Me he tomado la libertad de molestarle a estas horas porque deseaba darle cuenta del suceso antes de que lo supiese por otro conducto, y al propio tiempo, suplicarle pida informes sobre lo relacionado con ese coronel Mirror, de quien acabo de hablarle.

—El coronel Mirror —contestó Kerr— era un pundonoroso militar adscrito al Departamento Técnico del Servicio Aéreo. Hoy ha sido atropellado por un camión.

—Resultaría interesantísimo saber lo que la policía lleve descubierto en relación con ese suceso.

Kerr, asintiendo sin palabras, telefoneó a la sección correspondiente, y ofreció un auricular a Ranky.

La respuesta no arrojó luz alguna sobre lo que deseaban saber. La matrícula del vehículo en cuestión era falsa; el conductor no había sido hallado.

—Ya no puede cabernos duda de que ese pobre señor Mirror ha sido víctima de un crimen —afirmó Chester, cuando ambos hubieron colgado los receptores—. ¡Lástima que Lawrence Callahan haya muerto! Le hubiéramos obligado a confesar...

—Pero la confesión nos la hará esa Miroslava, a quien el diablo confunda —decidió el jefe.

—¿Va a ordenar su detención?

—¡Naturalmente!

—Yo me atrevo a suplicarle que la demore. Esa mujer, una vez presa, declarará... o no, pero de lo que sí podemos estar seguros es de que sus cómplices se apresurarán a levantar el vuelo. En cambio, si la dejamos creer que no se sospecha de ella, es más probable que los cojamos a todos.

Sonrió Kerr, complacido.

—Acaba usted de dar una nueva prueba de su talento —afirmó—. Peligroso es dejar a esa alimaña suelta, pero el fin justifica los medios. Haré que se la vigile...

—Esa vigilancia habrá de ser muy discreta. Nos encontramos ante una mujer extremadamente lista y perspicaz. Si llega a advertir

que se desconfía...

—No se preocupe. Encomendaré la misión a agentes especializados...

—Me atrevo a suplicarle que lo deje todo en mis manos. No es baladronada mía, sino creencia de que el éxito será más fácil si no interviene nadie más. Tan pronto como considere precisa ayuda, la solicitaré. Concédame unos días de margen; si fracaso, yo mismo me retiraré, declarándome vencido. No hablo así basándome en las mayores o menores aptitudes que pueda poseer, sino en las circunstancias especiales que concurren en este caso. Nadie como yo conoce a esa víbora, y confío en poder aplastarla con los demás reptiles que la secundan.

—¡Bien está! —Otorgó Kerr, cada vez más satisfecho—. No puedo negarme a la petición de un hombre que en tan poco tiempo ha hecho cosas notables. Tiene usted carta blanca. Le confío totalmente el asunto.

Chester se contempló ante el espejo, sonrió satisfecho y se volvió a Sidney Ford, exclamando:

—¡Magnífico! ¡Ni yo mismo me reconozco! Confieso que para las caracterizaciones soy una nulidad. Usted, en cambio, es un maestro consumado.

Ford aceptó el elogio. Verdaderamente acababa de realizar una obra de arte en la cara de Chester. Tanto el bigote como la barba que le había colocado daban la sensación de ser naturales, aun mirándolos muy de cerca. Además, valiéndose de productos modernos, le desfiguró un poco la nariz, el trazado de la boca...

—Vendré todos los días que hagan falta, a la hora que usted me indique, para conservar y retocar esos postizos —ofreció—. Ya que no de otra manera, colaboraré con usted por lo menos así.

Se despidieron.

Aquella misma tarde, Ranky se hospedó en el Hotel Ambos Mundos, con el nombre de Joel Mallison.

Procurando hacerse poco visible, vigiló las entradas y salidas de Miroslava, así como de las personas que visitaban a ésta.

Divisó a Sonnia, pero lejos de darse a conocer, se apresuró a rehuirla, por miedo a que ella le descubriese a pesar de todo.

Encontrábase cada vez más contento de su caracterización. En realidad, no hubiera debido estarlo excesivamente: Franz Henss,

quien, por orden de Burelli, se había instalado también en el hotel para auxiliar a Miroslava en cualquier cosa que pudiera necesitar, había encontrado algo inexplicable en el barbado joven que se apartaba a todas horas de los sitios en que hubiera mucha luz y que, aunque lo disimulaba bien, ponía interés más que normal en todo cuanto se relacionase con la diva.

Siempre en guardia, el alemán decidió llevar a cabo una prueba, y habló con Miroslava.

—No se inquiete —dijóle—; puede que sea un exceso de suspicacia mía, pero me parece que hay en el «Ambos Mundos» alguien que se preocupa por usted más de la cuenta. Me refiero a un joven rubio, con barba y bigote. ¿Ha reparado en él?

—No —contestó la cantante.

—Bien; hágalo cuando tenga ocasión; pero, sin perjuicio de ello, voy a realizar un pequeño experimento. Como esta noche no canta usted, procure estar en el *hall* alrededor de las once. Haré que Scimizu venga a buscarla y la entregue un papel cualquiera. Finja usted, al recibirlo, cierto sobresalto y temor. Si nuestro hombre es lo que me he temido seguirá a Scimizu y, en tal caso, del resto nos encargaremos nosotros.

—Conforme —admitió Miroslava, inquieta. Y agregó—: Empiezo a sentirme a disgusto. El fracaso en el asunto de los planos me ha puesto frenética. Menos mal que Callaham debió morir sin decir nada, pues de lo contrario ya me hubieran detenido; pero... opino que ante la imposibilidad de llevar a feliz término por mi parte esa labor, me convendría renunciar a la prórroga del contrato que me han ofrecido en el «Metropolitan», y cambiar de aires.

—No se lo aconsejo. Los acontecimientos prueban que no se sospecha de usted. Esos planos son imprescindibles. Nadie más indicada para llevar el asunto a feliz término, aunque haya que volver a empezar, valiéndose de otros elementos.

La artista asintió, aunque sin disimular un gesto de disgusto.

De acuerdo con el plan de Henss, Miroslava, después de la cena, tomó asiento en un sitio recatado del *hall*, y fingió enfrascarse en la lectura de una revista.

Divisó al «hombre barbado», mas éste se hallaba de espaldas, en un rincón donde la luz no era mucha, y con el rostro casi oculto por un periódico que también simulaba leer. En otro extremo, y

observando a los dos, Franz Henss bebía coñac y fumaba un habano, cuyo humo, al expandirse, parecía acaparar su atención.

Llegó Scimizu. Era un japonés elegantemente vestido y de edad indescifrable. Preguntó al conserje por la diva, y éste le señaló el lugar en que se encontraba. Scimizu dirigióse hacia ella, que al verle, representó la comedia con la perfección que le era habitual: mostró desagrado, y miró en todas direcciones.

Chester, desde su observatorio, no perdió detalle. Vio la breve escena que sostuvieron el japonés y la checoslovaca, y cómo aquél le entregaba con disimulo una nota que ella apresuróse a ocultar en el seno.

Scimizu se inclinó ceremoniosamente y abandonó el hotel.

Ranky, dando un rodeo para no cruzar ante Miroslava, partió en su seguimiento. Henss cambió con ésta un signo de inteligencia y, afectando un aire distraído, salió también.

El japonés, consciente del papel que se le había asignado, miró receloso antes de subir a un coche, pero lo hizo de manera que su vista no se dirigiese hacia el punto en que había aparecido Ranky. Éste buscó afanoso un auto de servicio público, temiendo que la tardanza en encontrarlo le hiciese perder la pista de la persona que había despertado sus sospechas, y creyó que la suerte venía en su ayuda al advertir que el vehículo que le interesaba seguir, tardaba en arrancar, como si sufriera alguna avería.

En el momento en que Chester hacía parar un coche, arrancó el del japonés.

Chester dijo al conductor:

—Siga a ese auto, pero no se acerque demasiado. Si consigue no perderle de vista, le gratificaré bien.

Y la carrera comenzó sin precipitaciones, pues Scimizu no demostraba tener ninguna prisa y llevaba su coche a una velocidad más que moderada.

Entraron en la llamada pequeña Italia, aunque en realidad esta representa sólo una de los barrios italianos de Nueva York. Durante el día, la pequeña Italia hace pensar en el ambiente de Nápoles con sus mercados al aire libre, sus funerales filarmónicos, y sus calles inundadas de inmundicias. Al llegar la noche, únicamente queda de todo ello la basura.

Avanzaron por *Sprint Street*, y al llegar a una calleja tortuosa en

cuyo centro se abría el ojo amarillo proyectado por la luz de una taberna, el japonés detuvo el auto, echó pie a tierra y penetró en el establecimiento, sin cuidarse de observar si le seguían.

Ranky ordenó al conductor que parase cerca de aquel antro, y le despidió luego de cumplir la promesa que le hiciera.

Vaciló el muchacho, pero sus vacilaciones fueron sólo cuestión de momentos. Introdujo la pistola en el bolsillo exterior derecho de su americana y, sin sacar la mano, entró tras el japonés afectando un aire de gran inocencia.

En el tabernucho había cuatro clientes, de una catadura nada recomendable. No demostraron interés, ni siquiera curiosidad, al ver al joven de la barba. Permanecieron indiferentes, en sus asientos unos, junto al mostrador otros...

Scimizu pidió un vaso de «saky». Sirvióselo el único dependiente que había visible, al cual preguntó con aire misterioso, pero en voz lo suficientemente alta para que Chester pudiera oírle:

—¿Está Tiberio? —asintió el mozo, y el japonés añadió—: Avísale. Necesito hablarle.

Desapareció el camarero por una puertecilla estrecha, cubierta por cortinas de dudosa limpieza que había al fondo de la reducida sala, para volver a los pocos momentos precedido de un hombre de corta estatura y poderosos músculos, el cual cubríase pecho y abdomen con un mandil azul y grasiento.

—Hola —dijo al japonés, en tono respetuoso.

—Hola, Tiberio —respondió éste.

Comenzaron a hablar en voz baja.

Ranky había tomado asiento junto a una mesa relativamente próxima a la de Scimizu, y se hizo servir una copa de ron de Haití, cuyo importe abonó en el acto. Empezó a paladear el licor a pequeños sorbos. Tenía aguzado el oído, mas no lograba captar una sola palabra de lo que aquellos dos sujetos decían.

Al cabo de cinco minutos, Tiberio y el japonés desaparecieron por la puertecilla del fondo.

Entraron algunos parroquianos más.

Chester, cuando creyó estar convencido de que nadie le miraba, siguió el mismo camino del tabernero y Scimizu. Encontróse en un largo pasillo, apenas alumbrado, a cuyo fondo había una habitación con la puerta a medio abrir. Miró a través de ella, y no vio a nadie.

Aquella habitación tenía otra puerta en uno de sus rincones, entornada también.

Chester pensó decir como excusa, si le sorprendían, que buscaba el lavabo.

Y cruzó la reducida estancia, yendo a dar a otro pasillo más estrecho que el anterior y con insoportable olor a humedad.

Si el muchacho hubiera vuelto la cabeza, habría visto que las puertas se habían ido cerrando silenciosamente tras él.

Al final de este segundo pasillo había otras dos habitaciones, una casi enfrente de otra. La de la derecha hallábase cerrada, y entornada la de la izquierda. Ranky empujó esta última, y observó que se abría sobre una especie de pequeño almacén lleno de trastos. Sin entrar, volvió la espalda al cuartucho y dedicó su atención a la puerta cerrada. Percibió rumor de voces, y aplicó el oído a la cerradura.

El tabernero lanzaba una carcajada ronca. El japonés dijo:

—Sí, Tiberio; mucho me equivoco o nos vamos a divertir.

—Así lo espero.

En aquel momento, Chester, aunque sin haber oído nada que se lo indicase, tuvo sensación exacta de peligro inminente, y se volvió con rapidez.

Del almacén de trastos, donde no vio a persona alguna, acababan de surgir dos hombres. Uno llevaba empuñada una pistola con silenciador; otro, un afilado cuchillo cuya acerada hoja despidió impresionantes destellos a la escasa luz proyectada por una sucia bombilla.

El del puñal se precipitó sobre Ranky, mientras que el de la pistola permanecía detrás, encañonándole.

El agente especial no tuvo tiempo de reflexiones. Un prodigioso salto de costado le libró del mortal golpe que el asesino del cuchillo quiso asestarle. En fracciones de segundo, sin sacarla del bolsillo, disparó dos veces consecutivas el arma que tenía amartillada. El criminal que empleaba el arma blanca recibió un balazo entre los ojos; la segunda bala se alojó en el pecho del otro, quien, al propio tiempo, apretó el gatillo. El plomo lanzado por éste trazó un surco en el cuero cabelludo de Chester, cerca de la sien derecha.

La puerta de la habitación ocupada por el tabernero y el japonés se abrió.

Revolvióse Chester, e hizo otra vez fuego, sin detenerse a apuntar. La bala se incrustó en la pared, mientras él recibía un tremendo porrazo en la cabeza, asestado por Tiberio con la culata de un pasado revolver.



...mientras él recibía un tremendo porrazo en la cabeza...

Tuvo el joven la sensación de que brillaban ante sus ojos

miríadas de diminutas estrellas; luego, de que se hundía en un pozo sin fondo y lleno de obscuridad.

Cayó al suelo.

El tabernero cogió el cuchillo que su compinche no tuvo tiempo de utilizar, y dio unos pasos hacia el joven diciendo:

—Aunque el ruido ha sido ya bastante, evitemos aumentarlo.

Levantó el brazo. El arma fulguró.

—Espera —dijo el japonés, sujetándole.

—¿Por qué?

—Este hombre ha matado a un camarada nuestro y herido gravemente a otro. No debemos conformarnos con suprimirle sin que se dé cuenta siquiera.

—Sin embargo, la orden que se nos dio...

—Fue la de matarlo simplemente, lo sé; pero el jefe no sospechaba que nos la íbamos a ver con un hombre de tanto cuidado. Es posible que incluso le arranquemos declaraciones interesantes.

—Yo...

—Tú obedeces, y en paz.

El semblante de Tiberio reflejó el disgusto que le producía no hundir el cuchillo en el cuerpo de su víctima.

—Está bien —accedió.

—Ayúdame a llevarlo a la otra casa.

—Un momento.

Inclinóse el sanguinario tipo sobre el secuaz que recibiera el tiro en el pecho.

—Este hombre está agonizando —dijo—. Nada cabe hacer por él, y su lengua puede sernos perjudicial. Por otra parte... se me ocurre que rematándolo nos será fácil justificar estos disparos... e incluso el nuevo que se haga, aunque hace un momento, me mostré reacio a los ruidos.

Scimizu asintió con un movimiento de cabeza.

Tiberio buscó hasta encontrar una pistola entre las ropas del asesino ya muerto, la aplicó a la sien del compañero herido; disparó. El cuerpo de éste sufrió una tremenda sacudida, y quedó rígido.

Limpio el criminal el arma, y cogiéndola por el cañón a través del mandil, la colocó entre los dedos del que fue su propietario.

—Liquidado el asunto —anunció con calma espeluznante—. Vamos ahora.

Abrió una trampa de madera que había en el suelo de la habitación donde departiera unos minutos con Scimizu, y dejó al descubierto unos escalones carcomidos que conducían a la cueva en que guardaba el repuesto de licores. Enseguida tornó en busca del cuerpo de Ranky, y lo cogió en brazos.

—Me basto solo —dijo.

Desapareció con su carga por la escalerilla. El japonés le siguió, cerrando la trampa tras sí. Cuando llegaron abajo, éste se le adelantó. Cruzó ante su compinche la no muy espaciosa bodega, y llegando junto a un tonel de enormes proporciones, oprimió un resorte bien disimulado. Giró el tonel, dejando al descubierto un hueco lo suficientemente espacioso para permitir el paso de un hombre, y Scimizu lo traspasó.

Tiberio echó al suelo a Ranky, y cogiéndole por las axilas, lo arrastró hasta traspasar el boquete. Luego volvió a tomarlo en brazos, mientras el japonés hacía, que el tonel ocupara su posición normal.

Una corta galería subterránea ponía en comunicación la taberna con la planta baja del edificio anexo a la misma. La cruzaron. Scimizu franqueó la entrada.

A los pocos minutos, Tiberio depositaba su víctima en una estancia espaciosa y con buena iluminación.

Franz Henss estaba allí.

Lanzó una exclamación de desagrado, y preguntó:

—¿Para qué me traéis eso? Quedamos en que os aguardaría aquí a fin de que me informaseis de la marcha del asunto.

Scimizu repitió las explicaciones que diera antes a Tiberio, y tuvo la satisfacción de oír decir a Henss:

—Ha sido una buena idea. Te felicito.

Inclinóse sobre el exánime cuerpo. De pronto, arrugó el entrecejo. En la refriega, se había desprendido parte del bigote postizo que llevaba aquél.

Arrancóselo el alemán de un tirón. Luego hizo lo mismo con la barba.

Una exclamación escapóse de sus labios al ver el rostro verdadero de la víctima.

—¡James Ranky!

Scimizu y Tiberio compartieron su asombro.

—Esto se ha complicado mucho —dijo, cuando pudo serenarse—. Vuelvo a felicitarte, Scimizu. Este hombre no debe morir... todavía. Alguien se alegrará de verle vivo. Atadle bien.

—Yo debo salir —protestó el tabernero—. Los disparos deben haber atraído gente. Conviene cubrir las apariencias.

Accedió Henss. Y en tanto Scimizu disponíase a cumplimentar la orden, el tabernero cruzó tres habitaciones y ganó la calle por la puerta que esta casa tenía a la misma. Penetró en la taberna, utilizando la entrada principal, y lanzó una exclamación de bien fingido asombro ante la aglomeración que dentro del local había.

—¿Qué pasa? —preguntó a gritos al dependiente, el cual se esforzaba en contener al público, y a quien hizo un guiño significativo.

—Dos hombres se han matado dentro —repuso el interrogado, un miserable servidor de la organización de espionaje—, y alguien ha ido a avisar a la policía.

Tiberio se llevó las manos a la cabeza.

—¡Ah, Madona! ¡Esto será mi ruina! También yo he oído los tiros y por eso vine corriendo. ¡Sí, sí; que avisen a la policía, pronto!

Sus demostraciones de disgusto fueron haciéndose tan angustiosas, que muchos de los que acababan de entrar procuraron consolarle.

—Pero el descrédito... —objetaba él—. ¡El descrédito de mi casa!

En el interior sonaban y crecían murmullos de los curiosos que habían penetrado en busca de la verdad. Tiberio se dejó caer sobre una silla, cual si se hallase al borde de la locura.

La patrulla volante se presentó al fin. Fueron muchos a darle cuenta de lo ocurrido.

—¿Dónde está el dueño del tabernucho? —preguntó uno de los policías.

Tiberio se levantó, mostrándose indignado en medio del desaliento:

—¡Oiga, señor agente; mi casa es honorabilísima!...

Le interrumpió el que preguntaba, insistiendo:

—Diga usted lo ocurrido.

—¿Cree que lo sé? Había salido unos instantes. Acabo de llegar corriendo al oír los tiros. ¡Oh, santa Madona!...

Sin cesar de lamentarse, siguió a los policías hacia el interior. Un grupo de curiosos rodeaban a los dos cadáveres, y abrió paso a los que se aproximaban.

—¿Alguien conoce a los muertos? —inquirió el que mandaba la patrulla.

Nadie contestó afirmativamente.

Tiberio dijo:

—Los he visto aquí algunas veces, y creo recordar que hace un par de noches disputaron. ¡Oh! ¿Por qué habrán elegido mi casa para matarse?

—Es muy extraño que hayan llegado hasta este sitio con ese objeto.

Mintió el dependiente:

—Uno de ellos entró como si huyera; el otro, le siguió. Yo estaba, despachando, y no pude intervenir. De pronto sonaron los tiros...

—¿A dónde dan estas puertas?

Tiberio se apresuró a ponerlas de par en par, al mismo tiempo que replicaba:

—Éste es un pequeño cuarto donde guardo las cosas viejas; esta otra, una habitación para cuando vienen personas distinguidas que quieren beber sin que nadie las moleste.

—¿Y esa trampa del suelo?

—Conduce a la cueva, señor agente. Ahí guardo mis licores, los mejores que se expenden en el distrito; Arak turco, aguardiente de atroz con esencia de rosas, coñac de Francia y España, vinos de Chile y de la Argentina, tequila de México, anisete griego, pisco peruano... Mi casa, aunque de pobre apariencia, está surtida como pocas. ¿Quieren bajar y tomar un trago de lo que les apetezca?

Los policías rehusaron, y Tiberio ahogó un suspiro de satisfacción. Era punto menos de imposible que descubrieran el resorte del tonel, pero, de todos modos, existía el peligro de que hubiera quedado alguna huella delatora del paso por allí transportando el cuerpo de Chester, y siempre resultaba preferible que nadie husmease hasta dejarlo todo en condiciones.

Mientras uno de los agentes telefoneaba a la superioridad

informándola del suceso, Tiberio seguía lamentándose ante los otros.

—¿Me cerrarán el establecimiento? Yo soy un hombre honrado, un pacífico trabajador...

—Eso no es cosa mía. Ya veremos.

El tabernero se retiró, mesándose los cabellos.

Uno de los cuatro clientes que había en la taberna desde el principio, el único de ellos que no estaba a sueldo de espías, acercóse a Tiberio dando traspiés, y lo dijo con lengua estropajosa:

—Escuche... Usted entró ahí dentro con un asiático. ¿Cómo es que ha vuelto por la puerta de la calle? ¿Dónde está el asiático?

—¡Cállese! —ordenóle el interrogado—. ¿Tan borracho está que no nos vio salir? ¿Es que quiere perderme?

—No, no; yo no quiero perderle; sólo deseo poner las cosas en su sitio. No estoy borracho. Sé muy bien lo que digo.

—Vamos, vamos; tómese una copa a mi salud, y mañana recordará mejor cuanto haya visto. ¿Qué es lo que prefiere? ¡A ver, muchacho! ¡Sirve a este amigo lo que desee!

—Eso está bien —admitió el beodo.

Y se acercó al mostrador, donde se apresuró el mozo a ponerle delante un vaso de coñac.

Afortunadamente para Tiberio, el breve diálogo no fue oído por los policías, los cuales dedicaban su atención a impedir que los curiosos penetrasen en la taberna.

El borracho empezó a paladear el coñac, mientras rezongaba:

—Les vi entrar y no les he visto salir... Sé muy bien lo que me digo...

Tiberio dijo unas palabras en voz baja a uno de sus secuaces, confundidos con el público imparcial.

Éste dirigió al beodo una mirada oblicua y asintió con un gesto.

El pobre diablo apuró el vaso. Se lo volvieron a llenar.

—¡Vaya! —exclamó, con voz ya casi ininteligible—. ¡Qué amables son en esta casa!... No hay como haber visto a un asiático... porque lo he visto...

No le hacía caso nadie. Tornó a dejar vacío el recipiente y se encaminó a la puerta, sujetándose a cuanto encontraba. Su acusadísimo estado de embriaguez hizo que ni la policía le prestara atención. Empezó a alejarse, midiendo la calle con sus vaivenes. El

compinche a quien Tiberio, hablase en voz baja deslizóse fuera con disimulo, y empezó a seguir a su presunta víctima, que monologaba torpemente:

—Entran por un lado... vuelven por otro... Me convidan a coñac... Yo he visto al asiático... ¡Claro que lo he visto!

Tropezó apenas hubo doblado la esquina de una calleja oscura, y cayó al suelo.

No volvió a levantarse.

El asesino que le seguía cayó sobre él, y le clavó varias veces un cuchillo. Luego, guardando el arma homicida tras limpiarla en las ropas del cadáver, volvió sobre sus pasos y desapareció en dirección contraria.

CAPÍTULO VIII

El timbre del teléfono repiqueteó insistentemente. Miroslava tardó en despertar. Al fin incorporóse en el lecho y, medio dormida todavía, tomó el receptor.

La señorita encargada de la centralilla del hotel anunció que el señor Kinving (falso nombre adoptado por Franz Henss al hospedarse en el Ambos Mundos) deseaba hablarle con urgencia.

—Escucho —accedió la artista, de mala gana.

La conocida voz del alemán, luego de haber comprobado que era Miroslava quien le oía, dijo:

—Me permito recordarle el paseo que convinimos en dar juntos esta mañana.

Torció el gesto la espía. Demasiado segura estaba que no habían acordado paseo alguno y que aquello era un pretexto para celebrar una entrevista.

—¿No le parece demasiado temprano? —protestó.

—¡Oh, no! Ahora se respira perfectamente. No olvide que tengo su palabra.

—Está bien...

—Dentro de veinte minutos estaré, con un coche, esperándola cerca de la puerta.

—De acuerdo. Hasta dentro de veinte minutos.

Oyó la espía como Henss colgaba el auricular, y permaneció unos momentos resistiéndose a abandonar el tibio encanto de las sábanas. Por fin se arrojó del lecho; vistióse un sencillo traje de mañana, sin adorno alguno, comprobó que llevaba en el bolso la pistola, pequeña, aunque útil para matar a pocos pasos, de la cual separábase pocas veces, y abandonó sus habitaciones.

El conserje la saludó obsequioso.

—¿Tan temprano levantada, señorita?

Condescendió ella a responder, empleando el mismo argumento

que el alemán adujera:

—Quiero respirar aire puro.

Divisóla Franz, el cual hízole una discreta seña con la mano, y dirigióse hacia el coche, cuya portezuela encontró abierta.

Momentos después se alejaban.

Sin volver la cabeza, pendiente de la dirección, le explicó Henss, antes de que la contralto le hiciera pregunta alguna:

—Se trata del espectro, ¿comprende?

—¿Eh?

—O, si le parece mejor, diremos del doble de James Ranky, el cual se encuentra en nuestro poder. Me refiero al hombre de la barba que despertó mis sospechas, y sobre el que llamé a usted la atención. Los pelos eran postizos.

Mirolava no disimuló su asombró. Franz le explicó toda la aventura, y terminó diciendo:

—Scimizu y Tiberio tenían mis instrucciones, consistentes en tenderle una trampa si, por seguir al primero, se aventuraba en el interior de la taberna, y entonces debían liquidarle sin contemplaciones; pero un afán de vengar a los dos compañeros que han muerto, indujo a Scimizu a no rematarle sin haberle torturado un poco. Eso me ha permitido dar a usted la grata novedad que nos ocupa.

—¿Lo sabe Burelli?

—Desde luego. No logré localizarle anoche. He hablado con él esta mañana a primera hora, y me ha dicho que ponga el asunto en sus manos. Es usted, pues, quien ha de decidir lo que se haga con ese hombre.

Mirolava rechinó los dientes. Un resplandor homicida asomóse a sus ojos.

—Fácilmente puede suponerse cuál es mi decisión. Scimizu tuvo una gran idea. Si, como todo hace suponer, ese «doble» es el que penetró en mis habitaciones la noche de la tormenta; el que ha estropeado el asunto de Callaham; el que, según ha demostrado desde el momento que me vigila, está sobre mi pista, matarle es poco. Debe sufrir a gusto de Scimizu. Probablemente, lograremos al mismo tiempo que se le desate la lengua y nos haga conocer cosas interesantes.

—Así lo he pensado yo también.

El coche seguía su marcha, llevando en su interior, más que dos seres humanos, dos monstruos de odio y perversidad.

Chester comprendía a medias las razones de que no le hubieran asesinado aun. «¡Quieren hacerme hablar!», pensaba. Y aunque le causaba natural temor la idea de lo que pudiera aguardarle, estaba firmemente decidido a soportarlo todo antes de complacer en lo más insignificante a sus aprehensores.

Había perdido la noción del tiempo. Recordaba sólo que cuando abrió los ojos, la cabeza le dolía horribilmente, y que se encontró como un bulto, sin poder hacer ningún movimiento, tirado en el suelo, cerca de un rincón.

Y así continuaba.

De cuando en cuando aparecían en la habitación algunos hombres, que, luego de cambiar con el japonés breves palabras, se le acercaban y le daban con el pie, sin mirar dónde.

En distintas ocasiones vio fijos en su rostro los ojillos oblicuos de Scimizu, en los cuales brillaba una luz maligna. Advertíanse los esfuerzos que el amarillo realizaba para contenerse.

Lo que más lamentaba el muchacho era su propia torpeza. Pensaba que de ningún modo debió haberse metido en aquella trampa sin adoptar precauciones, pero luego se consoló diciéndose que aunque se le hubiera ocurrido telefonar a Ford o a Howard para que le guardasen las espaldas, no habría podido hacerlo sin perder de vista al japonés cuando entregó la nota a Miroslava. Su falta consistía en no haber hecho que los dos simpáticos agentes estuvieran cerca de él a todas horas. Creyó hallarse más libre de sospechas actuando solo, y ahora sufría las consecuencias de su impremeditado buen deseo. No cabía otra cosa que soportar con entereza lo que viniese, aunque, como todo parecía indicarlo, fuera la muerte lo que estuviera a punto de llegar. «Por lo menos —se dijo—, caeré por un fin noble».

De pronto experimentó una intensa sacudida que le estremeció de arriba abajo. Acababa de oír la voz de Miroslava. Hízose cargo de que aquello era lo natural; de que lo extraño hubiera sido que la terrible enemiga no compareciese; mas no por ello dejó de sentir un frío que le caló hasta los huesos.

Su reacción, no obstante, fue cuestión de segundos, al cabo de los cuales tornó a ser dueño de sus nervios y de su ánimo.

Miroslava y Franz penetraron en la habitación. Scimizu y otros varios hombres que allí había se levantaron al verles.

Ranky se encontraba en aquel momento tendido de lado, y cerró los ojos. Sintió cómo la espía deteníase ante él y le observaba atentamente, ordenando luego:

—¡Volvedle!

El secuaz que se hallaba más cerca apresuróse a obedecer.

—Hola, «hiena blanca» —dijo Chester, clavando una larga mirada en las centelleantes pupilas de la espía.

La respuesta de ella fue cruzarle el rostro repetidas veces.

El semblante del prisionero no se contrajo. Añadió, sonriendo despectivo:

—¡Qué extraña resulta tu manera de tratarme! ¡Con lo mucho que siempre me quisiste!

—¡Maldito seas! —rugió Miroslava, herida por la ironía de su interlocutor. En medio de su furia no pudo menos de admirar la serenidad del que se atrevía a burlársele en momentos tan críticos como los que estaba viviendo—. ¡Por fin hemos vuelto a encontrarnos, Chester Ranky! —barbotó—. ¡Te aseguro que esta vez será la última!

—No te fíes mucho. Aunque me mates, volveré a aparecer en tu vida, como hace poco hice, para pedirte cuentas y castigar tus crímenes.

La artista se escalofrió. Estaba ya convencida de que el hombre que murió bajo los tiros de su revólver no era Chester; de que se trataba de un asombroso caso de semejanza; mas no por eso pudo evitar que el pánico la dominase. Se repuso pronto, y replicó, cínica:

—Me gustaría volver a verte amenazándome... después que te hayan apuñalado el corazón.

—¡Me verás, no lo dudes; me verás aunque sea en tus últimos momentos!

Volvió a estremecerse Miroslava. Chester se había expresado en aquellos términos sin premeditación alguna, obedeciendo un presentimiento que no pudo ni quiso dejar de exponer.

La espía se mordió el labio inferior hasta hacer brotar la sangre. En un acceso de furor, se volvió hacia Henss, diciendo:

—Pueden comenzar «el juego» cuando gusten.

Scimizu sacó a relucir un afilado estilete; pero el alemán se le interpuso, diciendo a Ranky:

—No tenemos interés en martirizarle ni escrúpulos en hacerlo. Lo que nos importa es que responda usted a las preguntas que vamos a hacerle. Si lo hace a nuestra plena satisfacción, se ahorrará muchos sufrimientos.

—Empiecen cuando quieran —respondió Chester con energía—. No les diré nada, absolutamente nada de lo que deseen saber.

—Eso lo veremos. Usted avisará si cambia de opinión.

Cuando el japonés se inclinaba para dar comienzo su criminal distracción favorita, exclamó Miroslava:

—¡Quieto!

Todos la miraron con extrañeza. El más sorprendido fue Chester, quien consideró inadmisibile que aquel aborto del infierno pudiera sentir piedad.

Y no se equivocaba.

A la rauda pregunta de Henss, respondió la artista:

—Acaba de ocurrírseme una buena idea y quiero ponerla en práctica antes de que este sujeto pueda morir a manos de Scimizu.

—Tardaré en acabar con él —repuso el aludido, sin ocultar el disgusto que le producía la interrupción.

—De todos modos, creo conveniente aplazarlo un rato. No será cuestión de mucho. Espero que dentro de un par de horas nos sea posible reanudar la diversión.

—Es que...

—¡Lo quiero así! ¡Que nadie le toque entre tanto!

—Ya lo habéis oído —decidió Franz, aunque sin acabar de comprender.

—Venga conmigo —dijo la artista al alemán.

Pasaron a la habitación inmediata. Henss dijo:

—Le escucho.

—¿Usted sabe —comenzó preguntando la espía— que este hombre (pues no me cabe duda de que es el verdadero Chester Ranky) está enamorado de Sonnia Hamburg?

—¡Cómo voy a saberlo! ¿Se refiere a la muchacha esa sueca...?

—Exactamente. También ignora usted, naturalmente, que ella le adora.

—Sí, claro.

Miroslava regodeábase en sus pensamientos y no mostraba prisa en exteriorizarlos. Se dejó caer en un silloncito, a la par que decía:

—Pues ahora que está enterado, empezará a comprenderme, ¿no?

Frunció el ceño el alemán; lo desarrugó luego, y esbozó una sonrisa.

—Creo que sí —dijo.

—Le supongo al corriente de que Burelli y yo teníamos planeada la desaparición de esa chica, y de que Goemboes perdió la vida en el «trabajo» en cuestión.

—Lo estoy.

—¿Y de que había tenido que renunciar a suprimirla por miedo a cierto sobre...?

—También me lo dijo el jefe.

—Pues opino que ha llegado nuestra oportunidad. Para evitar que a Sonnia le ocurra algo, Ranky hablará más claramente que con cualquier otro tormento; para impedir que a él le martiricemos, Sonnia nos dirá dónde se encuentra el sobre en cuestión, lo que contiene y el modo de apropiarnos de él.

—¿Y después...?

—Después... Me lo ha oído usted decir en otra ocasión: los muertos no hablan.

—Comprendido. Es un plan excelente.

—Voy a ocuparme de vencer la única dificultad que existe: lograr que la sueca me acompañe hasta aquí, sin entrar en sospechas de nada.

—¿Le puedo ser útil?

—No. Es cuestión mía. No se marche usted. Vigílelo todo. Scimizu tiene muchas ganas de entrar en funciones; se le nota, y conviene que se contenga hasta el momento oportuno.

—Descuide.

Sonnia había despertado poco antes, y estaba empezando a vestirse cuando vio entrar a Miroslava, cuyo rostro reflejaba emoción y ansiedad perfectamente fingidas.

—¡Sonnia! —exclamó, abrazando a la muchacha—. ¡Ha ocurrido algo sensacional; algo que va a llenar de alegría tu corazón! ¡Acaba pronto de vestirme!

—¿De qué se trata? —inquirió, intrigada, la joven.

—Prepárate a recibir una impresión grande.

—Pero...

—¿Lo estás?

—Sí, claro...

—¡Chester vive!

—¡Oh!

Lejos de expresar alegría, una oleada de angustia inundó el alma, de la muchacha al comprobar que su «protectora» conocía la existencia de Chester. Temió por él. En un momento desfilaron por su mente los grandes peligros que podían aguardar a su amado, una vez roto el secreto.

La actitud cariñosa, emotiva, de la cantante, sorprendióla en grado sumo, no sabiendo cómo interpretarla.

—Parece que no te has alegrado —protestó aquélla, mostrándose decepcionada.

Tartamudeó Sonnia:

—Es que... no sé... ¡Me has sorprendido tanto...!

—Me lo figuro, pequeña; me lo figuro. Tampoco mi sorpresa ha tenido límites; pero, por encima de ella, hay que colocar nuestra, alegría.

—¿Tú... te alegras?

—¡Claro que sí! De algún modo he de reparar la falta cometida, siquiera sea en parte, y deseo lograr esto labrando vuestra felicidad.

—No acierto a entenderte... Me parece estar soñando...

—Es natural. ¡Tienes formado un concepto tan pobre de mí!... Ya me lo demostraste con tus sospechas.

—Te he pedido perdón varias veces.

—Y yo te lo he concedido de buena gana.

—¿Dónde está Chester?

—Corre cierto peligro, y nosotras vamos a salvarle.

—¿Qué le ocurre?

—No te inquietes; no es nada grave. Ciertas personas que se interesan por mí, le han sorprendido espiándome; se han apoderado de él y le tienen preso. Acaban de comunicármelo y yo me he apresurado a trasladarte la noticia. Espero que esta acción mía termine para siempre con tus reservas mentales, y que tanto tú como él me tratéis como a una hermana. ¡Vamos, no te detengas; ahorrémosle minutos de sufrimiento!

Sonnia, lejos de obedecer, se dejó caer sin fuerzas en el borde de la cama. La duda, la terrible duda ya casi desaparecida, volvió a hacer presa en su espíritu. Aunque, dadas su ingenuidad congénita y frecuente abstracción, no conocía a fondo toda la maldad de sus interlocutores, sabía lo bastante de ella para considerarla incapaz de aquel acto altruista.

—¿Qué haces? —apremióla Miroslava—. ¿Ésa es la prisa que te das?

No se atrevió Sonnia a exponer sus vacilaciones y replicó, disimulándolas:

—No puedo... Ha sido la impresión demasiado fuerte. No me obedecen las piernas.

—¡Criatura!

—Ve tú sola; sálvale y tráelo aquí. Si lo haces, toda mi vida, por larga que sea, me parecerá corta para agradecértelo.

La hiena blanca hubo de violentarse mucho para enmascarar la ira que aquella respuesta le proporcionaba.

—Está bien —dijo—. Haré lo que quieras; pero vas a privarle de una inmensa alegría. Además... ignoro si se fiará de mí y querrá acompañarme.

—¿Por qué no se ha de fiar si ve que le salvas de sus aprehensores?

—De todos modos...

—Ve pronto, Miroslava; ¡ve pronto y vuelve con él!...

Hizo la artista, todavía, nuevos hábiles intentos para convencer a Sonnia; mas ésta se mantuvo firme en su actitud.

—¡Haz lo que te plazca! —terminó diciendo. Y abandonó la estancia con mal disimulada violencia.

Cuando se vio a solas desahogó su cólera golpeando algunos muebles. Aquella obstrucción de sus planes la había sacado de quicio. No renunció, ni con mucho, a efectuarlos, mas comprendió que se vería obligada a enfocarlos de otra manera. Haría que sus compinches se apoderasen de Sonnia y la llevasen a la fuerza a dónde estaba Ranky. La cosa no iba a resultar fácil, sobre todo si la sueca permanecía encerrada en el hotel, pero... ¡ya estudiarían Burelli y Henss la manera de conseguirlo!

Interrumpió el hilo de sus pensamientos la voz de Sonnia, quien, ya vestida, apareció en el umbral.

—Lo he pensado mejor —dijo—. Sacaré fuerzas de flaqueza para proporcionar cuanto antes a Chester la alegría de verme.

Los ojos de Miroslava resplandecieron.

—¡Te felicito, querida! —dijo, volviendo a abrazarla—. Esto es lo más acertado que has podido decidir.

Pidió por teléfono que llevaran su coche a la puerta del hotel y, pocos minutos más tarde, partían ambas. Miroslava conducía. Sonnia había tomado asiento a su lado.

Hablaban poco. Cada cual sumíase en sus pensamientos.

A medida que el auto se iba adentrando en la parte baja de la ciudad, la joven sueca sentía renacer los temores. Spring Street, en general, le produjo una sensación de miedo y repugnancia.

Por fin la artista, detuvo el coche entre la taberna y la casa anexa a la misma, cuya puerta hallábase entornada, pues desde dentro las habían visto llegar.

—Aquí es —anunció—. Pasa.

Lo hicieron. Una vez dentro, Miroslava añadió:

—Yo te guiaré.

La tomó de un brazo, y cruzaron así las tres habitaciones que mediaban entre la puerta de la calle y la «especial» en que encontrábase Ranky prisionero. Al llegar allí, Miroslava llamó de manera significativa, y apenas le hubieron franqueado la entrada, empujó suavemente a Sonnia y penetró tras ella.

La joven sueca ahogó un grito de angustia suprema, y abrió desmesuradamente los ojos: Chester estaba atado; Scimizu trazaba dibujos en el aire con el estilete, a pocos centímetros de la frente del prisionero, y cada vez, en sus pases, acercaba más el cortante instrumento a la piel del mismo. Sosteniendo la cabeza de la víctima, para que la «operación» del japonés resultara más fácil, hallábase Tiberio, en cuya fisonomía brutal había como estereotipada una gran sonrisa. Frente a estos personajes y como si formaran un tribunal, Henss y cuatro hombres más encontrábanse sentados, formando semicírculo.

Miroslava, abandonando en el acto todo disimulo; gozándose en el efecto que produciría a la joven, avanzó hacia estos últimos, diciendo:

—Hola, muchachos; ya estamos aquí.

Y estrechó la mano del alemán. Ranky, al ver a la mujer amada,

exclamó en un estallido de ira y pena:

—¡Sonnia!... ¿Por qué has venido? ¿Cómo has podido dejarte engañar por ese monstruo?

—Ya ves, queridita —comentó Miroslava, con ironía punzante— qué manera tiene tu dulce amor de agradecerme el que te haya traído a tiempo de verle morir. Porque va a morir, ¿sabes?... Va a morir, a menos que tú nos digas ahora mismo qué es lo que contiene ese sobre con el cual me amenazaste, y pronuncies el nombre de la persona que lo guarda.

Antes de que la joven pudiera responder, gritó Chester:

—¡No digas nada! ¡Si eso es cierto, debes callar a toda costa! ¡Significa tu última salvaguarda! ¡Te matarán apenas obtengan lo que desean!

Centellearon las pupilas de la artista. Dirigiéndose al japonés, rugió:

—¡Hazle ya una caricia a esa cotorra!

Scimizu, gozoso, se aprestó a atender la orden, pero no llegó a utilizar el estilete; una bala se le clavó en la frente. Dejó caer el instrumento, y se desplomó sin vida.

El asombro general no tuvo límites.

Todas las miradas, rebosando pánico y estupor, fijáronse en Sonnia, quien, transfigurada, sin recordar en absoluto a la niña débil que llevaba dentro, empuñaba una pistola cuyo cañón humeaba aún.

—¡Que nadie se mueva! —ordenó en tono ronco—. ¡Quedan cinco balas, y no desperdiciaré ninguna! ¡Levanten los brazos! ¡Pronto!

Fue obedecida.

La demostración que acababa de hacer no dejaba lugar a dudas. En el ánimo de cuántos la tenían delante había la certidumbre de que cumpliría su amenaza sin vacilar.

Añadió la decidida joven, dirigiéndose a Tiberio:

—¡Póngase junto a los otros!

El tabernero apresuróse a cumplimentar el mandato.

Sonnia, sin perder de vista a los malhechores, fue acercándose al maravillado Chester; cogió el estilete del suelo, y cortó las ligaduras que sujetaban las manos del hombre que quería. Durante la tracción de segundo que empleó en ver dónde aplicaba la hoja, Franz hizo

ademán de empuñar una pistola oculta; pero la joven sueca tornó a hacer fuego, y le atravesó un brazo.

Volvieron a inmovilizarse.

La actitud y comportamiento de aquélla, muchachea superaba todo cuanto hubieran podido imaginar.

Ranky, libres ya las manos, se las frotó violentamente unos segundos. Enseguida, empleando el estilete que la muchacha le entregase, acabó de cortar las cuerdas.

El cuerpo le dolía espantosamente, hasta el extremo de que tuvo que poner a contribución toda su entereza para dominar los dolores físicos.

Logró, al fin, incorporarse.

—¡Apunta firme! —dijo a Sonnia—. Voy a desarmar a estas fieras.

—¡No te preocupes! ¡Mataré a quien se resista! ¡Mi madre me enseñó a tirar bien!

Ranky fue desposeyendo de las pistolas a sus enemigos, cuyos semblantes hallábanse desfigurados por el furor y el miedo. Especialmente el de Miroslava, era algo imposible de describir. Nunca, como entonces, mereció el calificativo de hiena.

Terminaba el joven de llevar a cabo aquella labor, cuando comenzaron a oírse pasos precipitados por la parte que comunicaba la habitación con la cueva.

Bastó al agente especial ver los ramalazos de esperanza que brillaron en las miradas de sus enemigos, para comprender que los que se acercaban venían en ayuda de éstos.

—¡Sal! —ordenó a Sonnia.

—¡Contigo! —repuso ella.

Retrocedieron ambos, de espaldas, hacia la puerta por donde poco antes entrasen la joven y Miroslava, puerta que no se habían cuidado de cerrar; en aquel momento, por el lado de la cueva, hicieron su aparición varios secuaces de los espías, empuñando armas.

Chester derribó al primero, y aprovechó el momento de estupor para salir, empujando delante a Sonnia. Ambos se apoyaron contra la puerta y la cerraron por fuera, mientras los enemigos descargaron todo el peso de sus cuerpos sobre la misma.

—¡Hay que evitar que escapen! —bramó Miroslava—. ¡Nuestra

perdición es inevitable si lo consiguen!

—¡Hemos de jugarloslo todo! —convino Henss, atándose un pañuelo al brazo herido—. Usted, Miroslava, debe quedarse y salir disimuladamente por la puerta de la taberna, apenas nos alejemos nosotros.

—¿Por qué?

—Es usted demasiado conocida y, si logramos huir luego de acabar con éstos, su presencia serviría para que nos siguiesen la pista a todas partes. Trate de ocultarse en la oficina del jefe. Allí estará segura.

—Pero...

—¡Obedezca! En esta pelea podemos encontrar la muerte, y tiene usted más probabilidades de salvarse haciendo lo que le digo.

—Está bien.

Mientras sus compinches se esforzaban en derribar la puerta, Tiberio habíase trasladado al pequeño depósito de armas que, convenientemente oculto, tenían allí los espías, y volvió trayendo pistolas ametralladoras.

Por fin quedó libre la salida; pero ya Sonnia y Chester habían ganado la calle y corrían hacia el coche de Miroslava.

Los espías, dirigidos por el alemán, les divisaron en el momento en que Ranky puso el motor en marcha.

Acudía gente atraída por los disparos, pero se apresuraron a apartarse ante el aspecto amenazador de aquellos hombres, y en la imposibilidad de saber quiénes eran los delincuentes.

Henss salió a su automóvil, en el cual penetraron seis hombres más; el resto hasta trece, que eran los que se habían juntado, con Tiberio a la cabeza, apoderáronse de un coche del servicio público que encontraron detenido a corta distancia.

El tabernero ordenó al conductor:

—¡Sigue a aquella pareja que va delante si no quieres que te acribille!

El pobre hombre, bajo la presión de la pistola que se le apoyó en la espalda, no pudo menos de obedecer.

Fue aquélla una carrera sin freno, de vértigo, de locura.

Los espías tenían cifrada su única esperanza de salvación en matar a los que conocían su secreto, y huir.

No se les ocultaba que la empresa era difícilísima; pero las

circunstancias lo habían querido así, y no tenían otra salida.

En su desesperación, hallábanse dispuestos a llevarse por delante cuántos obstáculos surgieran, fueran de la índole que fuese; a morir matando, si no había otro remedio, ya que lo consideraban cien veces preferible a dar con sus cuerpos en la espeluznante silla eléctrica.

Entablóse un fuerte tiroteo entre la pareja de enamorados y sus perseguidores. Estos últimos arrollaban los puestos del mercado ambulante, levantando gritos de miedo e indignación.

Los transeúntes se apartaban, gritaban, huían, dejando espacio libre a los automóviles transformados ya en bólidos.

Un neumático del coche ocupado por Sonnia y Chester fue alcanzado por una bala, y estalló. Fue un verdadero milagro que el vehículo, dada su velocidad, no volcase. El muchacho logró detenerlo y echó pie a tierra. La joven heroína hizo lo mismo.

Parapetados tras él, continuaron disparando.

De pronto, Sonnia dio un grito. Acababa de sentirse herida en el pecho.

Aquello redobló, si era posible, la furia de Ranky, quien iba vaciando una tras otra las pistolas arrebatadas. Sus balas lograron blancos; pero los feroces enemigos estaban encima ya.

Las sirenas, de los coches policiales atronaron el aire.

Los espías forzaron aún más la marcha.

Chester recibió un balazo en el hombro izquierdo que le obligó a encogerse.

Debieron creer los enemigos que habían acabado con los dos, pues pasaron cerca de ellos como exhalaciones, aunque sin cesar en el fuego. Sonnia se había desplomado, y la última ráfaga de ametralladora la hirió en el cuello; Ranky recibió otra bala en el brazo del mismo lado.

Un coche de la policía se detuvo junto a ellos; el otro siguió. El muchacho, tras identificarse, gritó con ansia:

—¡Ayúdenme a subir! ¡No podemos tolerar que se nos escapen!

—¡A mí también! —imploró Sonnia. Pero se desvaneció en el acto.

El público, envalentonado ante la presencia de la fuerza armada, acudió de todas partes.

Un agente tomó en sus brazos el cuerpo de la joven y lo metió

en un comercio próximo, ordenando a los que en él había:

—¡Cuiden de esta mujer! ¡Llamen a un médico! —Se volvió hacia Chester, agregando—: También usted debe quedarse. Necesita asistencia.

—¡Lo que necesito —replicó el muchacho— es dar caza a esos bichos!

Y, totalmente cubierto de sangre, se metió en el coche. El agente volvió a ocupar su puesto. No había minuto que perder. El vehículo reemprendió la persecución. Uno de los policías trató de contener las hemorragias de Chester, y lo consiguió en parte; otro se había preocupado de pedir ayuda, indicando la dirección que seguían los malhechores.

El auto primero de los policías había ganado ya a distancia necesaria para que pudieran cruzarse disparos eficaces, y el tiroteo era ensordecedor; el segundo llegó pronto a reforzarle. Todos se batían como leones acorralados, sin cesar de correr a velocidades escalofriantes.

Nuevas sirenas dejáronse oír en distintos puntos.

Los espías se encontraron entre varios fuegos, sin escapatoria posible.

Diéronse cuenta de que habían jugado la última carta, y habían perdido.

Resistieron hasta el último momento, metiéndose por lugares inverosímiles, derramando fuego y plomo, sangre, muerte...

El auto conducido por Henss chocó contra una esquina, al querer ganarla. De los ocupantes que aún vivían, uno recibió un golpe en la sien, que le mató en el acto; otro, multitud de pequeñas heridas en la cabeza; el tercero, Franz, se clavó el volante en el pecho. Pero, mientras conservaron aliento, siguieron defendiéndose. Cuando el fuego cesó, el único que alentaba era el alemán, aunque expiró a los pocos minutos.

El automóvil llevado por Tiberio, pues el pobre conductor murió al comenzar el tiroteo, detúvose al encontrarse hostilizado por todas partes. Los que lo ocupaban, siguieron el ejemplo de sus de sus compañeros, mientras les fue posible tenerse en pie, utilizaron las armas.

Tiberio, agonizante ya, dio una prueba de su fortaleza usando con gran eficacia la pistola ametralladora de uno de sus compinches

muertos, pues había agotado la carga de la suya. Y lanzó una carcajada infernal al darse cuenta de que había hecho blanco en el conductor de uno de los coches que le hostilizaban.

Con la carcajada se le fue lo poco que le restaba de vida.

No se hizo un solo prisionero. Los perseguidos habían dejado de existir.

Sólo al comprobar que todo había terminado. Chester dejó caer el brazo que sostenía el arma empleada hasta el último instante, y se derrumbó sin sentido.

CAPÍTULO IX

Mirolava recorría, incansablemente una de las habitaciones interiores de la Agencia Artística.

Parecía... lo que era en realidad: una fiera con figura de mujer.

No había llegado hasta allí, como otras veces, haciéndose anunciar y esperando a que Burelli saliera a recibirla con todos los honores; sino que lo hizo subrepticamente, procurando y consiguiendo pasar inadvertida.

Se había encerrado con el italiano, dándole cuenta de lo ocurrido; éste, dominado por la ira y el miedo, habíase marchado para inquirir detalles del suceso, y ella aguardaba anhelante su vuelta.

Comenzaba a caer la tarde cuando Burelli regresó. Venía pálido, descompuesto, sin poder dominar su estado de ánimo.

—¿Qué? —inquirió la espía, ansiosamente.

El interrogado desplomóse casi sobre un amplio sillón, y dijo con acento ronco:

—Creo que todo se ha perdido.

—¡Hable pronto!

Le informó del trágico fin de sus secuaces, después de la accidentada carrera, y acabó diciendo:

—Lo peor es que tanto la sueca como tu maldito Ranky, viven.

—¿Es posible?

—Viven, y están en un hospital, convenientemente atendidos. Parece ser que la muchacha no ha recobrado aún el conocimiento, y se teme que muera sin hablar; pero, de todos modos... ¡es desesperante!

—Usted no tiene nada que temer. Ranky no sospecha de sus actividades.

—Pero... ¿está segura de que respecto a Sonnia ocurre lo mismo? ¿Sabe, acaso, de lo que ella se ha enterado?

Vaciló la cantante:

—Pues... no creo que tampoco sepa nada...

—¡No cree, no cree!... ¡Estamos sujetos a lo que la casualidad o las indiscreciones de usted hayan puesto en manos de esa enemiga, a la que nunca debió tener a su lado!

—¡No es hora de recriminaciones, Burelli!

—¿Cree no merecerlas?

—Si este asunto ha salido mal, no ha sido por mi culpa. La suerte se nos ha puesto en contra. Eso es todo. Planeé bien las cosas, y el resultado hubiera sido magnífico si Sonnia no hubiera tenido ese insospechado arranque. ¿Cómo imaginarla capaz de lo que hizo?

—Bien. Los jefes nos juzgarán a todos... si salimos con bien de ésta.

Miroslava se estremeció. Sabía que en las alturas solían ser intransigentes para con las equivocaciones, y especialmente si tenían malas consecuencias. Quiso, sin embargo, mantenerse firme, y, disimulando sus temores, replicó con altivez:

—Ni usted ni yo nos hemos hechos acreedores a sanción alguna. Si esto ha salido mal, otras muchas cosas de importancia hemos realizado con éxito, cada uno por nuestro lado. Ahora, lo que importa es conjurar el peligro inminente. Opino que si se lograra hacer callar definitivamente a Sonnia, usted quedaría a cubierto y podría continúen aquí su labor.

Burelli miró a su interlocutora. Su cerebro trabajó con rapidez.

—Es una buena idea —dijo—. Müller es algo único para estas cosas. Creo que le encomendaré el «trabajo». En cuanto a usted, lo más conveniente es que permanezca aquí encerrada durante unos días, semanas incluso, hasta que se aquieten los ánimos y encontremos el medio de facilitarle la salida del país.

—Eso será si Müller no consigue hacer con Chester lo mismo que con Sonnia. Ellos son los únicos enemigos que me conocen...

—No se haga ilusiones. La sueca, como le he dicho, no ha recobrado el conocimiento ni se espera lo recobre; pero las heridas de él carecen de gravedad, y la habrá denunciado ya. A buen seguro que a estas horas la policía la busca por todas partes.

Los dientes de Miroslava crujieron de modo extraño al chocar.

—¡Malhaya sea...! —farfulló.

—Trate de conservar la calma. Si mi nombre no sale a relucir, este local será un refugio excelente.

—Pero... ¿estar aquí por tiempo indefinido!...

—Es siempre preferible a verse en la prisión, en espera de la silla eléctrica.

—¡¡Calle!!

La orden fue como un rugido.

Burelli aconsejó:

—Lo se excite, se lo repito. Mi intención ha sido hacerle ver la realidad. Hay que tomar las cosas como vienen, sin alterarse. Voy a entrevistarme con Müller.

Se dirigió a la puerta.

—¡Burelli! —exclamó la espía.

—Diga.

—Sea o no sea beneficioso para mí, ordene a Müller que procure liquidar también a Ranky.

—De acuerdo. Se lo diré.

Chester, al recobrar el conocimiento, paseó una mirada alrededor. Estaba acostado en una cama niquelada, en una salita de blancas y limpias paredes. Cerca de la cabecera, el pulsador de un timbre.

Los recuerdos, como si hubiera estado diseminados por allí para lanzarse sobre él apenas despertase, acudieron a su mente con precisión.

Lo evocó todo en menos de un minuto: desde que se había lanzado en seguimiento de Scimizu hasta que, aniquilados los enemigos, cayó él como masa inerte, derrumbado al pie de los policías del coche de patrulla.

Pensó enseguida en Sonnia, en su gesto heroico, en la palidez de su carita cuando el plomo le mordió el pecho; en su petición final de seguir luchando cuando ya las energías la habían abandonado hasta el punto de hacerle perder el sentido.

Si antes la había amado, ahora la adoraba. La idea de que pudiera haber muerto, puso un nudo de lágrimas en su garganta.

Necesitaba saber enseguida lo que había sido de ella. Se incorporó a medias para oprimir el timbre venciendo el dolor que sentía en todo el cuerpo, y especialmente en el hombro. Consiguió su propósito. Instantes después, un practicante apreció en la

estancia y se le acercó presuroso, exclamando:

—¡Ya ha vuelto en sí! ¿Cómo se encuentra?

En vez de responder a la pregunta, Chester hizo otras.

—¿Es esto un hospital?

—Efectivamente.

—¿Me han traído a mí solo o...?

Le interrumpió el practicante, evitándole desgaste de energías:

—La señorita Sonnia Hamburg está aquí también, en la sala continua a ésta.

—¿Cómo sabe...?

—¿Cree que la aventura ha sido una broma? Somos muchos los enterados. La señorita Sonnia ingresó poco después que usted y los demás agentes heridos.

—¿Cómo está ella?

El practicante vaciló antes de responder:

—Parece que un poco mejor. Bueno... no se preocupe. Voy a avisar al médico. Llevamos bastantes horas turnándonos en espera de que usted volviera en sí.

Trató de salir, en evitación de que el paciente le hiciera nuevas preguntas relacionadas con el estado de la joven, pero éste se lo impidió, llamándole:

—¡Oiga, amigo!

—¿Qué desea?

—Quiero que me diga la verdad sobre el estado de esa señorita.

—Pues... no lo sé... con exactitud.

—Bien. ¿Dónde está mi ropa?

—¿Qué pretende?

—Acérqueme mi ropa y mi pistola.

—Yo...

—¡Usted hace ahora mismo lo que yo le mando!

Pero el empleado, lejos de obedecer, abandonó presuroso la sala.

Chester masculló unas palabras ininteligibles que no encerraban ningún elogio para el practicante, y, venciendo sus dolores, sin proferir una queja, se arrojó del lecho.

Se dio cuenta de que le habían vestido el pantalón de un pijama, y de que tenía el torso desnudo. Le habían vendado concienzudamente el hombro y el brazo heridos, con los cuales no podía hacer ningún movimiento.

Se llevó a la cabeza la mano de que podía disponer, y también se la encontró llena de trapajos.

—Debo estar precioso —comentó, irónico.

Dirigióse hacia un pequeño ropero próximo, donde, en efecto, encontró su traje, manchado de sangre totalmente, y colgada junto al mismo la última pistola utilizada. Comprobó que en la recámara, quedaban dos balas aun.

En el momento en que se disponía a vestirse, volvió el practicante, seguido del médico.

—¿Qué hace usted? —preguntó este último, entre enérgico y afectuoso.

—¡Quiero ver a la señorita Sonnia! —contestó el interrogado. Y demostró tanta firmeza que el galeno no se atrevió a objetar. Le ayudó él mismo a ponerse los pantalones, mientras le recomendaba:

—Procure moverse lo menos posible. Tiene usted una resistencia extraordinaria, y su encarnadura parece magnífica; pero no debe abusar...

—¿Cómo está esa mujer? —interrumpióle Chester.

—Grave, muchacho; bastante grave. Hemos hecho todo lo posible, y sin embargo...

—Lléveme junto a ella, se lo ruego.

—Pero...

—¡Lléveme junto a ella!

Fue complacido.

La sala ocupada por Sonnia era, efectivamente, contigua a la que a él le habían destinado.

Se detuvo ante el lecho y permaneció largo rato silencioso, contemplando a la adorable mujercita que respiraba con dificultad, debatiéndose entre la vida y la muerte. Una palidez acentuada le cubría el rostro. Tenía entreabiertos los labios, cual si quisiese aspirar más aire para sus pulmones.

Chester advirtió que las lágrimas acudían a su garganta, y se las tragó realizando un poderoso esfuerzo.

Avanzó más aún, e, inclinándose sobre la muchacha, susurró, como si la besase:

—Sonnia... No te mueras... Tienes que vivir para mí; para mí, que te adoro.

Los párpados de la infeliz temblaron, y se humedecieron de

llanto.

El médico cogió a Ranky por el brazo sano, a la par que le decía quedamente:

—Vamos. No debe perjudicarla ni perjudicarse. Si tanto la quiere, lo mejor que puede hacer en su obsequio es dejarla tranquila.

El muchacho se dejó llevar como un autómata. Ya en su sala, desplomóse sobre un sillón sin hacer el menor gesto, mientras le levantaba los apósitos y le curaban nuevamente las heridas.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí? —quiso saber.

—Nueve horas —respondió el facultativo.

—¿Nadie se ha interesado por nosotros?

—Varias personas; pero usted no estaba en condiciones de enterarse.

—Está bien. Le ruego haga que llamen al número X-32 857,

y pidan a los señores Red Howard o Sidney Ford que vengan a verme.

—Será complacido. Acuéstese ahora.

—Si no es imprescindible, prefiero quedarme aquí.

Hízose lo que Ranky solicitara, pero no fueron solos Ford y Howard quienes acudieron, sino muchos agentes más y el propio Thomas Kerr.

Recibió el joven innumerables manifestaciones de afecto y simpatía por parte de todos.

Finalmente, por indicación del jefe, se marcharon los demás.

Kerr, aunque enterado de lo que pudieron decir los policías supervivientes, quería tener una versión del suceso hecha por aquel protagonista, y Ranky le puso en antecedentes de la aventura sin omitir detalle.

—¡Esa muchacha es maravillosa!... —comentó el jefe, refiriéndose a Sonnia.

—¡Maravillosa! —repitió Chester—. ¡Si ella muere...!

No pudo acabar la frase. La emoción se lo impedía.

Le animó Kerr:

—Vamos, muchacho; no sea pesimista. Se hará todo cuanto humanamente sea posible por salvarla.

—Gracias... No me haga caso... —Tragó saliva—. ¡Ya pasó!

—Así me gusta. Y ahora sigamos hablando del asunto. Aunque la fuerza pública ha tenido bajas, el número de malhechores aniquilado es consolador; pero... continuamos ignorando quién es el jefe, y, lo que es tan lamentable como eso: Miroslava ha desaparecido.

Chester lanzó una interjección.

—Perdone —dijo, excusándose—. ¡Yo encontraré a esa mujer!

—Espero no se le ocurra volver a actuar solo. Además, no está en condiciones...

Como una, muletilla, repitió el agente especial:

—¡Yo encontraré a esa mujer!

Retiróse al fin el jefe, luego de hacer al muchacho las advertencias que estimó oportunas.

Éste permaneció muchas horas como hundido en sí mismo, sin más visión en su cerebro que la de dos mujeres: la de Sonnia, que moría, y la de Miroslava, que debía morir.

CAPÍTULO X

Cerca de la medianoche, todo era quietud en el pequeño hospital. El médico de guardia se había retirado a su aposento, luego de reiterar la acostumbrada orden de que se le llamase si algo, ocurría; el practicante y uno de los enfermeros jugaban a los dados en el despachito próximo a la puerta de entrada; el otro, para ahuyentar el sueño, salió a tomar el aire al jardincillo que circundaba la finca.

La tarea había sido muy pesada. Durante todo el día y parte de la noche hubo un desfile casi ininterrumpido de visitantes que se interesaban por la suerte que corrían los dos héroes de la espectacular aventura.

El médico tenía prohibido que se hablase a Sonnia o se intentase hacerla hablar, pero no llegó a impedir que algunas personas la viesan en silencio: periodistas, autoridades, el juez a quien competía el caso, el cual se alejó indicando que le avisasen tan pronto como la paciente estuviese en condiciones de prestar declaración...

Entre los muchos que acudieron a curiosear figuraba un hombre alto y huesudo, de ojos claros y parduzco pelo, el cual afanábase en oír cuanto se decía, y, al propio tiempo, pasar inadvertido.

Tratábase de Rudolf Müller, el espía a quien Burelli confiara la misión de asesinar a Sonnia, y, si le era posible, a Chester también.

Consiguió su propósito de que nadie, entre tanta gente, fijase su atención en él, a pesar de que no acababa de marcharse, pues se ocultaba en una de las habitaciones vacías cada vez que se iba un grupo de visitantes, y, de tarde en tarde, se incorporaba a los nuevos.

Cifraba su interés en descubrir si Sonnia mejoraba hacia el extremo de hallarse en condiciones de hablar.

Hasta que, convencido de que las visitas habían terminado, y poco después de haber visto al enfermero de guardia abandonar la

estancia de la joven, se dispuso a entrar en acción.

Calzaba zapatos de goma, y esto le permitía avanzar silenciosamente.

Sin tropezar con ningún obstáculo detúvose ante la habitación que le interesaba, y escuchó. Luego, adoptando cuidado especial, hizo girar el pomo de la puerta, entró y entornó tras sí.

Una tenue luz lo envolvía todo.

Müller se dirigió hacia el lecho. En sus manos apareció una jeringuilla previamente cargada.

Centímetro a centímetro fue apartando el embozo.

El hombro blanco, bellissimo, de la muchacha, quedó al descubierto.

Müller clavó la aguja; pero en el mismo instante Sonnia abrió desmesuradamente los ojos; apartó con horror al miserable, a quien había reconocido por haberle visto junco a Miroslava más de una vez, y lanzó un grito estridente, grito de angustia y pánico que repercutió en todo el hospital.

Aturdido, desconcertado, quiso Müller apaciguarla:

—¡Cállese! Soy un practicante. Es para su bien.

Mientras hablaba así, retrocedía de espaldas, y se volvió de pronto para huir.

Fue tarde.

Chester, que no dormía, acababa de reaparecer empuñando un arma.

Müller quiso seguir la comedia, aunque se advertía fácilmente su nerviosismo y lo difícil que le resultaba fingir.

—La señorita se ha excitado sin razón —dijo—. Vine a ponerle una inyección para que pasase la noche tranquila. Pertenezco a la plantilla de este hospital...

Trató de ganar la puerta ante la que se había colocado Ranky, cerrándola con su potente figura.

Sonia, febril, acusó:

—¡No!... ¡No!... ¡Le conozco bien! ¡Es un amigo de Miroslava!

El personal de guardia acudía precipitadamente.

Müller, viéndose perdido, introdujo con rapidez la mano derecha en el bolsillo de la americana, donde, a prevención, llevaba una pistola, y disparó. Clavóse la bala en el marco de la puerta, a pocos milímetros de Chester, quien, sin despegar los labios, hizo a su vez

fuego, atravesando el corazón del canalla. Giró este sobre sí mismo, y cayó de bruces.

Los que acababan de llegar, contemplaron el cuadro, mudos de horror.

—Creo que no hacen falta explicaciones —comentó Ranky. Y corrió hacia Sonia, añadiendo—: ¡Pequeña mía! ¡Gracias a Dios que veo tus ojos abiertos! ¿Ha podido ese bicho morderte?

—¡Chester!... ¡Chester!... —suspiró ella, ofreciéndole los febriles labios, que el muchacho besó.

Insistió luego:

—Respóndeme... ¿Te ha hecho daño?

—No creo... Fue como si la Providencia me devolviese la lucidez como consecuencia del pinchazo...

Ranky fijó la mirada en la jeringuilla, rota al pie de la cama, y se apresuró a recogerla. Aún contenía cierta dosis del líquido mortal.

Sonaron pasos que se acercaban con rapidez. Uno de los enfermeros había corrido a avisar al médico de guardia, y éste acudía, presuroso.

Lanzó una exclamación al ver el cadáver, y trató de inclinarse.

Ranky quiso impedirsele, exclamando:

—¡Pronto, doctor; aquí! ¡Ese reptil ha intentado, seguramente, envenenar a mi prometida!

Obedeció el galeno, luego de haber comprobado que Müller no alentaba.

—Perdone —se excusó—; mi obligación es procurar salvar cualquier vida, y tropecé antes con ese hombre...

—Bien —interrumpióle el muchacho—. Vea lo que contiene esto.

Tomó el médico la jeringa rota, y la entregó al practicante.

—¡Que hagan inmediatamente el análisis! —Volvióse luego a la paciente—: ¿No puede usted decirnos si ese hombre llegó a inyectarle?

—Creo que no, pero me es imposible asegurarlo...

—Bueno; de todos modos, haremos lo preciso.

Sonia entornó nuevamente los párpados; pero Ranky la llamó, anhelante:

—Querida, procura sobreponerte; no quiero verte otra vez como has estado durante muchas horas... Haz un esfuerzo; ¡hazlo por

mí!...

Sonrió ella con plácida dulzura.

—No te preocupes... Si muero...

—¡Calla! ¡No pronuncies esa palabra! ¡No morirás! ¡Me has salvado la vida, y me la arrebatarías si te fueses! ¡Pequeña-grande heroína!... ¡Te salvarás y seremos dichosos!

—¡Si Dios lo permitiese!...

—Lo permitiré. Y ahora, dime... No quisiera hablarte de nada desagradable en estos momentos, pero es preciso. ¿Sabes dónde pueden hallarse Miroslava y sus secuaces?

—Pues... no se...

—Piénsalo. ¿Qué gente afecta a ella conoces? Recuerda, Sonnia; recuerda...

La joven realizaba esfuerzos mayores cada vez para conservar los párpados abiertos; su debilidad era mucha, la gravedad de la herida enorme. Por si ello hubiera sido poco, la impresión que acababa de recibir había contribuido a empeorarla. Todo daba vueltas en su mente; un velo oscuro danzaba ante sus ojos...

—No puedo... No...

—¡Sonnia!

La exclamación estuvo preñada de lágrimas difícilmente contenidas.

Quiso ella abrir otra vez los ojos, pero no lo consiguió. Sin embargo, sus labios se movieron.

Chester, al advertirlo, la besó en la frente, cual si quisiera infundirle su propia vida. Y lo alcanzó en parte. La joven reanimóse un poco, y susurró:

—Burelli...

—¿Qué? ¡Habla!... ¿Quién es Burelli?... ¿Qué has querido decir?

—Guido... Burelli... Agencia Artística...

—¡Sigue, pequeña! ¡Oh, resulta espantoso que yo te obligue a violentarte, pero es preciso! Lo comprendes; ¿verdad que lo comprendes?

—Sí... Vive en la calle Ochenta y Seis... en Yorkside... Número 537... Miroslava recibía órdenes tuyas... Yo nunca quise enterarme pero... me enteré.

—¡Recibía órdenes!...

—Ella le obedecía... Allí guardan documentos secretos... No sé

cuáles, pero...

Le fue imposible seguir hablando. Había vuelto a desvanecerse.

—¡Doctor! —exclamó el joven, con desesperación—. ¡Sálvela!
¡Sálvemela!

—Ha hecho usted lo posible para perjudicarla.

—No me martirice. ¡Era necesario! ¿No se da cuenta?... Procure reanimarla. Yo tengo que marcharme.

—¿Eh? ¿Qué dice? ¿A dónde va?

—No se preocupe de mí, sino de ella; ¡de ella!

Abandonó la estancia.

Diríase que no se enteraba de que tenía en el cuerpo magullamientos y heridas.

Hizo el facultativo una seña al practicante, el cual salió tras el agente especial y llegó con él a la habitación destinada a éste.

—Le agradezco que haya venido —dijo Ranky, al reparar en su presencia—. Ayúdeme a acabar de vestirme, por favor.

—Pero... ¿qué es lo que se propone?

—¡Ayúdeme, le digo!

—No; yo no debo...

—Está bien. Lo haré yo solo.

El practicante, al verle luchar con la ropa, le prestó auxilio casi maquinalmente, sin dejar de hacerle recomendaciones que Ranky no oía apenas. Luego salió a buen paso, con el fin de informar al galeno de lo que ocurría.

Y fueron todos a tratar de impedir que el muchacho abandonara el establecimiento.

Chester les miró con dureza, exclamando:

—¡Pertenezco al Servicio Secreto, como saben, y he de cumplir con mi deber! ¡En nombre de la Ley, les conmino a que me dejen ir, sin obligarme al empleo de la violencia!

Su actitud era tan resuelta, que le abrieron paso.

—Declino toda responsabilidad —exclamó el médico.

—De acuerdo —contestó Ranky—. Actúo bajo la mía exclusivamente. ¡Conságrese a la señorita Sonnia Hamburg!

Desde el mismo hospital llamó por teléfono al Departamento del Servicio Secreto, y preguntó por el jefe, luego de haber dado su nombre.

—¡Se trata de algo urgentísimo! —apremió.

—Creo que el jefe tiene visita.

—¡No importa! Pásele recado.

Segundos después, el requerido tomó el teléfono. Notábasele la voz alterarla al preguntar:

—¿Qué ocurre, Ranky? ¿Cómo se encuentra?

—Bien, señor; gracias. Pero no se trata de mí.

—Hable.

—En este momento me dispongo a salir en esa dirección.

—¡Cómo!

—Sí; es preciso.

—Pero... ¿está usted loco?

—Por favor, siga atendiéndome. Ha sucedido algo trascendental que le comunicaré verbalmente. Mientras llego, hágame el obsequio de llamar al Departamento de Policía a fin de que ponga fuerzas a disposición de usted.

—¡Explíquese!

—Lo haré enseguida y de viva voz, como acabo de anunciarle. Hemos de actuar esta misma noche, sin perder segundo. ¡Ah! Necesitamos también un amplio mandamiento judicial para llevar a cabo un registro. Será lo más probable que tengamos que apelar a la violencia. Dicho mandamiento debe, por lo tanto, ser de gran amplitud.

—Oiga, Ranky; es preferible que hable de una vez. Yo me ocuparé, sin necesidad de que usted intervenga, de hacer cuánto aconsejen las circunstancias.

—No; le suplico que me permita tomar parte. Es para mi cuestión fundamental. Me desesperaría si tuviera que delegar en alguno y quedarme fuera.

—Enviaré unos agentes para que les informe usted —insistió Kerr, enérgico—. Y si lo estima oportuno, dada la gravedad del caso, iré yo.

—Perdone, señor Kerr, pero ahora mismo cojo un coche...

Colgó el auricular. No se le ocultó que aquello podía ser considerado como un acto de indisciplina; pero... en medio de todo, él no pertenecía aún al Servicio Secreto. Le habían nombrarlo agente especial para aquel servicio, y tenía sobradas razones que le empujaban a querer terminarlo aunque después le sancionaran.

Quince minutos más tarde se apeaba del auto de alquiler que

había tomado y penetraba en el Departamento, a cuya puerta habíanse detenido tres coches ocupados por policías. Esbozó Chester una ligera sonrisa de satisfacción, y penetró en el edificio...

Ford y Howard, entre otros, acudieron a recibirle.

—¿Ha perdido usted el juicio, Ranky?

—¿Qué significa esto?

—Quiero ver al jefe —manifestó el joven, desentendiéndose de todo lo demás.

—Pase. Le espera.

En efecto, Thomas Kerr aguardaba en su despacho. Tenía el ceño fruncido, y clavó la dura mirada de sus ojos en el recién llegado, el cual dijo:

—Perdóneme, si puede, o proceda contra mí, si lo desea; pero después de haberme dejado intervenir en la captura de Miroslava y, probablemente, de los colaboradores que le quedan en Nueva York, entre los cuales se hallará el jefe.

Kerr dulcificó el semblante, aunque no respondió nada.

Añadió el muchacho:

—Prometí a usted que encontraría a esa hiena, y no puedo echarme atrás. Ha ocurrido, además, algo que contribuye a aumentar mi deseo de atraparla: hace muy poco, por orden suya sin duda, internaron envenenar a Sonnia.

—Debimos establecer vigilancia. ¿Dónde está el asesino?

Ranky explicó lo sucedido, y terminó diciendo:

—¡Le ruego encarecidamente me permita ir a la cabeza de los que efectúen este servicio!

—Pero sus heridas...

—¡Las he olvidado!

Kerr no pudo menos de sonreír.

—¡Es usted un caso único! Bien; haga lo que quiera. Ya ve que, a pesar de sentirme molesto con usted, he atendido su indicación, y la policía aguarda abajo. ¡He aquí el amplio mandamiento judicial!

—¡Gracias! Con su permiso...

Le volvió la espalda. Kerr le contuvo:

—Aguarde, muchacho. ¿No cree oportuno que le presente el jefe de la fuerza?

Abandonaron ambos el despacho. Kerr, de acuerdo con lo dicho, hizo las presentaciones entre Ranky y el teniente que mandaba

aquella sección de policía.

Ford y Howard se hallaban cerca, y Chester les dijo:

—Si el jefe lo permite, quisiera que me acompañaseis.

Kerr accedió, gustoso.

Muy poco después partían con dirección a la calle Ochenta y Seis.

Atendiendo la indicación de Ranky, no se hicieron funcionar las sirenas.

CAPÍTULO XI

No fue Miroslava únicamente la que se encerró en la habitación más segura de la Agencia Artística. Burelli, luego de analizar el peligro que correría si, por fracasar Müller, le delataba Sonnia, estimó oportuno permanecer junto a la artista y ordenar a ocho de sus más destacados secuaces supervivientes que se les unieran.

—No ocurrirá nada —dijo a todos—; pero, por si acaso, conviene estar prevenidos.

Y allí llevaban bastantes horas, procurando animarse mutuamente, aunque notando que a medida que transcurría el tiempo, aumentaban sus zozobras.

Cenaron sin apetito y bebieron bastante.

Burelli repetía con frecuencia:

—¡Ese Müller!...

Miroslava permanecía silenciosa, como si no le oyese, y sólo respondía con monosílabos a las palabras que le dirigían los demás.

Tenía el presentimiento de que la suerte, loca, le había vuelto la espalda, y una ira reconcentrada la dominaba por entero.

Burelli, de pronto, impuso silencio.

—¡Hay alguien ahí fuera!

Todos prestaron atención máxima y comprobaron que, desgraciadamente para ello, no se había equivocado el jefe: sonaban pasos en distintas direcciones, dentro del local.

—No tratan de pasar inadvertidos —dijo uno.

—Están descerrajando los muebles —susurró Miroslava.

—Sí —admitió Burelli—; pero nada de interés encontrarán ahí fuera.

—¡Ni aquí dentro! —rugió la espía—. ¡Antes de que entren...!

No terminó la frase. Se había incorporado y miraba a todos con fiera, incitándolos sin palabras a la lucha.

—¡Que no se mueva nadie! —ordenó el italiano, casi con el

aliento.

—¿Qué se propone?

—Hacer lo posible porque no nos descubran. Es difícil que den con esta habitación.

—¡Es usted muy optimista! —rezongó la mujer, con ironía hiriente, originada por la desesperada furia.

—Si nos descubren —replicó Burelli—, nos defenderemos hasta el último minuto; mientras tanto, quietos...

—Es que...

—¡Silencio! Soy el jefe: estoy dando órdenes, y la obligación de todos es obedecer.

—¿También la mía?

—¡También la suya!

Miroslava se mordió los labios. Luego preguntó:

—Me gustaría saber cómo podríamos escapar si nos localizasen.

—Y a mi poder contestárselo. No tenemos más salida que la principal.

—Pues... ¡es un consuelo!

—Debió pensarlo, ¿no?

—Y usted, antes de encerrarnos aquí.

Burelli se clavó las uñas en las palmas de las manos hasta conseguir dominarse.

—Considero una torpeza que nos enzarcemos ahora en discusiones. Ni esta habitación ni las dos que le siguen son fáciles de tomar. Por otra parte, tienen que ser muy listos para dar con nuestro escondite.

—Me temo que lo sean.

—¡Cállese, por favor, Miroslava! ¡Está consiguiendo ponerme nervioso!

En realidad, poco faltó para que las esperanzas de Burelli se realizasen: las fuerzas de policía mandadas por el teniente y Ranky no ocultaban la decepción que les causaba el fracaso de sus afanes.

Nada de interés habían encontrado, y la casa parecía hallarse deshabitada.

Pero Chester no se decidía a abandonar la empresa. Continuaba oyendo, como si Sonia estuviera a su lado, las palabras que con tanto esfuerzo pronunciara: «... allí guardan documentos secretos... Miroslava recibía órdenes tuyas...».

Ford y Howard compartían su tenacidad y le instaban a seguir, ayudándole en su empeño.

Una vez y otra repasaban muebles, paredes, recovecos... Era como si les empujase un secreto impulso, silenciosamente compartido.

El teniente empezó a sonreír, burlón, y acabó exteriorizando su disgusto.

—Me parece —dijo— que estamos perdiendo completamente el tiempo.

—¡No tenga prisa! —protestó Howard.

—Nada mejor que esto tenemos que hacer ahora —apoyó Ford. Chester miró agradecido a sus compañeros.

—Gracias, muchachos —murmuró—. Creo que tiene razón el teniente.

—¿Va usted a darse ya por vencido?

—¡Demoleremos la casa, si es necesario!

En aquel preciso instante, los dedos de Ranky tropezaron con un pequeño saliente de la pared, disimulado por uno de los cuadros que acababa de descolgar.

Sonó un chasquido, y, ante la atónita mirada de los policías, el mueble-biblioteca colocado a la izquierda de la mesa en que Burelli trabajaba habitualmente fue corriéndose poco a poco hacia la derecha, dejando al descubierto una pequeña puerta blindada.

Un «¡oh!» prolongado escapóse de la garganta del teniente.

—¡Hurra! —gritó Ford.

Howard, cual si quisiera animar al mueble, dio una palmada, diciendo al propio tiempo:

—¡Más, más; córrete más!

—¡Hay que abrir esta puerta! —exclamó Chester.

—¡Y tanto que hay que abrirla! —replicaron, al unísono, sus dos compañeros.

Todos trataron de conseguirlo, pero los esfuerzos no dieron resultado.

—Pues... ¡hay que abrirla! —repitió Chester.

Comprendió el oficial, y dio una orden concreta.

Varios policías salieron, para volver enseguida trayendo bombas de mano.

—¿Adelante?

—¡Adelante!

Tomaron posiciones, y la primera bomba fue arrojada.

Retorcióse la puerta, y salió de sus goznes. Un hueco no muy grande abrióse ante ellos.

Cuando el humo y la caída de escombros lo permitieron, Ranky y los demás adentráronse en la habitación que había aparecido delante de sus ojos.

Tampoco había nadie en ella.

—Esto es un gabinete fotográfico —dijo Ford, inspeccionando lo poco que había quedado en condiciones.

El teniente quiso investigar. Sus manos tropezaron con significativos documentos cifrados.

Ranky le apremió:

—¡Sigamos! Tiempo habrá de ver todo eso.

—Bien —concedió el oficial.

Otra puerta análoga a la anterior aparecía, cerrada, en el fondo.

Una segunda bomba le hizo correr la suerte de la primera; pero cuando los que la habían volado quisieron aventurarse a través del nuevo boquete, fueron recibidos con una descarga cerrada.

Quiso la suerte que Chester no fuera en aquella ocasión a la cabeza.

Dos agentes quedaron muertos en el acto, y tres más, heridos.

—¡Malditos sean! —tronó Howard—. ¡Me han tocado!

Ranky acudió junto a él.

—¿Dónde ha sido?

—En la pierna; pero no hay que hacer caso.

El teniente dio la orden de apartarse de la línea de las balas.

Parapetados lo mejor posible, respondieron a la agresión, aunque sin divisar a nadie y tirando, por lo tanto, a ciegas.

Uno de los policías preparó la tercera bomba, y consultó con la mirada al oficial.

—¡No! —pidió Ranky—. ¡Tratemos de cogerlos vivos!

—Es una buena idea —comentó Ford—. Debemos darle carnaza a «la reina de las sillas».

La voz del oficial vibró conminatoria, dirigiéndose a los de dentro:

—¡Ríndanse, o les haremos volar!

La respuesta fue otra descarga y un fuerte portazo.

—¡No hay más remedio! —declaró el teniente. Y con un gesto ordenó al policía que arrojase el artefacto.

Volvieron a adoptar posiciones adecuadas, y aquél obedeció.

Tras la explosión, un silencio terrible.

Chester se adelantó, y los demás le siguieron.

En el lugar donde estallara la bomba no había más que un cadáver despedazado.

—No es posible que este hombre, sin más ayuda, haya sido el autor de las descargas —razonó el oficial.

—¡Claro que no es posible! —exclamó Ford—. Éste ha debido morir de un tiro.

—¡Y los demás se han escapado! —completó Ranky, con ira.

—Si es así, caerán en poder de la fuerza que rodea la casa.

—¡Sigamos, de todos modos!

Derribóse la tercera puerta.

Los espías, refugiados en aquella última habitación en un afán ciego de conservar la vida hasta última hora, dispararon repetidas veces, pero no lograron alcanzar a nadie. Basándose en la experiencia inmediata anterior, los policías permanecieron ocultos, y se abstuvieron de avanzar. Desde sus escondites, contestaron al fuego.

La tarea resultó ya fácil, pues aquella puerta había caído totalmente, y la estancia, así como los que en ella había, quedaron visibles.

—¡Ríndanse! —conminó, nuevamente, el oficial.

Le respondió una risa escalofriante; una risa sardónica; la risa característica de Miroslava.

Y a continuación, tiros, muchos tiros.

Pero la defensa había dejado de ser posible para los espías. No tenían dónde guarecerse. En cambio, los atacantes, aunque no ocultos del todo, resultaban difíciles de localizar.

Precipitóse el final de la batalla: Burelli recibió un tiro en la frente, y cayó muerto sobre uno de sus secuaces que respiraba todavía; Miroslava, alcanzada en pleno rostro (¡aquel rostro bellissimo que tantas pasiones había desatado!), se sostenía en pie y disparaba, arengando a los que aún vivían. La sangre la cubría como un roto manto de púrpura que permitiese ver jirones de otras telas. Su aspecto tenía cierta grandeza terrible y trágica.

Una de las muchas balas que entraron en la habitación se clavó en el pecho de la perversa mujer, que aún quiso resistirse, seguir matando. Las fuerzas la abandonaron, y cayó al suelo.

Se prolongó la resistencia algunos minutos, aunque pocos.

Tres espías supervivientes, gravemente heridos, se rindieron al encontrarse sin alientos para utilizar las armas.

El teniente y sus hombres penetraron en la estancia.

Chester quedóse rezagado. Acercósele Ford.

—¿No vienes?

—¿Para qué?

—Anda, hombre.

Miroslava respiraba aún. Al ver al hombre a quien había amado y aborrecido tanto, se le desorbitaron los grandes ojos, y dijo, agonizante:

—¡Se cumplió tu predicción!... ¡Te he visto en mis últimos momentos!

Minutos más tarde, dejó de existir. Sus labios se contrajeron en una mueca que recordaba su escalofriante risa.

Dieron comienzo las curas de urgencia a los heridos que más lo necesitaban. El teniente, en tanto, se dedicó a registrar y hacerse cargo de cuántos documentos había allí.

Chester no quiso esperar a que terminase la labor de sus compañeros de aventura, y se excusó con el oficial.

—Discúlpeme. Para lo que resta no me necesita, y debo volver al sitio de donde vine.

—¿Se encuentra peor?

—No sé cómo estoy. Pero... No pienso en mí ahora. Es otra persona la que me interesa.

—Bien, bien. Retírese.

Despidiéronse con un apretón de manos.

El muchacho abandonó el escenario del drama con paso vacilante.

Ahora que todo había concluido, sentíase totalmente agotado; las heridas dolíanle de modo inaguantable; todo danzaba ante sus ojos.

Ford se dio cuenta, y se lo hizo notar al teniente:

—Ranky va deshecho.

—Tiene usted razón... Así me lo ha parecido; pero estoy tan

atareado ahora que no he prestado atención... Que le lleve un agente en uno de nuestros coches.

—Me gustaría llevarle yo.

—Bien. Hágalo. ¿Regresará?

—Sí; apenas le deje instalado.

La intervención de Ford no pudo ser más acertada. Chester, antes de llegar a la calle, se derrumbó pesadamente.

Su compañero le recogió en brazos, a la par que trataba de animarle:

—Muchacho, ¿qué es eso? ¿Va a abatirse a la hora de paladear el triunfo?

Uno de los agentes que rodeaban la casa acudió en su ayuda, y entre los dos trasladaron el desfallecido cuerpo al vehículo más próximo.

Hubieron de abrirse paso entre la muchedumbre que había acudido atraída por las explosiones y los disparos, y que, al tener noticias, aunque remotas, de lo que acaecía, empeñábanse en intervenir.

CAPÍTULO XII

Cuando abrió los párpados, Thomas Kerr, entre otros, se hallaba junto a su lecho.

—Hola, inspector —díjole éste, con acento cariñoso—. ¿Ha despertado usted ya?

No comprendió Ranky lo que se le quería decir, ni se preocupó de averiguarlo. Movi6 la cabeza angustiosamente y mir6 a un lado y a otro, tratando de encontrar lo que anhelaba.

—¿Quiere algo? —pregunt6le Kerr.

Tan pronto como le obedeci6 la, lengua, inquiri6 el interrogado:

—¿C6mo est6 Sonnia?

Fue el m6dico quien, hall6ndose tambi6n cerca, repuso:

—Mejor; bastante mejor. Tengo esperanzas de salvarla.

Una sonrisa de felicidad ilumin6 la faz del muchacho.

—¡Qu6 simp6tico es usted! —exclam6, tendiendo la mano al facultativo—. ¡Y pensar que se me habi6 hecho odioso!

Rieron cuantos le escuchaban.

Kerr, sin mostrarse ofendido por el hecho de que Ranky no se hubiera preocupado de su presencia, volvi6 a hablar:

—Opino, inspector, que una vez impuesto de que su prometida se halla casi fuera de peligro, salvo complicaciones, no tendr6 inconveniente en dedicarme unos minutos.

—Perd6neme, se6or Kerr. Estoy atolondrado.

—No es para menos.

—Me tiene a sus 6rdenes... aunque creo que mi misi6n ha concluido.

—Como agente especial para este caso, desde luego. Los esp6as supervivientes han declarado. Burelli era el jefe. 6l fue quien asesin6 al agente Gordon Mitty, del

F. B. I.,

asunto este que permaneci6 en el misterio, aunque no se dejaba de

trabajar sobre el mismo. Ya se ha precedido a la detención de los demás secuaces, que andaban desperdigados por la ciudad. Le felicito en nombre del Gobierno y en el propio...

—Gracias, señor Kerr. Según eso... llevo mucho tiempo dormido, ¿no?

—Más de treinta horas, inspector Ranky.

Parpadeo Chester, creyendo no haber oído bien.

—¿Qué significa eso de inspector?

—¡Vaya! He tenido que decirlo tres veces para que se dé cuenta.

—Pero...

—No me interrumpa. Significa que, aunque usted, la primera vez que fue a visitarme, no se consideró siquiera digno de ser agente efectivo del Servicio Secreto, a instancias mías ha sido nombrado inspector del mismo.

—¡Señor Kerr!...

—Sólo falta su conformidad.

—Si yo...

—Usted es un hombre que vale mucho. Necesita, eso sí, ser un poco más disciplinado. Ahora mismo acabo de pedirle que no me interrumpa, y no deja de hacerlo.

Tuvo Chester que esforzarse para tragar la saliva. Le escocían los ojos. Murmuró:

—No sé cómo agradecerle...

—Déjese de palabras formularias. ¿Acepta usted el cargo?

—¿Y me lo pregunta? ¡Lo acepto, honradísimo, y pondré al servicio de él la esencia de mi vida!

—¡Así se habla, inspector Ranky! ¡Venga esa mano!

Después de estrechársela, el jefe se marchó, no sin antes reiterar sus felicitaciones y palabras de afecto.

Ranky, dirigiéndose al galeno, pidióle, con ansiedad:

—¡Déjeme ver a Sonia!

—No está usted en condiciones de moverse.

—Le estoy, se lo aseguro.

—¿Es que pretende saber más que yo?

Ranky, haciendo un geste infantil, repuso:

—Hace pocos minutos dije que es usted muy simpático ¡No me haga rectificar!...

No pudo el médico menos de reír.

—Resulta muy difícil resistirse ante eso —declaró—. Vamos, le ayudaré yo mismo.

Apoyándose en el galeno y en algunos otros amigos, pasó el nuevo inspector del Servicio Secreto a la estancia inmediata. Detúvose unos minutos en la puerta contemplando el rostro de la mujer querida, que aparecía más sereno, menos pálido.

Respiraba la muchacha con relativa facilidad, a juzgar por el acompasado movimiento de su pecho.

Clister dirigió al galeno una mirada de gratitud.

—¿Lo está viendo? —inquirió éste, en voz baja.

—Sí; gracias. ¿Puedo decirle algo?

—¿A ella? ¡No! Le perjudicaría.

—Serán sólo unas palabras, y sin pedirle respuesta. Tengo la seguridad absoluta de que contribuirán a sanarla.

—Está bien... ¡Pide usted las cosas de un modo!...

Llegó Ranky basta el lecho; inclinóse sobre el oído de la paciente, y susurró:

—Sonnia... te adoro... te adoro... te adoro...

Los párpados de la joven se agitaron nerviosamente, y se abrieron con lentitud. Y aunque volvió a cerrarlos enseguida, pudo advertirse que la felicidad brillaba en ellos.

Retiróse Chester de puntillas, y cuando llegó junto al médico, el cual había observado la dulce reacción de la muchacha, le repitió la pregunta que poco antes le hiciera aquél:

—¿Lo está viendo?

—Pero... ¿cómo pudiste comportarte así? Me lo digo todos los días, y no acierto a contestarme. Tú, tan sencilla, tan apocadita, tan inofensiva en todo...

Sonnia, convaleciente todavía, aunque ya levantada, rodeó con sus brazos el cuello de Chester, y repuso, contemplando su propia imagen en los ojos de él:

—Porque presentí que te hallabas en peligro. Ello me indujo a guardar una pistola y fingir ante Miroslava, haciéndole pensar que me había convencido. Iba dispuesta a jugármelo todo por ti; a salvarte o a morir contigo. No tengo mérito alguno. Cuando se trata de defender el verdadero amor, todos somos valientes.

—¡Mi pequeña!...

El beso en que unieron sus labios fue tan sonoro, tan armonioso,

que a su conjuro lanzaron trinos los pájaros que revoloteaban entre los árboles del pequeño jardincillo, alegría del hospital.

FIN